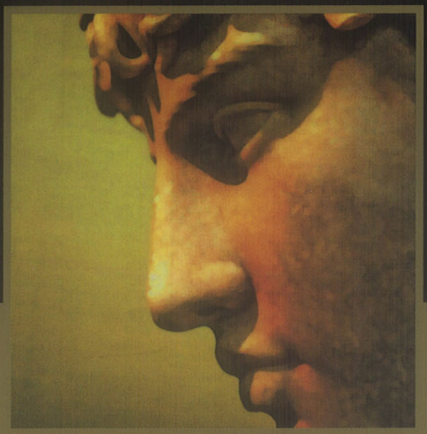
Concha Zardoya



Antología Poética

Edición e introducción de María Paz Moreno

Colección Poesía

María Paz Moreno

Es Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Alicante y Doctora en Literatura Española por la Universidad de Ohio State. En la actualidad es profesora en la Universidad de Cincinnati, Ohio. Es la autora del libro de ensayo *El culturalismo en la poesía de Juan Gil-Albert* y de la edición de la *Poesía completa* de Juan Gil-Albert. Ha publicado numerosos artículos sobre poesía española contemporánea y cinco libros de poemas.

Concha Zardoya

Antología Poética

Colección Poesía

María Paz Moreno

Concha Zardoya
Antología Poética

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE

© De la edición e introducción: María Paz Moreno, 2006
© *Edita: Instituto Alicantino de Cultura "Juan Gil-Albert", 2008*

Impresión: Bañuls Impresores, S.L. • San Agatángelo, 12 • 03007 Alicante

I.S.B.N.: 978-84-7784-525-6
Depósito Legal: A-428-2008

ÍNDICE

Introducción 13

Pájaros del nuevo mundo (1946) 31
Buitres 33
Pájaro de amor 37
Pájaro de tristeza 39
Pavana del silencio para los pájaros muertos 41

Dominio del llanto (1947) 45
Dominio del llanto 47
Los desaparecidos 49
¿Miedo? 52
Epitafio 53
No es oscura memoria 54
¿Hacia dónde? 55
Algo suena 56
Hay caballos que pisan a los muertos 57
Cuanto más me contemplo, más me olvido 58

La hermosura sencilla (1953) 61
Hoy desdeño las flores 63
Con las primeras nieves 64
Un día me tendréis 65
Ven. El aire nos llama 66
No era yo quien hablaba 67
No es el amor 68
El cuerpo, como un foso 70

Los signos (1954) 71
El fauno 73
El extranjero 77
Sueño 79
A veces, la alegría como nube 80
Cual raras flores blancas 81
Ojos de Dios 84

El desterrado ensueño (1955) 87
No sé si eres jardín o vago ensueño (Granada, I) 89
Una ligera luz (Granada, II) 90
Flores malvas 91

Del ensueño en la rama, Garcilaso (Elegía a Garcilaso) 92
La imagen de la muerte vino un día (Elegía a Quevedo) 93

Mirar al cielo es tu condena (1957) 95
Torso 97
David 98
Baco 99
Esclavo encadenado 100
Réquiem 101

Debajo de la luz (1959) 103
La carta 105
Adriana 107
Y repaso mi vida y hallo muertes 109
Nuestro espejo es el mundo 110

La casa deshabitada (1959) 111
Un trasaire de ti 113
A veces, viene el miedo 114
Sólo yo muevo el aire 115
La soledad 116
¡Que todo se libere! 117
Los muertos míos vuelven 119
Inservible, mi cuerpo 120
El alimento es triste 121
En esta soledad 122
Hoy me llaman los oros 123
En el centro del mar 126
La paloma del tiempo 127
¿Es de amor esta pena? 128

Corral de vivos y muertos (1965) 129
La vieja red 131
Una muerte sin muerte 132
Es mi única patria la palabra 133
El río 134

Donde el tiempo resbala (Romancero de Bélgica) (1966) 135
Canal en Antwerp 137
Bosques 139
Transparencias 140
Las realidades emergen 142

Hondo Sur (1968) 145
Los bosques sumergidos 147
Era un día de sol 149
Valcour aimé 150
Ida Turner 152
Este sur, en el centro de los días 154
Ku Klux Klan 155
No cantes tus salmos 156
Sangre con sangre 157
Un Cristo negro 158
Siembra tu arroz en el agua 159
Baile 160
Oda al jazz 162

Los engaños de Tremont (1971) 171
Los engaños del vivir 173

Las hiedras del tiempo (1972) 177
En la colina 179
Breve bosque 180
Dulcemente dormida 181
Hay hiedras de esperanza 182

El corazón y la sombra (1977) 185
Actos sencillos 187
Doble símbolo 189
El hilo con que bordas 191
Sótano 192
Black-out 193
Los muertos vivos 194
Mientras haya preguntas 195
Silencio como sombra 196

Diotima y sus edades (1981) 199
La edad y la memoria 201
Gestación 204
Sombra mía 206
Debajo de aquel sauce 208
El gran viaje 209
Y la guerra llegó 211
Segunda soledad 214
Más allá de la belleza 215
El cuerpo, desterrado 217

Sin nada 218
Los retornados 219
Palabrería vana 221
Última soledad 223
Juego 225

Los ríos caudales. Apología del 27 (1982) 227
Clariver del alma 229
La calle de la Paz 231

Manhattan y otras latitudes (1983) 233
Paisaje neoyorkino 235
Cementerio 236
Vivir es una herida 238
Walt Whitman se pasea por Manhattan 240

Retorno a Magerit (1983) 241
Sumerges en la calle tu mirada 243
Grafitos 245
Infravidas 247

Forma de esperanza (1985) 249
Documentos de identidad 251
El destino del agua 253
El vagabundo 254

Ritos, cifras y evasiones (1985) 255
El fuego 257
La sed 260
Frágil nieve 262

No llega a ser ceniza lo que arde (1985) 265
La condición humana 267
La túnica del alma 268
Fragancia 269
El viento de las germinaciones 270
Mañana de invierno 272
Tu mirada 273

Los perplejos hallazgos (1986) 275
La lucha de amor 277
Llanura provenzal 278

Altamor (1986) 279
La flor sabe 281
Ciudad 282

Gradiva y un extraño héroe (1987) 285
Evocación 287
Gradiva 289
Poeta en Harlem 291

Un dios que nos domina (1992) 293
Volaverunt 295
Al azar 296
Verso libre 297
Las palabras trasdicen 299

Patrimonio de ciegos (1992) 301
Medusas 303
Los pasos en la nieve 304
El paisaje no existe 305
Perséfone 306

El don de la simiente (1993) 307
En otra orilla 309
Náufraga de la luz 310

Antes que las palabras (1996) 311
Antes que las palabras 313
El tiempo, sin orillas 314
Huella última 315
Ascensión 316
De tiempo en tiempo 317

Ciudadanos del Reino (1996) 319
El indiferente 321
El sigiloso 323
El hilo del vivir 324

Senecta (1999) 327
¿Tanta paz? 329
Contracorriente 330
Suprema desnudez 331

Palimpsesto 332
El deber de vivir 333
Noche en el mar 334

Final germinación (2001) 335
No, no envejece el amor 337

Sintonimias del adiós (2002) 339
Soñaba el frescor del árbol 341
No pises esa flor 342
Las flores secas 343
Suerte del jazmín 344

Ronda del arco iris (2004) 345
Arrorró de la mañana 347
Caracola 348
La Jirafa 349

INTRODUCCIÓN[1]

La presente antología de la obra de Concha Zardoya (Valparaíso, Chile 1914 - Madrid 2004) nace como respuesta a una patente ausencia y a la dificultad de acceder a la totalidad de su obra poética. En el caso de Zardoya, estamos ante una autora excepcionalmente productiva, lo que paradójicamente plantea problemas a la hora de difundir su obra. ¿Por dónde empezar a leer a Concha Zardoya? ¿Con cuáles de sus casi cuarenta poemarios deberíamos quedarnos? A ello se añade además la dificultad de conseguir algunos de sus libros, publicados en editoriales de limitada distribución y en pequeñas tiradas. En este sentido, nuestra antología busca ofrecer una panorámica de su producción poética. Ante una obra de tan dilatada extensión, hemos escogido aquellos poemas y libros que a nuestro juicio resultan representativos de su quehacer poético. Se trata de una selección subjetiva y forzosamente limitada, algo que toda antología es por definición. Sin embargo, creemos que como tal puede ser disfrutada *per se* y cumplir justamente su propósito de contribuir a difundir la obra de la autora.

Clasificar la obra de Zardoya no es tarea fácil. Mercedes Rodríguez Pequeño considera que su poesía es poseedora de "una identidad propia, su voz neorromántica es domeñada por un hondo estoicismo castellano -en lo filosófico-moral- y por su gran respeto a la forma".[2] En su opinión, la obra de Zardoya no se inscribiría en

---

1. Agradezco desde aquí al Ministerio de Cultura y al "Programa de cooperación con universidades de Estados Unidos" la concesión de una beca durante el verano de 2004 para investigar la obra de Concha Zardoya. La presente antología es fruto de dicha investigación.

2. *La poesía de Concha Zardoya (Estudio temático y estilístico)*, Valladolid, Universidad, 1987, pág. 189.

ninguna escuela determinada, aunque sí habría en ella una vinculación con la obra de poetas como Antonio Machado, Jorge Guillén, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez. En esto coincidirá con Ana María Fagundo, que considera a Zardoya cercana a Unamuno en su constante preocupación por la metafísica.[3] A estas influencias cabría añadir sus puntos de contacto con poetas que le fueron contemporáneos (Lorca, Alberti, Aleixandre, Conde), así como con los autores más sobresalientes de nuestra poesía como Quevedo o Góngora, pasando por Jorge Manrique, Santa Teresa, Rosalía de Castro, y sin olvidar las influencias de autores extranjeros como Walt Whitman o John Donne.

En las siguientes páginas los lectores encontrarán una poesía hondamente meditativa y en permanente evolución, "tocada" por los acontecimientos de la vida de la poeta y en cuestionamiento constante ante las aparentes certezas de la existencia. La poesía de Zardoya podría verse como una interrogación continua, una búsqueda nunca satisfecha. Sus dos primeros libros, *Pájaros del Nuevo Mundo* y *Dominio del llanto*, publicados en 1946 y 1947 respectivamente, acusan las influencias literarias del desolado ambiente de la posguerra.[4] Ambos textos se integran plenamente dentro de la poesía social y existencial predominante durante los años 40. Recordemos que dos años antes de la aparición del primer libro de Zardoya se había fundado la revista *Espadaña*, réplica a la falangista *Garcilaso*. *Espadaña* aglutinó las voces de poetas disconformes con una estética

---

3. Ana María Fagundo, "Poetas femeninas españolas del siglo XX: 1900-1940", *Alaluz* 20, 1-2, primavera-verano 1988, pág. 17.

4. Mercedes Rodríguez Pequeño nos informa de la existencia de seis poemarios inéditos escritos con anterioridad a estas obras. Se trata de *Violencia del duelo, Abel* -un grupo de sonetos elegíacos dedicados a su hermano, fallecido en la guerra civil-, *Memorial de la guerra, Agreste voz, Sólo el amor, y Loas y elegías a una rosa.* Del primero de ellos, escrito entre 1937-38, se publicaron dos poemas en la revista *Hora de España*, y algunos otros fueron revisados e incluidos años después en *Ritos, cifras y evasiones* (1985). El resto de los textos ha permanecido inédito por voluntad de su autora, ya que según Rodríguez Pequeño, Zardoya consideraba dichos libros "inmaduros y primerizos" y ni siquiera permitía la lectura de los manuscritos originales. *La poesía de Concha Zardoya, op. cit.*, pág. 44.

e ideología afines al régimen. 1944 es además el año de la publicación de dos obras clave: *Sombra del paraíso* de Vicente Aleixandre e *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso. Ambos libros marcarán un punto de inflexión en la poesía española, pudiendo rastrearse su influencia en la obra de numerosos autores, entre los que cabe incluir a Zardoya. Su amistad con el propio Alonso, además de otros poetas con quienes compartía ideología republicana, como Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández, Juan Gil-Albert, María Zambrano y en general el grupo de *Hora de España*, fue decisiva en su carrera como poeta. En concreto, Zardoya reconocerá su deuda para con Aleixandre y Alonso, afirmando que "me ayudaron a tener fe en mí misma, a reconocerme poeta, y me animaron a publicar mis versos."[5]

Es conocida la distinción establecida por Dámaso Alonso entre poesía *arraigada* y *desarraigada*, caracterizando a los poetas de ésta última como aquellos para quienes "el mundo nos es un caos y una angustia, y la poesía una frenética búsqueda de ordenación y de ancla." Dicha distinción cobra especial relevancia en el caso de Zardoya, ya que tanto *Pájaros del Nuevo Mundo* como *Dominio del llanto* responden a esta concepción del quehacer poético. En su momento, la dureza de estos textos hizo que fueran considerados por algunos como tremendistas. Muchos años después, la poeta reflexionaba por escrito acerca de ello para rechazar dicha calificación ("acusación", según sus palabras), atacando en cambio al garcilasismo reinante entonces que prefería ignorar la realidad trágica de la contienda y su resultado. Así se pone de manifiesto en "Y la guerra llegó":

La experiencia narré en versos jóvenes
que alguien acusó de tremendistas.
La realidad, a veces, nos engaña
con sus atroces cuadros o fatales

5. Citado en Mercedes Rodríguez Pequeño, *op. cit.*, pág. 45.

epílogos: simulan malos sueños,
hipérboles o símbolos, metáforas
de poetas románticos que vuelven
a hablarnos de los muertos y sus fosas.
Garcilasismos plácidos reinaban
en marmóreos sonetos artesanos.
El dominio del llanto se negaba
en deleitosas rimas clasicoides.

En *Pájaros del Nuevo Mundo*, el simbolismo de las aves (en unas ocasiones buitres, en otras pájaros "de amor" o "de tristeza") es el vehículo para la reflexión metafísica. Las imágenes utilizadas poseen a menudo un cierto aire surrealista (*"Y las plumas metálicas/ sin cansarse destellan,/ girando, alucinadas/ por rotos, desangrados corazones"*) y los poemas son, casi sin excepción, de tono trágico. Janet Pérez entiende el libro como un reflejo de los horrores de la guerra civil española. Según Pérez, la poeta se valdría del paisaje vegetal y de las aves para proyectar su horrorizada visión del conflicto, siendo los pájaros la representación metafórica de los caídos en la contienda.[6] En cambio, *Dominio del llanto* posee un tono más realista, aunque la temática sigue siendo la guerra y el dolor por la muerte de los seres queridos. Textos como "Los desaparecidos", "Epitafio" o "¿Hacia dónde?" -poema este último que incorpora el tópico clásico del *ubi sunt*?- ejemplifican esta temática. Más adelante, *Los signos* (1954) continuará con un tipo de poesía de honda preocupación social, denunciando la falta de libertad y el silencio caído sobre el recuerdo de quienes murieron en su defensa. Por ello, cabe afirmar que una calificación más precisa de la escritura de Zardoya en esta época sería la de *poesía desarraigada*, según la definición de Dámaso Alonso.

En esta primera etapa de la obra de Zardoya se perciben también ecos de ciertos autores cuya presencia continuará en su escritura de

6. Janet Pérez, *Modern and Contemporary Spanish Women Poets*, New York, Twayne Publishers, 1995, pág. 91.

madurez. Este sería el caso de Santa Teresa y de Fray Luis, representantes de una poesía mística y contemplativa cuyas huellas pueden rastrearse a lo largo de toda la obra de la poeta de Valparaíso. En unos versos de *La hermosura sencilla* (1953), leemos:

Tan sonámbula existo, devastada,
que me quemo sin ver que aun aliento,
porque vivir es orden de los hados.
Mientras las cosas cumplen claros fines
y el Universo sigue en sus esferas,
en ausencia de mí, me sobrevivo.

Si sus inicios como poeta estuvieron marcados por la tragedia de la guerra y el desarraigo resultante, su salida al exilio supuso un ahondamiento en dicha visión trágica de la realidad. La separación física de España a partir de 1948 lleva a la autora a una escritura profundamente nostálgica que da lugar a obras como *El desterrado ensueño* (1955), cuya temática y estilo serán característicos de la poesía escrita desde y sobre el exilio. Zardoya ha perdido no sólo el paisaje que ama, sino también su universo cultural; de ahí que escriba sus sentidas "Elegías" a Garcilaso y Quevedo. Resultan muy significativos los versos que cita de éste último: *"Y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte"*.

En efecto, para una poeta que habría de pasar la mayor parte de su vida en el exilio, el espacio añorado de la España dejada atrás cobró una importancia fundamental. Ante la imposibilidad de estar físicamente en España, la poeta proyectó su anhelo a través de la escritura, para al menos sentirse parte espiritual del lugar que consideraba su origen y en el que cifraba el principio de su identidad. No hay que olvidar que, a pesar de haber nacido en Chile, Zardoya se consideró siempre española y nunca dejó de luchar por el reconocimiento de su españolidad. Así, en 1965 la autora publicó *Corral de vivos y muertos*, abriéndolo con las siguientes palabras: *"Con la esperanza de conquistar una dolorosa ciudadanía que algunos me niegan."*

La idea de que un poeta exiliado se refugia en su escritura, y por ende en el lenguaje, no es nueva: el crítico Richard Stamelman, basándose en las teorías de Jacques Derrida, sostiene que la idea de diáspora es inherente a la de escritura, y que todo poeta se exilia en el lenguaje y en su propia obra para escapar de una realidad que considera carente de centro.[7] En este sentido, la escritura sería de por sí un ejercicio de autoexclusión y el poeta exiliado lo estaría no sólo de su país de origen en un sentido geográfico, sino también en un sentido metafórico, del lugar que constituye el centro de su existencia. Por ello, el alejamiento de esta patria perdida causaría una distorsión en la concepción que el poeta tiene de sí mismo. Este conflicto de identidad le llevaría a tratar de regresar, a través del lenguaje, a ese espacio mítico perdido del cual ha sido desterrado. Estas ideas son especialmente pertinentes en el caso de Concha Zardoya, contribuyendo a iluminar tanto el contexto en que se generó su obra como el significado último de la misma. En el ya mencionado *Corral de vivos y muertos*, el poema "Es mi única patria la palabra" confirma esta lectura de su obra:

Es mi única patria la palabra.
Esta palabra viva que derramo
azul y roja, gris, o negra y blanca,
ayer y hoy, mañana, tantos años.

Es mi única patria la palabra.
Es el único pan que como a diario.
¡Corteza dura masco, miga blanda,
dorado candeal que besa el labio!

La vierto por los ojos, por la cara.
Del hondo corazón le nace el llanto.

---

7. Richard Stamelman, "Nomadic Writing: The Poetics of Exile", en *The Sin of the Book: Edmond Jabés*, edic. de Eric Gould, Lincoln, University of Nebraska Press, 1985, págs. 93-96.

Las sílabas rezuman toda el alma,
el poso de silencios acuñados.

Y flor, sustento, luz, piedad, el agua,
vivo, respiro, bebo, pronunciando
quedos versos y prosa castellana,
"buenos días" al aire tan callado.

La poeta se aferra a una identidad construida a partir del lenguaje, ya que éste constituye su patria adoptiva, una vez perdida la patria original y ante la incapacidad de adaptarse al entorno del nuevo espacio geográfico. En este caso, la sensación de extrañamiento se acentúa al tratarse de un país de habla inglesa, lo que implica una mayor alienación debido a factores lingüísticos y culturales. En este sentido, Zardoya manifestó en varias ocasiones su disgusto por el tipo de vida norteamericano y su falta de adaptación al mismo.

Pero no todos los libros de Zardoya escritos desde el exilio tratan sobre dicha temática. Si aplicamos la distinción hecha por Víctor García de la Concha entre poesía *del* destierro y poesía *en* el destierro[8], resulta evidente que en la dilatada producción poética de esta autora se dan ambos tipos de escritura. Según García de la Concha, la primera sería aquella que tiene por tema la guerra, la derrota y el exilio; la segunda, en cambio, sería aquella poesía que, a pesar de haber sido escrita por un poeta exiliado, es capaz de superar y trascender dicha temática. Entre las obras de Zardoya que dejan a un lado el tema del exilio para ocuparse de otros temas, destaca especialmente *Hondo Sur* (1968), uno de los poemarios más interesantes escritos por un poeta español sobre los Estados Unidos. A pesar de que el libro fue reseñado favorablemente en su día, no ha recibido por ahora la atención crítica que sin duda merece. *Hondo Sur* es un libro insólito en la poesía española por varios motivos. Situado en el paisaje de Luisiana, la autora capta magistralmente su cultura popular, al tiempo

8. Victor García de la Concha, *La poesía española de 1935 a 1975*, Madrid, Cátedra, 1987.

que reflexiona sobre su historia y la identidad de sus habitantes. La poesía de Zardoya mostraba ya desde sus inicios una constante preocupación por los marginados y desfavorecidos, ya fueran víctimas de la guerra o de un orden social injusto basado en prejuicios raciales, sexuales o religiosos. En *Hondo Sur*, dicha preocupación juega un papel preponderante, ya que la voz poética denuncia la opresión de los ciudadanos negros, que a pesar de ser libres continúan viviendo en la pobreza y arrastrando un pasado de esclavitud y explotación. La reflexión sobre el pasado y el tema de la esclavitud están presentes en composiciones como *"Valcour aimé"* o *"Ida Turner"*. Otro de los iconos del Sur norteamericano, el temible Ku Klux Klan, es el tema de otro de los poemas aquí recogidos. Sin embargo, el grueso del libro lo constituyen una serie de poemas precedidos cada uno por un proverbio sureño, que la autora reformula y recrea en sus poemas. Sólo alguien que conoce y comprende en profundidad la cultura del sur de Estados Unidos puede asimilar y transformar su tradición cultural del modo que Zardoya lo hace. Sus poemas son hermosísimas recreaciones inspiradas en el folklore popular de la Norteamérica negra, cuyo inglés se aleja del lenguaje formal y cuya musicalidad y filosofía recuerdan a la del flamenco más hondo. Poemas como "Un Cristo negro", "Baile" o "Sangre con sangre" parecen evocar al Lorca del *Poema del cante jondo* y del "Son de negros" de *Poeta en Nueva York*:

Sangre con sangre

When de mare dies you don't
give her colt to de cow to raise.

Cuando tu yegua se muera,
no des su hijo a la vaca.
A cada uno, su sangre.
A cada alma, su alma.

El chopo nace del chopo:
rama da vida a la rama.

El trigo nace del trigo.
El agua crece con agua.

Savia con savia.
Sangre con sangre.
Alma con alma.

La fascinación de la autora por la cultura negra culmina en la "Oda al jazz", poema largo que conecta con uno de los grandes poetas negros americanos: Langston Hughes. Hughes, cuya obra Zardoya conocía en profundidad e incluso llegó a traducir, escribió profusamente sobre la opresión de la raza negra en Norteamérica e integró los ritmos musicales del *blues* y el *jazz* en su propia poesía.

La extensa obra poética de Concha Zardoya despliega una amplia variedad de temas, entre los que destaca la idea de homenaje a otros poetas, así como a pintores, escultores y artistas en general. El arte y la literatura serán el punto de partida de su propia inspiración en libros como *Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Ángel)* (1957), *Los ríos caudales (Apología del 27)* (1982) y *Poemas a Joan Miró* (1984), por citar algunos ejemplos. Otros poemas diseminados a lo largo del resto de su obra dejan constancia de cómo la admiración por la obra ajena y la idea de homenaje forman parte esencial del universo zardoyano. La obra de Zardoya enlaza y se enriquece con la de otros autores.

El corazón y la sombra (1977) presenta una temática relativamente poco frecuente en Zardoya, a pesar de su importancia. Como bien ha observado Janet Pérez, en la mayoría de los libros de Zardoya la voz poética aparece como vagamente andrógina, siendo por tanto la cuestión del género un tema de aparición muy esporádica (especialmente si se compara con otros temas de mucha mayor recurrencia, como la guerra, la muerte o el arte).[9] *El corazón y la sombra*, ganador del Premio Fémina de poesía en 1975, es una

9. *op. cit.*, pág. 94.

excepción. En este libro encontramos una voz claramente femenina que reflexiona sobre la problemática de la mujer poeta, convirtiendo dicho tema en uno de los motivos centrales del libro. La autora hace referencia a la *"historia femenina inacabable / que viene del ayer y va al mañana"*, que traza una tradición matrilineal en la que se reconoce: *"Las manos de mi abuela con las mías / extienden el mantel de tornavida"*. Pero la pertenencia a dicha tradición no esta exenta de conflicto. En "Doble símbolo", leemos:

Has nacido mujer... Y te preguntas
si es humillación el aceptarte
con todo lo que fueron tus abuelas,
con todo lo que fuiste y fue tu madre,
con lo que tú eres hoy, un ser que busca
los posibles sentidos de la vida

El poema manifiesta inquietud por el menosprecio de la sociedad patriarcal hacia la escritura hecha por mujeres, lo que genera la *ansiedad de la autoría* en la mujer escritora, según la teoría elaborada por Gilbert y Gubar[10]:

Porque sabes que todos menosprecian
la voz de la mujer o se sonríen
si su palabra apunta hacia lo alto
o penetrar procura las tinieblas.

La poeta parece encontrar apoyo en la idea de la tierra-madre, imagen de una entidad maternal y acogedora, y por tanto solidaria con la mujer. En su seno es posible una madurez poética lograda a base de tiempo y esfuerzo: *"Maduras poco a poco... Te comprende / la vieja tierra, madre aún visible"*. La voz poética es también

10. Sandra Gilbert y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*, New Haven & London, Yale University Press, 1984.

claramente femenina en el poemario *Diotima y sus edades* (1981), donde la figura de Diotima, la preceptora de Sócrates que enseñó a éste su teoría del amor, sirve a la autora de *alter ego* y recurso culturalista para evitar el confesionalismo directo. Pero además, *Diotima y sus edades* ejemplifica otro de los temas centrales en la poesía de Zardoya: la memoria. En este sentido, la evocación del pasado podría verse como el tema vertebrador de toda su producción poética, ya que está presente en todos sus libros, desde el primero hasta el último. En este texto, la propia poeta revela la importancia del tema, al tiempo que reflexiona sobre ello. En "La edad y la memoria" Zardoya establece una diferenciación entre una memoria *intelectual* y otra *sensible*, siendo la combinación de ambas, la del recuerdo objetivo y el de los sentimientos asociados a él, el origen de su escritura. Así pues, el pasado estaría en diálogo constante con el presente para conformar su realidad total. Su poesía, como al final nos deja ver, es el reflejo de su vida.

Hay un saber latente, casi vivo,
que siempre rememoras o revives:
es la ciencia interior que se va haciendo
al paso de la vida y de la muerte.

Exacta y comprensiva, otra memoria
-intelectual y puro entendimiento-
aprehende palabras, geometrías,
espirituales actos simultáneos.

La memoria sensible es su aliada.
Sensaciones abrazan pensamientos,
las ideas se anillan corporales,
pues algo significan para el alma.

Y esta doble memoria salvadora
correspondencias urde y entreteje

pasados actualísimos, constantes,
en una sola trama refundidos.

Tú, Diotima, escribes al dictado
lo que ellas evocan: indivisa,
tu biografía surge tal espejo
en que tus ojos vuelven a mirarse.

La muerte de seres queridos, la nostalgia de un amor pasado y la emoción del traslado a la España soñada desde Chile a sus diecisiete años, son algunos de los recuerdos evocados a través de estos poemas. Se trata de poemas de tono conversacional e íntimo, evocaciones nostálgicas de un pasado difícil. La poesía de Zardoya posee a menudo un tono pesimista y elegíaco que canta al pasado pero llega a contagiar tanto el momento presente como el futuro. En sus versos parece no haber escapatoria al dolor, y ni siquiera la muerte ofrece una salvación válida. En "Vivir es una herida" leemos:

Y nos duele vivir y amar nos duele.
Y nos duele saber que al ir muriendo
hemos vivido más, al desvivirnos.
Nos duele ser humanos, ser de viento.

Vivir es una herida que se ahonda
hasta ser manantial de todo aliento.
¿Será la paz morir? ¿Anonadarnos?
¿Nuevas heridas, muertos, sufriremos?

En *Altamor* (1986), la voz poética reflexiona sobre el paso del tiempo y su efecto sobre la vida humana, presentando ésta como frágil y efímera a la manera de una flor: *"La flor sabe cuánto dura / el tiempo que le han dado"*. Con el paso de los años, la evocación del pasado se acentuará en sus obras, sobre todo durante la última etapa de su vida. Los recuerdos poblarán con fuerza su paisaje

intelectual, aflorando en forma de evocaciones a amigos, lugares, o momentos de especial significado en su vida. A esto se añadirá una preocupación por la trascendencia de su obra y su pervivencia en el tiempo. Libros como *El don de la simiente* (1993), *Senecta* (1999), *Final germinación* (2001) o *Sintonimias del adiós* (2002) serán ejemplo de ello. Esta última parte de su producción muestra además una voluntad de simplificar el poema, despojándolo de elementos innecesarios para mantener sólo lo esencial. La reflexión metapoética será frecuente:

suprema desnudez
de la palabra
que aspira a ser la última.
...

Palabra y osamenta,
unificadas,
sin vestigio de sombra.

Sin velo de metáfora
y sin disfraces
de ropas carcomidas.

El último poemario publicado por Concha Zardoya fue *Ronda del arco iris* (2004), un libro de poesía para niños, marcando quizás con ello un retorno metafórico a la infancia y por tanto al inicio de la vida. En estos poemas se da un tono lúdico y eminentemente optimista que no encontramos en el resto de su obra, si bien sigue existiendo una clara voluntad de sencillez y la fuente de inspiración es la naturaleza. Nada de esto es casual: Zardoya celebra con estos poemitas la curiosidad ante el mundo y la capacidad de asombro tan presentes en la infancia, y al mismo tiempo tan necesarios para un poeta.

En resumen, si de algo dejan constancia los textos incluidos en esta antología, es de la profunda vinculación existente entre la vida y la escritura de una poeta que se mantuvo siempre fiel a su

compromiso poético, y que vivió su vida escribiéndola. La palabra poética de Zardoya se deja oír en estos versos con toda su honestidad y fuerza, fundiéndose en ella la memoria, el arte, el amor, la muerte, la denuncia ante la injusticia y la contemplación metafísica ante el paso del tiempo. Por todo ello, la de Concha Zardoya es una obra honda, erudita y esencialmente humana.

LIBROS DE POESÍA PUBLICADOS POR CONCHA ZARDOYA

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid: Adonais, 1946.

Dominio del llanto. Madrid: Adonais, 1947. Accésit del Premio Adonais 1947.

La hermosura sencilla. New York: Hispanic Institute in the United States, 1953.

Los signos. Alicante: Ifach, 1954. Accésit Premio Ifach, 1952.

El desterrado ensueño. New York: Hispanic Institute in the United States, 1955.

Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Ángel). Madrid: Ínsula, 1957.

La casa deshabitada. Madrid: Ínsula, 1959.

Debajo de la luz. Barcelona: Instituto de Estudios Hispánicos, 1959. Premio Boscán 1955.

Elegías. Caracas: Lírica Hispánica, 1959.

Corral de vivos y muertos. Buenos Aires: Losada, 1965.

Donde el tiempo resbala (Romancero de Bélgica). Montevideo: Cuadernos Herrera y Reissig, 1966.

Hondo Sur. Madrid: El Bardo, 1968.

Los engaños de Tremont. Madrid: Alfaguara, 1971.

Las hiedras del tiempo. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.

El corazón y la sombra. Madrid: Ínsula, 1977. Premio Fémina de Poesía 1975.

Diotima y sus edades. Barcelona: Ámbito literario, 1981.

Los ríos caudales (Apología del 27). Madrid: Corcel, 1982.

Manhattan y otras latitudes. El Ferrol: Esquío, 1983. Premio Ópera Óptima de Poesía 1983.

Retorno a Magerit. Madrid: Comunidad de Madrid, 1983.

Poemas a Joan Miró. Madrid: Los libros de Fausto, 1984.

No llega a ser ceniza lo que arde. Madrid: Corcel, 1985.

Ritos, cifras y evasiones. Madrid: Editorial Ayuso, 1985. Premio de Poesía Café Marfil, Elche, 1980.

Forma de esperanza. Granada: Excma. Diputación Provincial, 1985.

Los perplejos hallazgos. Madrid: Editorial Orígenes, 1986.

Altamor. Madrid: Editorial Ayuso, 1986.

Gradiva y un extraño héroe. Madrid: Torremozas, 1987.

La estación del silencio: Elegías. Madrid: Endymión,1989.

Un dios que nos domina. Madrid: Endymión,1992.

Patrimonio de ciegos. Madrid: Juan Pastor,1992.

El don de la simiente. Madrid: Torremozas,1993.

Marginalia. Madrid: Endymión, 1994.

Ciudadanos del reino. Madrid: Endymión,1996.

Antes que las palabras. Madrid: Juan Pastor,1996.

Senecta. Madrid: Endymión, 1999.

Última Thule. Madrid: Endymión, 2000.

Final germinación. Madrid: Endymión, 2001.

Sintonimias del adiós. Madrid: Devenir, 2002.

Alrededores míos. Madrid: Torremozas, 2003.

Ronda del arco iris (Poemas para niños). Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2004.

POESÍA

PÁJAROS DEL NUEVO MUNDO
(1946)

BUITRES

El llano es horizonte.

Es el máximo círculo
que gira dilatado sin moverse
huyendo de sí mismo, melancólico.

La rasa desnudez se finge senos
con dunas arenosas y colinas.
(¡Imagen de mujer perpetuamente,
enfebrecido cuerpo milenario,
parpadeo de amor, amor que yace!)
Los médanos, también, son pechos frescos,
o caderas, o muslos,
o temblorosas grupas,
donde el agua se duerme acariciando
la tersura gentil
de las formas perfectas.

Antiguas rocas grises,
arrugadas cuarcitas y pizarras,
granitos que rodaron de los Andes
se alzan como rostros,
petrificados ceños invariables,
desde este bajo suelo devorado
por una seca luz o luz difusa.

Los sauces, los ombúes y eucaliptos
apenas su verdor en esta tierra
cual manchas diseminan,
cual relieves que casi sobresaltan.

La eternidad delante, caminando:
así los llanos siguen a los llanos
sin llegar a perderse.

Después, los animales: bueyes fulvos
que mugen encelados,
corderillos que balan o que pacen
esa hierba ceñida, esa epidermis
cual túnica pegada a la llanura...

Los belfos sonrosados
imitan tiernas flores,
estremecidos pétalos
un marfil ocultando sensitivos,
una verdosa lengua acariciante.

Indomados corceles ya relinchan.
Espuma huracanada son sus crines,
muy cerca de las nubes y del viento.

¿Qué pájaros, ahora, tan pausados,
tan concéntricos, vuelan por encima?
¿Son acaso las garzas
delicadas, reales?
¿O tal vez los flamencos,
emigrados del río,
que su color airean?
¿Son las cigüeñas blancas
venidas de las torres?
¿Las palomas bellísimas,
en tornasol zureo?
¿Un tumulto de alondras
que buscan al venado presuroso,
al más lento armadillo?

¿Los ruiseñores músicos?
¿Los pájaros del alba?

No son las avecillas de la aurora.
No son veloces aves,
alados resplandores con un trino,
sonrisa modulada en la garganta.

Son aves de la muerte.

Inviolada mirada ya cerniéndose
sobre testuces nobles
y el candor de los ojos.

Son aves impiadosas, aves malas
que acechan y vigilan a las bestias,
el brillar del pelaje, los inquietos
ijares, la agonía
que presienten acaso ya muy próxima.

Rapaces, crueles pájaros
afilando sus garras,
el amarillo pico deseoso.
Alas negras, de un negro inmarcesible,
acompasan el ritmo,
azotan el claror de los espacios,
más oscuras aún
que el denso terciopelo de la noche.
Y las plumas metálicas
sin cansarse destellan,
girando, alucinadas
por rotos, desangrados corazones.

Mañana la espiral ha de cerrarse.

La tragedia vendrá con el pampero,
de rapto y frenesíes traspasado:
derribará las ancas y el orgullo,
las venas sonorísimas,
el juvenil galope de los potros...
Y las dulces terneras
morirán mansamente.

Los buitres -¡son los buitres esas aves!-
bajarán desde el cielo,
acaso en vertical como una espada,
acaso en un zigzag como los rayos.

Ya no existen las ansias. Ya relucen
las mondas osamentas.
Inmóviles están los esqueletos.
Las purpúreas hormigas, sin embargo,
una hojita de trébol les ofrecen,
en postrimero amor que es ya imposible.

Un sol morado besa
los derribados huesos sin aroma.

Final silencio póstumo
emerge de las pampas.

PÁJARO DE AMOR

No vuelas en la cumbre matinal de los días.
No pasas sobre el mundo
ni rozas esas flores
echadas en la hierba,
el reflejo lunar sobre las aguas
y los caballos grises que hacia ellas galopan.
No te duele la antigua soledad de los montes.

No por el cielo vas ni por la tierra,
¡oh, pájaro que sé en alguna parte!

¿Por dónde vuelas tú, cuajando dichas,
rindiendo cuerpos en espera al rapto
y los delfines muslos al incendiado océano?

¿Por dónde vas que así restallas besos fúlgidos
y enciendes de ansia los rechazos fríos,
esa herrumbre casi verde, casi apagada,
casi triste, final, del solitario?
¿Por dónde escapas tú, ardor triunfante?
¿Por dónde huyes, Amor,
o hacia dentro te embebes?

Las indefensas, puras, entrañas de la vida
por vientos de suspiros oreadas, por frágiles
caricias del dolor que es más dichoso,
informemente siento que tú moras.
Es por la sangre tu volar en llamas,
es por el pecho, sí,
y el anillo gentil de la cintura.
Es por las bocas ávidas

y por los ojos íntimos,
por el iris que ansía desnudar y empaparse,
sonreír con los labios que se buscan,
fugaces o profundos, en un aire-misterio.
Es la sangre y el alma el país que tú habitas.
Tú vas por el respiro lento del corazón,
por la sedienta playa que no sacia
la sed más invasora, la sed incandescente.

En picoteo dulce, aquejas y deleitas,
gorjeas y sollozas, encerrado en el seno.
Bogas sin prisa a veces, a veces raudamente,
hasta el secreto origen que persigues,
o extasiado te quedas no sabiendo del mundo,
o ruedas a la muerte melancólico.

Ahora estás en mí como un sol cenital.
Ahora estás ardiendo y no eres sueño,
remota aspiración adolescente,
ansiedad juvenil en desvarío.

¡Oh fuego, purifícame,
oh pájaro sagrado, para ascender en chispa!
¡Bajo un árbol extíngueme de pronto,
o bajo la mirada de los cielos!
¡Quémame ya, destrúyeme, incorpórame
a la llama, oh Amor, ceniza vuélveme!

PÁJARO DE TRISTEZA

No es un cielo ya el alma pura.

Sin aire vuelas, pájaro de pena,
el interior espacio ayer purpúreo
de amor y fresca dicha.

De pronto has advenido cual un negro
relámpago aún inextinguible,
o dolorosa luz ennegrecida
que luego ha de morir
y, renaciendo, ser triunfante oro.

Postrimera te sueño,
mal ave densa, círculo de llanto
que así envuelve este seno y esta vida
ayer en sencillez y hoy postrada.

Como una muerte rondas. Llegas, pisas
la flor múltiple y viva de mi sangre.

¿No te importa rozar
y así herir deshojando?

¿No reconoces lágrimas que fluyen,
el joven respirar languideciendo?

No ligera tú vuelas tercamente
este plúmbeo cielo,
tal aire confinado.
Ni traes lejanía en tus dos alas.

(Oscura realidad de verme herida
por un extraño peso que me absorbe
el volátil misterio del espíritu.)

¡Oh pájaro de piedra, vuela al cielo
de Dios, ya liberándome!

PAVANA DEL SILENCIO PARA LOS PÁJAROS MUERTOS

El cielo, abandonado, nos rehuye.

Esquivamente lejos va velando
su rostro ya sin música,
su triste inmensidad que está vacía.

Como apagado yace
por un dolor profundo allá en lo íntimo,
y, frío, en lo más alto, palidece
de una nostalgia-amor ya sin remedio.

Los vientos han huido no sé adónde,
buscando otras lagunas menos yertas
o menos melancólicas,
la tierra virginal ensimismada.

Las azulinas nubes,
no-me-olvides del cielo,
espectrales ahora, casi negras,
casi grises, cual hojas secas parten
en un lento cortejo,
desesperada ronda en agonía,
a ese confín oscuro del olvido.

Lentamente en silencio van las nubes,
pues no se oye su duelo:
en queda letanía a la distancia.

El cielo permanece solitario.
¡Cuán vieja es su presencia y es su bóveda
o palio funeral que no se mueve,
eterno mausoleo sin sus féretros!

¿Los pájaros...?, decidme.
¿En dónde están los pájaros,
aquellas confidentes golondrinas,
aquellos saltarines gorriones...?

Nadie responde a nadie en el silencio.
Quiénes fueron las aves nadie evoca.

Nada aletea aquí o va cruzando.
Ni el eco de un trinar es perceptible.
Ni un lúgubre lamento oírse puede,
ni un réquiem moribundo...

¡Qué distantes las alas!

El sudario vastísimo del cielo
absorbe los recuerdos que han quedado
en su diáfana atmósfera.

Ya los sencillos pájaros no existen:
ni un gorjeo suavísimo,
ni unas plumas color de fiel semilla...

Los tiernos corazones diminutos
inmergidos están en el No-tiempo:
emigraron, celestes,
al otro firmamento deseado,
fresca tumba de añil y permanencia.

Las delicadas alas, las transidas
por un ansia difunta
-palpitación postrera-,
baten un aire denso ya sin aire,
el extinguido viento de la nada.

¡Los pájaros murieron, criaturas!

Como un párpado el día vierte lágrimas
sobre el vacío espacio.

Ya camina la sombra a paso lento.
La eternidad sepulta y los adioses,
la eternidad enferma de sollozos
desde el alba del mundo contenidos.
Serpentea y se ahonda hasta ser noche.

Una luna final
es la mortuoria losa que fulgura,
en sí misma inscribiendo,
acaso realmente, acaso en sueños,
los dulcísimos nombres de los pájaros.

Nocturno, el cielo, sin estrellas vivas
y tan desconsolado,
pende ya como un hueco dando miedo.

DOMINIO DEL LLANTO
(1947)

DOMINIO DEL LLANTO

(A Jerónimo y a José Luis
Durán de Cotes)

¡Ay! La tierra que habito, sin dinteles
se ofrece resignada al verde llanto
que de la nada viene al universo,
dominando en el centro de los ojos.

Hasta el cariño es agua de tristeza.
Hasta el cariño es césped vulnerable.
Y de lágrimas nacen las violetas,
el suave musgo negro de las ruinas.

¿Duros cielos que buscan el olvido
propagan el dolor sobre la nieve?
¿Duros cielos agolpan, tumultuosos,
las legiones del llanto en los países?

¿Son los ángeles fieros, despeinados,
huidos del Señor y de sus tronos?
¿Son los caballos ciegos de los bosques,
en galopar frenético, sin rumbo?

¿Son las manos del viento, enloquecido,
golpeando las torres y los senos
de las vírgenes nubes, de las niñas
que lloran sin saber los sueños tristes?

¿O es el rayo de Dios que incendia y pide
torrentes de dolor para apagarse,
o refrescar la sed que tiene viva
con el llanto crecido entre los hombres?

Y el corazón se estalla como un fruto,
calcinado de amor bajo los árboles:
el compasivo llanto le convierte
en una roja flor desesperada.

LOS DESAPARECIDOS

A Fernando Iglesias, que
desapareció del mundo...

Teníais una patria, dulces novias
que en los ojos besabais muchos días.
El amor con sus flores, como un río,
os anegaba el pecho dulcemente.
Y el deseo se abría en lo profundo
del ser enamorado; luego iba,
por caminos de cielo, siendo pájaro.
¡Oh cuán alto reposo, tal vez música
que aliviaba a la vida de su llanto!
¡Oh cuán bella cimera del espíritu!

¡Ah, radiantes mancebos erais todos,
fulgor mismo de Dios junto a los mares,
mágico aliento, gloria de la tierra!
El joven corazón ardía en llamas,
propagador incendio de los bosques
que a la ciudad llegaba y refulgía.

Elocuente, la luz os coronaba
de verde primavera, trastornando
las tiernísimas hojas de los árboles.
Erais la noble savia de este mundo.

Mas un viento de muerte, brisa oscura,
acechaba terrible desde simas
donde el odio se esconde y no envejece:
malos ángeles fuego originario
exhalaron de allí como una lava
o torrente de hiel que destruía.
La hermosa paz huyó de los hogares,
despobló las aldeas y la dicha.
Efímeros destellos, besos últimos...
Las novias os lloraban bajo sauces.

Y el viento os llevó cual si los pétalos
del clavel de la vida fuerais todos.
Como polen de luz sembrados erais
por llanuras, por sendas y montañas.
Las palabras, opacas, no se oían.
Relámpagos de muerte, luces únicas,
los muros de los cuerpos derribaban:
sin fronteras yacían apagados.
Después, el verde musgo fue naciendo:
su débil raicilla era de olvido.

Ahora no sabemos si el desierto
os sepultó en el fondo de su arena,
si el sueño se refresca en los oasis
donde un húmedo vaho apenas flota.
O si la tierra negra, cual sepulcro,
en sus minas profundas encarcela
la suave llamarada de la frente,
el resplandor activo de los ojos.
Ni sabemos aún si el ancho océano
os tiene adormecidos en su cripta.

¿O las nubes, quizá, os recogieron
entre las cañas duras que sonaban,
y el aire os disolvió en su elemento
como brizna de polvo o de alegría?
Y ya no sé si sois la hierba triste
que levemente brota en primavera.
No sé si sois la lluvia o la nostalgia
que viene del recuerdo o de un retrato,
cuando un vivo repite vuestros nombres
en la transida luz de la mañana.

¿MIEDO?

A Pepita

¿Por los ojos abiertos de la noche
llegan perros o el miedo de la muerte?
El párpado del niño se desvela
y las flores despiertan a las flores.

¿Qué ladridos, qué voces o qué llantos,
qué andar sin paso viene por el aire,
qué frío azul o negro se levanta
en los quicios y muros del silencio?

EPITAFIO

No lloréis, caminantes, a estos muertos
que dejaron la vida en plena aurora.
Ansiaban la verdad que se perdía
en tristes laberintos de miradas.

Hoy la muerte les briza el largo sueño
el multiforme amor está saciado.
La eternidad que gozan hoy es cúmulo
donde el alma no sabe que es ya nada.

NO ES OSCURA MEMORIA

No es oscura memoria tu muerte en mi existencia,
sino recuerdo vivo: recuerdo tras recuerdo.

Si una mirada sale de mis ojos afuera,
una tuya se prende, muy antigua, a la mía.
Si un gesto de mi mano, vagoroso, se escapa,
un gesto tuyo trae en los dedos asido.
Si mis pasos avanzan por senderos y calles,
tu andadura me sigue, como un can, las pisadas.
Si mi boca ya besa a quien amo los labios,
otro beso se cruza: es el tuyo más pálido.

¿HACIA DÓNDE?

¿A qué arroyo de luz se fue tu sangre?
¿Y qué nubes nacieron de tus vahos
llevados por el aire hasta los cielos?
Tu corazón, ¿en dónde? ¿Y en qué rosa
abrió su puro fuego al estallarse?
¿En qué adelfa morada, en cuál violeta
se encarnó la tristeza que nacía,
algunas tardes grises, de tus ojos?
¿Por qué sendero van tus pasos largos?
¿A qué cumbre se asoma tu cabeza?
-me pregunto mirando las montañas
cuya nieve encendías con tu sangre.

ALGO SUENA

El alma, al exhalarse,
no suena como rosa
que al fin abre sus pétalos.
No suena como el aire
ni el volar de los pájaros,
ni como el llanto suena
de los dulces violines.

Pero hay algo que suena,
tremendo, inolvidable:
la tapa cuando cae,
final, sobre este muerto;
la tierra cuando baja,
oliendo a camposanto,
en alas, sobre el féretro.

HAY CABALLOS QUE PISAN A LOS MUERTOS

Hay caballos que pisan a los muertos,
que enredan en su crin la rubia trenza
de esas dulces muchachas sepultadas
bajo el césped de abril o de verano.

Hay caballos que rompen el silencio
que mora con vosotros fresco y verde,
y las flores cortadas en las losas
con el mismo perfume de las tumbas.

Hay caballos de luto y otras bestias
que pasan galopando por encima
de las bocas sin labios, cuando el viento
fustiga los cipreses y los pinos.

Hay caballos, hermano, que se ríen
de la paz alcanzada por vosotros
en los blancos y tristes cementerios
donde yacen también las golondrinas.

CUANTO MÁS ME CONTEMPLO, MÁS ME OLVIDO

A José María

Ausente estoy de mí, ya no me vea,
aunque el cuerpo se ofrece a mis dos manos
y sube por mis venas sangre viva
que humedece mis tierras generosa.
Si mis brazos levanto, los ignoro.
Si mis pasos resuenan, no los siento.
Si solloza mi voz, se eleva sola
como pluma de un ave desprendida,
y no me oigo llorar en las mañanas
por tanto duelo y muerte sobre el mundo.

Ausente estoy de mí, porque no encuentro
mi propia soledad ni mi cintura,
ni el aire que nacía en la presencia
de la remota nieve de las cimas.
¿En dónde estoy? -me digo y me rebusco
entre papeles blancos de tristeza
y suelos y paredes y ventanas.
¿Cómo vivo en el mundo y no me muero,
si el alma tengo ciega y sin trabajo,
y ciega la esperanza de otros días?

¿De qué me sirve el tiempo, si detuvo
la marcha a su crucero, y la ceniza
dejóme como horario? ¿Si, implacable,
del estío quemo las madrugadas?
¿Qué me importa vivir, si ya me sobra
el pan y aquella luz en movimiento
que circundaba fiel y alegremente
los ojos y los sueños de ternura?
¿Qué vale ya el amor, si nada espero
del juvenil engaño que traía?

Cuanto más me contemplo más me olvido,
y hay veces que no sé cómo me llamo,
ni si el párpado duerme o se desvela,
o si la fiebre crece o ya se enfría.
Tan sonámbula existo, devastada,
que me quemo sin ver que aun aliento,
porque vivir es orden de los hados.
Mientras las cosas cumplen claros fines
y el Universo sigue en sus esferas,
en ausencia de mí, me sobrevivo.

LA HERMOSURA SENCILLA
(1953)

HOY DESDEÑO LAS FLORES

Hoy desdeño las flores
y ese dulce secreto
que se guarda en las frutas

Sólo busco las ramas
de algún árbol desnudo:
me señalan recuerdos.

En los troncos inscribe
el amor bellos nombres
que no borra la lluvia.

¡Cuántas veces brillaron
en las plácidas tardes
en que tú me besabas!

Y el ramaje del viento,
de los ojos extraños
nuestro bien escondía.

Nos cerraba en un círculo
de verdor extasiado.
¡Ah, qué olvido del mundo!

Hoy un olmo su mano
ha posado en mi frente:
¿no es la tuya que invoco?

Un olor a madera
corrobora el engaño...
Es un árbol clemente.

CON LAS PRIMERAS NIEVES

Con las primeras nieves las estatuas
recuperan el mármol que han soñado
bajo la suave lluvia del otoño.

Así la piedra gris se transubstancia
en blancura perfecta donde un nombre
puede el dedo inscribir enamorado.

¿Una sonrisa dulce me insinúan
los yertos labios puros, al rendirse
al beso de los copos que descienden?

¿La blanca mano se alza delicada?
¿Con un gesto saluda como novia
que ansía regalar su fresca dicha?

¿O me despide ya, cual si mis ojos
pudieran deshacer al contemplarla
su corona de azahar tal una espuma?

UN DÍA ME TENDRÉIS

Un día me tendréis,
oh amigos invariables,
y estaré en vuestros brazos,
hecha savia vivísima.
Raptarán las raíces
que ocultáis en la tierra
el postrer arrebato
de mi sangre caliente.
Me asomaré a los cielos
a través de las flores
que han brotado en silencio
cual mariposas bellas,
en las sensibles ramas.
Y mi espíritu -¡fuego!-
llameará en los crepúsculos,
como luz, como antorcha
que apagará la noche
con su fresco rocío.
Mis huesos, en el suelo,
sonarán melodiosos,
exhalando los júbilos
que no hallaron en vida.

VEN. EL AIRE NOS LLAMA

Ven. El aire nos llama
y la rosa que tiembla.

Y la luz, por encima,
clara y santa nos busca.

Todo es muestra de vida
en el dulce verano.

Ven. El aire y los pinos
nos ofrecen la dicha.

NO ERA YO QUIEN HABLABA

No era yo quien hablaba,
ni eras tú quien oía.

La noche mágica hizo
revelar lo indecible:

el hallarte, el hallarme,
sin pactos, bajo el cielo.

La suave noche dijo,
dictó su gran secreto,

a ti y a mí, sabiendo
el triunfo de su orden.

Las almas, confundidas,
rodaban por el aire.

Soles altos nos vieron
arder y consumirnos.

NO ES EL AMOR

No es el amor antiguo
quien rodea mis ojos.
No es el olvido lento
quien llega o va volando.
No es aquella tristeza
conmovida de estatuas
o llorosa de luna.
No es la clara alegría.
No es la joven ternura
ni es el vivo deseo
de besar en silencio,
de morir de un abrazo.
No es el placer quien baja
y deshace las sombras
o el vestido de lluvias
que hay colgado en el muro.
Ni tampoco las aves
ni el delfín más inerme
que abandona el océano
por vivir entre hierbas.
No es el dulce murmullo,
el recuerdo de un bosque,
ni la dulce mirada
de una ciudad perdida.
No es la luz tan esbelta
ni tan huracanada
que nace junto al cielo
derribando los pájaros.
No es un adiós de césped,
ni enamoradas ansias
de amamantar a un niño

con leche mía o polen.
Soy yo, de primavera,
que sueño mi destino.
Soy yo, mujer de carne
mortal que ha de evadirse.
¡Soy yo, mujer de carne
arrebatado fuego
que sale de mi vida
para incendiar el mundo!

EL CUERPO, COMO UN FOSO

El cuerpo, como un foso.
El alma, prisionera
de corruptibles huesos
y de cenizas grises.

¡No ser pasiva escoria!
¡Romper, romper los muros!
¡Oh plenitud! ¡Oh éxtasis!
¡Ya fuera de lo póstumo!

¡Librarse del sudario!
¡No serpear! ¡En vuelo
burlar a la materia
y desasir sus vínculos!

¡Originales cielos
hallar sin sus arcángeles!
¡La luz mortal, la dicha
y el cegador relámpago!

LOS SIGNOS
(1954)

EL FAUNO

"Ces nymphes, je les veux perpétuer"
Stéphane Mallarmé

Fulvo yacer del tiempo en la ribera.
Sopor de luz y lentos caramillos.
Insonoros los árboles del bosque
-ha huido la brisa, ha huido
al corazón más íntimo del mundo,
a ese confín más fresco de la umbría.
Exangües juncos besan la epidermis
de las azules ondas irisadas.
Y los pájaros duermen bajo plumas
en los remotos nidos
donde nacen las flores transparentes.

Debajo de los ramos,
cual si noche estival fuese la siesta,
un cuerpo, un cuerpo duerme.
El humano blancor de la cintura,
subiendo por la senda de los muslos
a un pecho recrecido de áureo césped,
se llega hasta la frente y se retuerce
en los cuernos brevísimos,
casi rocas sutiles, coronados
de varonil y antigua cabellera
y perfumadas hojas, tiernas, verdes.

En languidez sumido y abandono,
el polen extenuado no revuela.
Un aire espeso, quedo, apenas flota,
sin orear las sienes del durmiente.

En las manos ansiosas, ¿qué rebrilla?
¿Qué frutas cristalinas en los dedos,
sonrosadas y rubias, en racimo,
anhelan escapar y no entregarse
al marfil entre púrpura reseco,
del embriagado Fauno que las tiene?
¿Qué doradas bolitas o qué gotas,
prisioneras aún y en rebeldía,
cual gemas vivas ya,
al lado de otras pulpas tal vez muertas,
rehuyen su holocausto,
rehuyen exprimirse en esa boca
no saciada quizá, no bien dormida?

Al fin ondula, al fin, al fin se mueve
el cuerpo augusto. ¡Fuego!
La mirada celeste, despertando,
ha venido a posarse en esas ramas,
a través de las cuales rayo de oro
belleza les descubre e ilumina;
en esas ramas nobles, vegetales,
que fingían o eran cariñosas,
un techo a su cabeza y a sus párpados
a la embriaguez y sueños avenidos.

Los brazos alza pronto lentamente.
Después, las manos fieles sosteniendo
el racimo de luces milagrosas.
Y el hombre virginal
contempla ensimismado
el paisaje sin aves ni siringas
agrestes, melancólicas:
cristal casi las uvas,
pues, vacías, lo son y transparentan

cuanto es posible ver, cuanto es del sueño.
Por último, las manos abandonan
las presurosas frutas que así ruedan,
huyendo por la hierba a la deriva.

Soñar, soñar, ahora... Divagando,
arden las ansias luego y el deseo...
como leones viejos, algo ruge
en las secretas venas, provocado
por las formas sensibles, femeninas
apariciones dulces, senos púberes...

Un chapoteo suave,
un deslizarse raudo, fugazmente,
a las pasivas linfas sicilianas,
corroboran al Fauno sus ensueños...

El ramaje enfosquece con sus sombras
-monedas, redondeles, temblorosos
encajes delicados-
los torsos de las Ninfas.

El hombre-dios susurra enardecido:
"¡Alborean espaldas, senos duros!
Y peces blancos nadan! ¡Oh delfines!
¡Oh garzas criaturas!
¡Oh sumergidas náyades!
¡Oh fluyentes amadas que yo adoro!
¡Mías! ¡Mías! ¡Proclamo que sois mías,
y que mías seréis y perpetuadas!
¡Ávidos brazos tengo, tengo besos,
manos oliendo a sol, ¡oh manos vivas!,
a zumo de la vid y del verano,
para ceñir los cuerpos más desnudos,

y así enlazaros húmedas al mío!
¡... No retozáis ya más, sagradas vírgenes
indómitas, coléricas, besadas!
No sabéis, no podéis ya libertaros:
en los cuernos frontales ya mis dedos,
mis indómitas manos, locas, fieras,
han anudado bien las rubias trenzas,
los cabellos festivos,
los cabellos dolientes,
relámpagos de amor aprisionado!
¡Felicidad! ¡Pasión! ¡Oh llamas! ¡Fuego!
¡Adiós! Las sombras huyen con la tarde.
Sólo en mis dedos tiembla
el más casto perfume".

EL EXTRANJERO

Tu nombre, ¿quién lo sabe en esta tierra?
¿Acaso tú lo escribes
debajo de la lluvia?
¿Acaso tú lo dejas suavemente
debajo de una carta
pisada por el viento?

Nada sé de tu vida irremediable.
Nada sé del pasado
que te ronda en el pecho.
Y así sueño con aldeas,
para inventar tu historia
en un día sin nubes.

Arrabal y mujeres, ¿viejas músicas
de un organillo triste?
¿Una casa tranquila?
¿Una vieja taberna con borrachos
que juegan a los naipes?
¿Un paseo nocturno?

Y descifro papeles que has perdido
en una calle oscura.
No hay fechas ni retratos;
sólo muertes y nombres, sólo besos
anuncian y se repiten:
Alida, Selma, Gretchen...

¿Sabrías pronunciarlos con voz dulce
o dolor solamente,
ilusión ya perdida,
se enreda, sí, en tus labios extranjeros?
¿O con ellos cancelas
un pasado amoroso?

No te conozco aún, no sé tu patria,
ni qué gran vendaval
descuajó tus raíces.
Tus ojos nada cuentan a los míos:
fríamente desnudos,
esconden tu pasado.

SUEÑO

Asesinadas bocas de doncellas,
de púberes muchachos de centeno
me han besado los ojos dulcemente
y el dolorido amor que llevo ardiendo.

Los labios desangrados, candorosos,
tan vivos parecían y ya muertos
que su huella de nieve me dejaban
en la llorosa arena de mi celo.

Asesinadas bocas por el llanto
o el jazmín delincuente de los besos,
su pena deshojaban y el aroma
de triste flor o nube, en mi recuerdo.

Nocturnas bocas y aires que me llaman
desde un confín sin Dios, desde un silencio
espumado de estrellas y rocío,
desde un país que habitan sólo ciegos.

¡Borradas bocas ávidas de céfiros!
¡Floridas bocas, labios que murieron
cercenados o rotos por la vida!
¡Ardientes bocas yacen en mi sueño!

Ardientes bocas frías vienen, besan,
con su otoño y helor de cruel enero,
mi enferma rama gris y el abandono
que duermo y que no aduermo en mi desvelo.

(El Escorial)

A VECES, LA ALEGRÍA COMO NUBE

A veces, la alegría como nube
escapa de las almas, de las frentes,
porque el amado labio con su queja
o suspiro despierta la amargura
que en el fondo del ser está durmiendo.

Una sílaba, un gesto, un aire duro,
un beso ya sin miel, una mirada
que de pronto extravía su ternura...
La tarde, el sol radiante, un doloroso
cielo gris o de luto nos descorren.

Otra vez, es un niño con su llanto,
una flor desprendida de su cáliz,
el verde fruto herido por un pájaro
una carta pisada en cualquier parte,
un árbol ceniciento, derribado...

El cierzo, el vendaval, la lluvia súbita
en lágrimas deshacen nuestro júbilo
la afirmación vital, el pleno goce.
Más tristes nos sentimos que la noche
cuando vela sus astros con su duelo.

A veces es un verso que remueve
las más tiernas entrañas de la vida,
los más remotos sueños del destino,
el aciago vivir en estos años
en que la paz se busca y no se encuentra.

CUAL RARAS FLORES BLANCAS

A Victoria Ocampo

Mirad el camposanto.

Las bocas y los labios ya olvidaron los nombres,
el Gran Tiempo ha parado los relojes de arena,
y los cabellos yacen como ramas de sauces
o negras cabelleras que no ondean su luto.
Aquí, los pechos nobles dejaron de ser arpas.
Aquí, la sal y el polvo se cuajan en las venas.
Aquí, los cuerpos yertos no ciñen otros cuerpos
y un palor de ceniza el desnudo les viste.
Aquí, hay menudos dientes
desgranados en cuevas, amarillos collares,
y las coronas secas de flores, tenues, grises,
de nardos y violetas adornan frías sienes.
Aquí, aquí, los pájaros sepultan a sus muertos,
y las muñecas niñas su hermosura mentida,
y los espejos tristes encierran sus azogues.
Aquí el olvido lento recorre el gran silencio
donde acaso se abrazan espectrales las sombras
con la luna o el alba,
y una sonrisa pálida y sin ansia las guía.
Aquí los blancos huesos son primario elemento.
Aquí, el polvo es polvo, la ceniza postrera
de un corazón sin forma, sin color ni perfume.
Aquí las leves rosas teñidas de los labios
y el coral de las uñas no se abren a los besos.
Aquí cipreses bellos y mirtos centinelan
la paz de los osarios,

de calaveras puras que ya no fingen nada.
Aquí los presos muertos golpean sus cadenas,
haciendo señas, gestos, a los azules cielos.
¡Ay, flamean banderas de dolor, de esperanza,
las manos que nostalgian la vida y el océano!

A merced de la tierra y a merced de gusanos
y de hormigas carnívoras
que horadan las colinas redondas de los muslos,
a merced de las aguas o zumos tan inmobles,
con un rumor de dicha despertando las hierbas,
encrespadas, con ira, por huir de los féretros
a los aires más límpidos,
martillan y dislocan el cedro de las cajas.
Y, a veces, atan sierpes, cegadas mariposas,
las venas que aún palpitan, vacías, como cuerdas
de perdidas guitarras,
y los senos aún tiernos como nueces de coco,
como pulpa de almendra.

Y, a veces, el latido del corazón inmóvil
inquieren bajo tierra,
y hasta el amor o el odio que anidara en la frente.
Y, a veces, como garras, cual guadañas finísimas,
hurgando van raíces de trébol y de cruces,
para encontrarse el pulso, fiel timón de los años.
¿Y dónde hallar tal sangre, disecada, granate?
¿Dónde hallar el temblor, los signos de la música?
Sólo arena discurre, no se mueve del tuétano.

Quizá en los plenilunios emergen de las tumbas
cual raras flores blancas
e inician -fuegos fatuos- las danzas de la muerte,
tañidos plañideros,
o animan con sus palmas las danzas de la vida.
Emergen suavemente
para dorarse al sol, al sol de los caminos.

Mas la tierra les calza, enlutada, sus guantes,
esos guantes de hierro, esa cárcel, sudario:
y ellas cavan las sienas, los nichos y los muros,
porque el hombre no encuentra el descanso en la muerte.
Y los túmulos quieren donde el fuego consume
el dormir desvelado.
Y acaso nieves lloran, la perdida molicie,
el viento estremecido de campanas mayores.
O lágrimas desean
que calan sólo a musgos, a malvas florecillas,
ese rocío humano de amor y de ternura,
esa mínima gota que consuela a los pájaros.
O tal vez son un árbol que ha huido de los bosques,
de selvas milenarias.
demasiado cargadas de joven primavera.
No extinguida su esencia, vegetal, casi asciende
a ese pecho de Dios que es bóveda estrellada.

OJOS DE DIOS

Ojos, ojos de Dios,
signos, signos de piedra, llama o cielo,
¿miráis o no miráis desde la luz
mi verde-gris Castilla
que es malva si atardece,
la tierra casi océano?

¿Los espectrales álamos,
inmóviles, de pie, mas respirando
y aún la escarcha en ellos recrecida?
¿El negro río veis fluyendo solo,
bajo la noche acaso andando lento?
¿La niebla de las sierras
-panorama lacustre-
que el viento desmorona:
fantasmas se deshacen
en glaucos amarillos
manchados de cobaltos...?
¿Los pájaros, a grupas,
de los corceles-nubes?
¿El toro de la muerte corneando
la vida de los niños?
¿El poniente carbunclo
de una boca sin besos?

¿Y veis los simples actos de los hombres:
el echarse en la hierba matinal,
admirar la colina opalescente,
oír a las valvas su mensaje?
¿La cal que reverbera sobre el muro,

la pasión desbordando las aldeas,
las entregadas cópulas,
resplandecientes lazos de los cuerpos?
¿El vivo corazón enamorado,
crepitando en deseo
de emerger o estallar hacia fuera?
¿La dulce carne blanca de una virgen,
el frenesí del púber aún no amado?
¿Los senos sin amor,
fríos, sordos y rígidos, cual nieve
endurecida en hielo?
¿Las amistades-lianas
enlazando ternuras,
los párpados amigos
de bellas mariposas o de lágrimas,
el rodar de las caricias?
¿El suspiro infinito de las viudas,
del dolor la resaca sin término?
¿Los pies, las manos suaves, los contactos,
la memoria amagada,
de sí misma en olvidos?
¿Los sueños que vigilan la existencia,
el derrumbado mar de todo júbilo?

¿Veis el clamor de sangres galopantes,
las inundadas venas
que se alargan al cielo
para acoger las aves?
¿Veis o no veis el mundo, fijos ojos
de Dios, oh fijas piedras? ¿Altas manos
nos palpáis levemente?

¿Sueño mortal, esquivo sueño puro,
o sólo acaso enorme profecía,
sublimación suprema de lo humano
sois, oh cielos, oh manos fluidoras?

¡Mirad, tocad! Los hombres
os piensan suspendidas, trascendentes,
universales, altas, remotísimas.

EL DESTERRADO ENSUEÑO
(1955)

NO SÉ SI ERES JARDÍN O VAGO ENSUEÑO (GRANADA, I)

No sé si eres jardín o vago ensueño.
Tus luces se confunden con tus sombras.
¿El Darro y el Genil son tus dos ríos
o son soñadas aguas, nunca vistas?

¿En tus colinas bellas algún día
he llegado a vivir? ¿Qué sol radiante
borró las formas puras de tu mundo?
¿Qué surtidor devana mis olvidos?

Sensaciones difusas me arrebatan
a un trascielo de ti, edén sin nombre.
¿Lindaraja? ¿El Partal o los adarves?
¿Poesía, quizá, o viva música?

Cerrar los ojos. ¿Tú? ¿No eres Granada?
Tras un velo de lluvia, cien recuerdos,
instantánea visión de cien imágenes,
superpuestos colores y perfiles...

¿Tal vez lloro, ciudad? ¿Como entre lágrimas
unos cipreses surgen vagorosos,
sonámbulos pasean o se yerguen?
Generalife, di, renazco en ellos?

UNA LIGERA LUZ (GRANADA, II)

Una ligera luz -¿dorada? ¿perla?-
en la almenada frente de las torres,
sobre las puras formas de los árboles-
¿limoneros? ¿naranjos? ¿arrayanes?

¿Olor de frutos ácidos? ¿Murmullos
de surtidores bellos? ¿Libres pájaros?
¿Soñar allí? ¿Vivir, vivir en sueños?
¿O despertar, al fin, en otra vida?

¿Hermosa realidad más que soñada?
¿Andaluces geranios o recuerdos
de altas lanzas arbóreas que sorprenden
por no ser las que fueron cierto día?

Esbelta luz sin nubes. El sosiego
reinaba en el jardín, acariciando
mi corazón, la hierba, los rosales.
Sentíame morir de gozo y pena.

Los cármenes, la luz, la verde vega,
la música del agua, aquellas aves,
se alejaron de mí. Me traspasaba
una dicha sin nombre, tal un éxtasis.

FLORES MALVAS

Flores malvas, aquí, hoy me recuerdan
el obispal color de los cantuesos
y esas lilas de España. ¿Su perfume
a mi alma se devuelve por el sueño?

¡Oler y ver! ¡Hallar, ilusionada!
Con frenesí el espíritu se asoma
al pasado, al ayer, a la alegría,
a través de estas flores, de estas sombras.

¡Oh tristes apariencias! Mas yo busco
imágenes antiguas, sensaciones
que gocé en otro tiempo... Vanas ansias,
furtivas, en el pecho se me esconden.

¡Ay, nada vuelve a ser lo que antes era!
Su plenitud la vida no rehace:
la perfección, si existe, vive y muere
en un único instante irrepetible.

DEL ENSUEÑO EN LA RAMA, GARCILASO (ELEGÍA A GARCILASO)

Del ensueño en la rama, Garcilaso,
reclinabas tu sien para salvarte
de esas oscuras olas que nos cercan
en el furioso mar de los destierros.

Soñabas en tu isla y eras libre
de llegar hasta el Tajo por el aire
o trocando las aguas del Danubio,
para engañar tu pena y tu nostalgia.

En tu prisión creaba interno mundo
el más puro ensoñar, que no el recuerdo:
ciudades aún no vistas, presentidas,
jardines y piadosos surtidores...

Y tus sueños, poeta, dieron vida
a delicados versos que no duelen
como esta quemadura de la ausencia:
soñabas dulcemente en tierra extraña.

Releo tu canción y se serena
con tu llanto de paz el alma triste.
El desterrado ensueño -verde rama-
alivia el corazón en su agonía.

LA IMAGEN DE LA MUERTE VINO UN DÍA (ELEGÍA A QUEVEDO)

Y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte
Francisco de Quevedo

La imagen de la muerte vino un día
a borrarte los varoniles ácidos,
tu risa destructora y tu agudeza,
aquella carcajada y vituperio.

No oscureció tu mente ni el azufre
quemó de tu sarcasmo lince y verde.
Tu gracejo sagaz volvióse triste
con aquella visión inoportuna.

¡Ay, los males de España eran cifra
de estrago y decadencia sin remedio,
clamor de escarnio y poder conjurada
contra toda virtud y la hermosura!

¿El valimiento, al cabo, no era puerta
de horrible corrupción para las almas?
¿Vejez y juventud no eran avisos
de la total derrota de la vida?

Ya te pesaba el cuerpo descarnado.
Ya te dolía el habla por inútil.
Y tu sombra, vencida, se arrastraba

como un can moribundo a tus espaldas.
Sosegaste tu espíritu, rindiendo
vasallaje final, sin desengaño,
desnudo de pasión y de vestido,
a la muerte, verdad irrevocable.

MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA
(1957)

TORSO

¡Qué verdadero el cuerpo sin cabeza!
Los repliegues son carne sensitiva
y los músculos tensos mueven piernas
que extraviaron sus pies al levantarse.

Mas el hombre se queda detenido
en el total paisaje de su cuerpo.
Decapitado anhelo, sobrevive
más allá de la tala irreparable.
Ha burlado a la muerte, siendo río
que fluye y que no fluye, que no duerme,
que se afana en ser cauce y ser orilla.

¿O sólo un alma es que se trasfunde
-arrebato de vida y de pureza-
a la materia gris, al yerto mármol?

DAVID

Has mirado la muerte, cara a cara,
y la miras aún cual si viviera.
Su inmensidad nos abres, joven puro,
y el dolor melancólico reflejas.
En ti ha visto tu padre extrañamente
el destino del hombre y de la tierra.
Sus pensamientos tristes -¡son los nuestros!-
a tus ojos se asoman y allí quedan.

Mas cargado de vida está tu cuerpo
y amenazan romperse ¡ay! tus venas,
¿hondas tensas que apuntan a la nada?
Contra la muerte alzas tu inocencia.

Aniquilar podrías, pero salvas.
Tu hermosura acaricia nuestras penas.
Y vivimos en ti, resucitados
de la muerte profunda que nos quema.

BACO

Casi niña, oh joven, te embriagas
de voluptuosas dichas. Sueña el cuerpo
entre ser y no ser adolescente,

jovencita o garzón... La vid corona
tu mirar en ausencia y tus dos sienes
donde un amor extraño se redora.

Los sueños pesan, mueren sin sus alas,
vueltos ceniza ya, en ese vino
que el sátiro ha escanciado sonriendo.

Apenas dios mortal, te gana el ansia
-¡inexplicable éxtasis de un niño!-
de vivir y morir al mismo tiempo.

ESCLAVO ENCADENADO

¿Son de noche tus ojos, de mañana,
de tarde sin color o mediodía?
¿Una pétrea lágrima se esconde,
hacia dentro rodando sin ser vista?

¿En tus labios tan mudos no hay memoria
de la pasión dejada por un beso?
¿O la muerdes, la sellas, la sepultas
en el frío interior de tu desvelo?

En el torso se hinca tu cadena,
en el pecho -¡no mármol!- dolorido.
Tú buscas libertad, mas hallas sueño,
tal vez un corazón que no has perdido.

¡Dejaste de ser piedra por ser hombre,
encadenado esclavo de la tierra!
¡Titán inconsolable, maniatado,
mirar, mirar al cielo es tu condena!

RÉQUIEM

He mirado la tierra con hondos ojos tristes.
En silencio he mirado los valles de este mundo.
He posado mis dedos en la rosa granate
y he sentido que amaba la caricia del musgo.

He besado plumillas y rumores de pájaros.
En sosiego he vivido lentas horas azules,
en angustia las horas del dolor y la sangre.
He cruzado los ríos en un pasmo de nubes.

He subido montañas y he mirado hacia abajo:
diminutos, los hombres se trocaban en aire.
He bajado cantando... El asombro del brezo
despertaba raíces de calcinados árboles.

Sumido en un ensueño, ya fuera del paisaje,
esperaba encontrarte sentado en una roca,
rodeado por sombras de impalpables estatuas,
esculpidas con brisas, claras, ígneas, remotas.

Las encrespadas águilas, allí, batían, altas,
sus poderosos, puros, alucinantes brazos:
querían despertarte y alzar las vivas formas
a un cenit de soles y truenos ignorados.

Tu presencia, evadida, se confunde con selvas
en las que el mármol suena virginal y profundo,
dulcemente dormido en su cuna de savias,
a merced de las flores y de helechos oscuros.

En transparencia vives, en el cristal del agua:
inventas sus guijarros, modelas sus espumas,
los clamorosos júbilos de peces y animales,
los nadadores torsos que, brillando, la surcan.

Si sollozan los vivos, esculpes esa queja
en el inmenso fondo de los abismos ciegos:
milenarias columnas se retuercen, horadan
las cavernas y, álgidas, palpitan como pechos.

Los bloques de granito amenazan romperse,
en rebelión de siglos, porque buscan tu mano
que no estrechan, tu mano, resplandeciente y cárdena,
tu destructora mano, tu crepitante mano.

Y, furioso, el basalto hoy gime en su ladera,
sus moles precipita como rayos lanzados
a un final imperioso de abrasadas tormentas.
Se queja la diorita y llora el alabastro.

Campanas sin destino, colgadas del espacio,
doblan por ti, Miguel, agitando los vientos,
como péndulos locos de vital primavera
o doloroso réquiem de bruñido silencio.

DEBAJO DE LA LUZ
(1959)

LA CARTA

A Conchita López Camino

Como un viento llegó una mañana.
Atravesó la luz como un relámpago.

Dejaste tu labor... Rodó el cestillo.
No sabías abrir el blanco sobre.
La página temblaba suavemente.
Mas la dorada luz te protegía.

¡Qué expectación en ti, en la ventana,
en los muebles humildes y serenos,
en el callado gozo de tu vida,
en la luz silenciosa que flotaba!

No acertabas a ver... Y te sentaste.
¡Demasiada quietud para tus ansias!
En pie, tu corazón adivinaba
lo que su letra azul te descubría.

Leías con afán. ¡Temblor del alma!
¡Qué rubores, después! (¡Oh!, ¿qué decía?)
¡Qué súbito reír en blandos trémolos!
Una instantánea lágrima brillaba.

Tus dedos acarician con dulzura
el papel por su mano acariciado.
Junto al pecho descansa. Tú te quemas
en el otro esperar de su llegada.

La luz, en torno, vibra, redorando
tus oscuros cabellos inclinados.
Tu mirada se evade hacia otros ojos
ausentes y lejanos, pensativa.

En la mesa, la carta resplandece:
en su luz, pura y terca, tú te quemas.

ADRIANA

Venías al jardín en donde un sauce
nos daba el agua verde de su sombra.
(¿Para el jugar y el sueño, como un llanto?)

No sabías leer ni yo sabía.
La abuela nos contaba sus romances.
(¿Ha subido a la nave el Conde Arnaldos?)

Bordábamos también. Mi costurero
secretas maravillas encerraba.
Te di un dedal de oro. (¿Lo has guardado?)

Con sedas de colores, lanas suaves
trenzaban nuestros dedos entre risas.
(¡Qué randas de bolillos rojos, blancos!)

Llegaba el mes de abril. Las mariposas
sus flores encendían en el aire.
Brotaban margaritas en los campos.

Nos íbamos muy lejos con la abuela.
¡El trebolar aquel! ¡Oh, blando césped!
(¿Aún el manantial sigue cantando?)

¡Qué prodigio los hongos, las violetas!
¡Revolaban las aves, las ardillas!
(¿Blancanieves, allí, con sus enanos?)

Nuevas hierbas crecieron, nuevos días.
Nuevas niñas llegaron con sus juegos.
Nuevas abuelas. Nuevos, nuevos pájaros.

Dejamos de ser niñas... ¡Oh, tus trenzas
-sin nosotras, el sauce aquel, más viejo-
cayeron en el río de los años!

Moriste para mí. ¿Acaso vives?
En el hondo recuerdo, todavía
me pides un dedal... (¿Estoy soñando?)

Y REPASO MI VIDA Y HALLO MUERTES

Y repaso mi vida y hallo muertes,
separaciones dulces tras encuentros
fugaces, prolongados, suaves, lentos.

Como nubes, así, en el paisaje,
o volanderas sombras, quizá sueños.
Como aves de paso por el cielo.

Hacia dentro, la vida... Hondas aguas,
altos mares oscuros, van por dentro.
Pocos puertos me esperan como término.

Pasa el mundo, cambiante, con sus luces.
Pasa el aire y la vida. Pasa el tiempo.
Sólo tumbas me quedan tras el viento.

NUESTRO ESPEJO ES EL MUNDO

En el fondo, no vemos en las cosas
más que claros reflejos de nosotros,
más que ciertos indicios del espíritu.

Si vemos apariencias, nuestras almas
superficiales son, resbaladizas.
Si vemos realidades, son profundas.

Debajo del color hay otras luces.
Debajo de la luz hay claridades,
un tras-aire de amor y no la nada.

Percibir es bajar hasta los centros
del quieto corazón de cada cosa:
es amarnos en ellas y aceptarnos.

Nos miramos la cara. Es la nuestra
y, en los ojos, nos vemos nuestras almas.
El espejo del mundo nunca engaña.

LA CASA DESHABITADA
(1959)

UN TRASAIRE DE TI

Un trasaire de ti
divaga, dulce, en torno.
Se prende a mi costado
y llora silencioso.
Soy pena de tu pena.
Y tú la mía. Sólo
quisiera asir el aire,
trasaire tuyo, en torno.

A VECES, VIENE EL MIEDO

A veces, viene el miedo...
Con pie descalzo llega.
Con guante de aire toca
los bordes de las telas,
el hueco de mis ansias,
el filo de mi pena,
los dentros de mi sueño...
El corazón se entrega
a la creciente sombra,
casi cruel, casi tierna.
El alma, deslumbrada
o llorosa, se cierra:
sepúltase en su frío,
en esas llamas tercas
que toda luz consumen.
Los ojos se desvelan,
se agrandan y se fijan
en una patria yerta:
siniestro cielo pende,
desconocido. Tiembla
un sollozo de niña
y en el pecho se quiebra.
Enguantada, la mano
del miedo oscuro, lenta,
divaga por los ángulos
de la pared incierta:
en éxtasis, en pasmo,
a muerte me condena.

SÓLO YO MUEVO EL AIRE

Sólo yo muevo el aire
de la casa vacía.
Sólo mi paso hiende
la gasa gris y fría,
el interior que deja
petrificar la vida,
extraviar su sentido
y quemar la alegría.
Sólo yo cruzo el aire
en que viven mis días:
el cerrado dintorno
que oprime las heridas
y pesa en ojo y frente,
en alma y sangre antigua.
Sólo mi voz traspasa
la niebla detenida.

LA SOLEDAD

La soledad madura
lentamente en la rama
del tiempo, gravitando
en la carne y el alma.
Como una fruta pétrea,
por el dolor helada,
herida por las aves
y nunca libertada.

Pendiendo sin consuelo,
sin descanso colgada
-arco tenso, la vida-,
sin vibrar, bien clavada.

La soledad madura
sin raíz y sin alas:
se vive a solas, lenta,
amada y desamada.

¡QUE TODO SE LIBERE!

¡Que todo se libere
de lo trivial y viva
en otros aires puros,
volando tras los días!
Unos amantes pueden
besarse en una encina,
en una hojuela seca,
en una rama herida.
Pueden cruzar, si quieren,
la blanca llama fría
y arder, detrás de ella,
en luz y sin ceniza.
Pueden quemar la nieve,
volverla tierna dicha,
agua de ruiseñores,
agua azul infinita.
Un gran ramo de nardos
puede ser, si se mira,
bello lecho nupcial
en la hora imprecisa.
El unicornio puede
cornear luz antigua,
sin que sangren sus ojos,
con amor, sin herirla.
Un violín puede, solo,
componer sinfonías
en la boca silente
de una corza sin vida.
Un pez rojo, volando,
en el alba más lívida,
cruzar puede un reloj

y, en pleno mediodía,
llegar ciego a la mar
sin rozar las orillas.
Oquedades de sombra
traslucen ya, trasbrillan.
En la noche serena
lo milagroso habita,
¡Todo, libre, en el sueño,
trasmora una trasvida!

LOS MUERTOS MÍOS VUELVEN

A la casa vacía
los muertos míos vuelven...
Se sientan en las sombras
que crecen de los muebles
y rondan todo el aire
del ayer, del presente.
Sin color, sin presencia
están aquí, descienden
a mi vivir, al llanto
del corazón doliente.
Mi madre, desde el fondo,
desmesurada emerge:
querella con mis lágrimas...
Mi padre cruza leve...
Su callada palabra
abre un hueco silente.
Y mi hermano retorna...
Su alto paso se siente
en la niebla, sin eco,
caminando a su muerte.
Y tú, amor, convocado
por tanta espera, vuelves
y entre mis muertos dejas
tu dulce luz celeste.
Los muertos míos surcan
los umbrales ausentes.
Tu duradero azul
se perpetúa siempre
sobre vivos y muertos:
en las lindes ardientes
de mi cuerpo y mi alma
tu realidad trasciende.

INSERVIBLE, MI CUERPO

Inservible, mi cuerpo
en esta primavera.
Como el árbol colmado
que día a día espera
la mano cariñosa,
el ave, rara estrella,
el soñado prodigio
de las flores primeras,
y en soledad se afana,
irguiéndose en la arena
a más amor del aire,
a más luz y pureza,
y consigue tan sólo
dolor y más tristeza,
más y más desvarío
y más y más ausencia,
más heridas del viento,
más rigor de la pena.
¡Todo él viva savia,
puro ardor que atormenta,
en deseo de todo
lo que nunca le llega!
Como el árbol colmado,
en esta primavera,
inservible, mi cuerpo
desvive lo que sueña.

EL ALIMENTO ES TRISTE

El alimento es triste,
dolorosa materia,
amor, día tras día,
en la callada espera
de la silente casa.
Las naranjas tan bellas
son mundos de dulzor
que hasta la boca niega.
Sabe a ceniza el agua.
El pan dorado pesa
como roca o montaña.
y hasta la angustia quema
la leve miel tan áurea,
la leve miel de abeja.
El alimento es muerte
de cada día, lenta.

EN ESTA SOLEDAD

En esta soledad,
Madrid, tus viejos árboles,
tu río que no es río,
el aire de tu aire,
la mole del palacio,
de su cristal se salen...
Yo entro en la arboleda...
Quisiera consolarme
bajo tantas acacias,
el cielo azul y el aire.
Las leves aguas miro,
este tomillo... Nadie
-¡ni un gorrión siquiera!-
se asoma al gran paisaje.
Sola yo, frente al río.
Sola yo, frente al aire.
Si dentro del grabado,
Si en la casa distante,
Bajo aquel árbol viejo,
Bajo la luz llameante...
La soledad, sin ti,
Me espera en todas partes.

HOY ME LLAMAN LOS OROS

Hoy me llaman los oros.
Hoy me guían los pájaros.
La roja hierba pone
su grito en la mirada.

(¿El corazón? Ardiendo,
adentro, resignado.)

Remisos amarillos,
en languidez, se esfuman.
Un sollozar granate,
de pronto, los anima.

(La memoria contempla,
hacia atrás, viejos bosques.)
Y llamean los púrpuras.
Y los sienas se doran.
El esplendor del fuego
en los ojos rebrilla.

(El amor, en las venas,
a la luz se transfiere.)

Sobrevive algún verde
en los pinos profundos,
en un mirto salvado
de la ígnea inclemencia.

(Aquel recuerdo dulce
traspónese, en el aire.)

Algún rubí revibra:
consagra en sí los fuegos
salvados del verano.
Crepita el gran incendio.

(Su soledad el alma
calienta en este día.)

La tierra el oro cubre
y, a veces, hojas álgidas.

La música dorada
susurra su alegría.

(En el hondor del pecho
se quema la nostalgia.)

Una ceniza áurea
vaga en el aire, flota,
y su caricia entra,
lentamente, en el alma.

(El dolor de la ausencia
se suaviza en la tarde.)

Todo el paisaje es cuadro.
La veneciana gama
es rito del otoño
que se alza de estos bosques.

(Otras soñadas fábulas
se asoman a mis ojos.)

Hay árboles que ansían
florecer y dar fruto
en un único instante:
estallar en el viento.

(Las primaveras idas
refulgen en la sangre.)

Y ciertos grises tristes
preludian el invierno,
desnudos, desvalidos,
en la vibrante hoguera.

(El corazón encubre
su llaga melancólica.
Los pájaros se alejan
hacia el Sur con mi alma.).

(Bosques de New England, Estados Unidos,
en un día de otoño)

EN EL CENTRO DEL MAR

En el centro del mar y tan vacía
de todo pensamiento que no sea
sentirme una oquedad. El viento llega
y pasa por el alma a la deriva.

Sin dejar tu mensaje al mediodía.
Sin poner tu palabra en esta espera.
Sin tocarme de gracia. Sólo quedan
rumores y rumores de cenizas.

Sólo un vértigo, amor, del fondo sube:
algo sube de allí para inquietarme,
afilando su voz como un cuchillo,
Alzándome su garra o su relumbre.
¿Acaso eres tú que naufragaste,
por seguirme hasta aquí, en desvarío?

LA PALOMA DEL TIEMPO

La paloma del tiempo se detiene
en la rama del beso. Luego, vuela
al trasfondo del mundo, de la vida.
Las horas son los orbes que no vuelven.

Tu mirada regresa de una nieve
que extravió su pasado y su tristeza.
Un rojo sol rebrilla, exacto centro
de la esfera de amor en que te mueves.

Yo giro sobre mí, pero sin verme.
Me contemplo hacia atrás. No veo sombras
-mediodía del ser, cenit sin nubes-,
disuelta ya en la luz en que me envuelves.

¿ES DE AMOR ESTA PENA?

¿Es de amor esta pena o es la vida
que se teme vivir o se querella
con la sangre del musgo, con la estrella
que alumbra al corazón en su caída?

¿Es de amor esta pena, pues su herida
no se cubre de flores, no se sella
con viento ni paisaje? Sola ella
quiere arder en su fuego consumida.

¿Es de amor y de amor la mansedumbre
o el lento sollozar de lenta arcilla
que clama sin saber lo que pretende?

¿Es de amor esta pena o viva lumbre
de mis huesos? La pena que me humilla,
que me exalta, ¿es de amor, si amor enciende?

CORRAL DE VIVOS Y MUERTOS
(1965)

LA VIEJA RED

Herida por el mar y ciegos peces,
la vieja red extiende su pereza
entre el agua y el pórtico del muelle,
entre el sol y la sombra de la piedra.

Unas manos piadosas, lentas, leves,
rehacen mallas rotas, las remiendan
con cuidado de madre, dulcemente:
las heridas antiguas ya se cierran.

Los collares de corcho y algas verdes
se abrazan a la red: la noche esperan.
Y, con ellos, las barcas que aún duermen,
que descansan allí o sólo sueñan.

Va cayendo la tarde. Las mujeres
han plegado la red con manos lentas.

(Muelle de los pescadores. San Sebastián)

UNA MUERTE SIN MUERTE

¿Contemplas los destinos desde lejos
cual si fueran paisajes insoñados,
una ciudad o niebla desvaída?
¿Reconoces la curva de los años?

¿No sumas para ti todos los días,
las penas, con tus dedos, los trabajos,
desvelo, soledad, ausencia lenta,
dolorosos recuerdos ya quemados?

Desde lejos, España, nos ignoras
al negar nuestras vidas -¡pobre lodo!-,
al sepultar los nombres en silencio.

Sin lápidas ni cruces, a la sombra,
a una muerte sin muerte, cual escombros
arrojas a tus hijos en destierro.

ES MI ÚNICA PATRIA LA PALABRA

Es mi única patria la palabra.
Esta palabra viva que derramo
azul y roja, gris, o negra y blanca,
ayer y hoy, mañana, tantos años.

Es mi única patria la palabra.
Es el único pan que como a diario.
¡Corteza dura masco, miga blanda,
dorado candeal que besa el labio!

La vierto por los ojos, por la cara.
Del hondo corazón le nace el llanto.
Las sílabas rezuman toda el alma,
el poso de silencios acuñados.

Y flor, sustento, luz, piedad, el agua,
vivo, respiro, bebo, pronunciando
quedos versos y prosa castellana,
"buenos días" al aire tan callado.

EL RÍO

El río es una huida, contemplado
con ojos prisioneros y con pena:
despidiéndose va de tantos álamos,
buscando va la mar, otras riberas.

Esta yéndose siempre, abandonando
las rocas que ha lamido y suaves tierras
que ayer acarició las va besando
en un adiós final que nunca cesa.

Y, con el río, el alma va llorando
a su destierro, lejos, sin frontera.
Vivos juncos se adhieren al costado
que sueña libertarse en otras sierras.

El cuerpo, fugitivo, río abajo.
El alma, entre los juncos, prisionera.

DONDE EL TIEMPO RESBALA
(ROMANCERO DE BÉLGICA)
(1966)

CANAL EN ANTWERP

Debajo de las aguas
otras casas emergen,
temblorosas, soñando
que sus piedras son leve
aire hondo y espejo
de los ojos silentes
que las miran absortos
desde el brocal del muelle.

Los planos se extravían,
las aristas se vierten
en los fondos errantes
y en ellos se disuelven.
Corazones, latidos
las murallas devienen
y suaves transparencias
de palpitantes sienes.

Hay vidas que se asoman
a las ventanas: ciernen
no sé qué vagas luces
de intimidades, siempre.
No sé qué brillos claros,
no sé qué sombras verdes
anuncian los perfiles
de rostros idos, tenues.

Humanizados quicios,
acogedores, sienten
que se abren a otro mundo
en que el vivir no duele.
Debajo de las aguas
hay vidas que se mueven
en un aire profundo,
sin soledad, sin muerte.

BOSQUES

A Oskar Zernickov

¿Cómo puede la arena
dar raíz a los bosques?
¿Cómo pueden las dunas
ser origen de flores?
¿Como pueden los árboles
emerger sin un dónde?

Abedules plateados
alzan sus ramas jóvenes
hacia el verde profundo
de los pinos inmóviles.
Los fuertes brezos rojos
enredan sus colores
con la amarilla iniesta,
dorado albor de cobre.
El naranja del mirto
engendra sus olores
tan dulces en las ciénagas
que apenas tienen nombre.

Yo recuerdo fronteras
que limitan sus nortes
con el cielo y las nubes,
con el día y las noches,
con la pena y el llanto,
con la muerte, en sus bordes.

TRANSPARENCIAS

Arde el manto desde dentro,
hilo a hilo, pliegue a pliegue.
En el fondo está la llama,
bermellon-naranja ardiente,
y es rescoldo que no incendia,
honda, pura, lentamente.
Y, después, rubial más claro
con azul violetas prende,
intermedias, casi ocultas
por los blancos envolventes.
Rojo oscuro, sobre ellas,
las encubre transparente.
En sus gamas infinitas,
sombras, luces, nobles, tejen
las orlas que nadie pisa,
los bordes espesos, leves,
encarnados tornasoles,
llamaradas que se extienden
por debajo, por encima
de los paños indolentes.
Los traslúcidos destellos
queman aires y disuelven
zonas ígneas, fraguas, pozos,
donde el rojo clama siempre.
Otro manto amarillea:
su verdor de hiedra muere
entre el cobre y entre el plomo
que trasluce viejas nieves.
Hay cobaltos apagados:
luchan aún y trascienden
brillos quedos hacia fuera.

Ocres pálidos se sienten
latir en la viva urdimbre
del más silencioso verde.
Y calla la densa tela
el rumor de sus dobleces.
El terciopelo refugia
miradas y ojos dolientes,
amargos sueños sin nombre,
azules, cansadas sienes,
días, trabajos y lágrimas
que en el retablo se pierden.
Cristalinas transparencias,
color tras color, resuelven
las penas de ayer y hoy:
consumen calladamente
la triste melancolía
que va dejando la muerte.

LAS REALIDADES EMERGEN

A Ángel del Río

Pequeñas cosas, calladas,
completos mundos silentes,
volumen alzan y brillos:
a su perfección son fieles.
El ojo las mira quieto
y confirma que sostienen
color, materia, blandura,
en un pasmo de ser siempre.
Insertas en el espacio,
se ven, se tocan, se huelen,
erguidas a más ardor,
a más humildad. Se sienten
sus contornos vivos, álgidos,
las superficies que temen
el polvo, la niebla húmeda,
los sonrosados y leves
dedos y quizá las bocas
que desde aquí las requieren.
Las vetas de la madera
acusan, sí, su relieve,
y los surcos intangibles
se palpan sin tacto. Tienen
los metales grises curvas
en donde las manos pueden,
convexas, notar la bella,
antigua forma del peltre,
la femenina figura
de suaves jarras dolientes.

El pincel, miniaturista,
esculpe, talla, es orfebre,
arquitecto, grabador,
encuaderna, estofa, hiende,
realza, dora, vidria,
pule espejos, tensa fuentes.
Claras, completas, totales,
las realidades emergen.

Aquí un vaso. Aquí una flor.
Una ventana consiente
en que el aire azul se asome
al hondor de las paredes:
el parteluz, en columna,
apoya el cielo en su frente.
Un libro reza sus horas,
en blanco, púrpura y verde.
El reloj de arena sabe,
tras su cristal -luz inerme-,
cómo transcurre la vida,
cómo los sueños se vierten
en la gran nada del tiempo.
Y en su paz, devotamente,
sabe el escaño quedarse
al abrigo de las nieves.

Una fruta roja crea
doble círculo presente,
doble faz en la tersura
de un alféizar transparente.
Y una lámpara su noche
espera calladamente.
En equilibrio, las cosas
emanan gracia y encienden
amor en torno, dulzura,
tiernos y piadosos bienes:
así redimen, humanas,
nuestras penas quedamente.

HONDO SUR
(1968)

LOS BOSQUES SUMERGIDOS

A Luis Monguió

Aguas muertas sumergen las raíces
de estos bosques del Sur por donde pasan
mis ojos como aves en huida,
mis ojos que reflejan la nostalgia.

Aguas muertas y lodos de tristeza.
Pende el musgo en harapos de las ramas,
vestiduras deshechas por el tiempo.
Fantasmales, los árboles se alzan.

Esqueletos y sombras de sí mismos,
sobreviven, no lloran, sobre el agua.
Secas cruces, a veces, que se yerguen
inmóviles, altivas, casi trágicas.

Si flotantes, los musgos, como niebla,
parecen barbas grises casi humanas.
¿O son las almas blancas de los negros
en estas copas ciegas enredadas?

Cementerios de pájaros sencillos
que han venido a morirse junto al agua.
Camposantos de verdes y de esclavos
que no cubre la tierra acongojada.

Las cabelleras tenues, en el viento,
simulan ser coronas, ser guirnaldas.
Un hombre negro llega y las recorta
con suave mano pura en la mañana.

Y el musgo, por la tarde, se hace lecho
en donde sueña él con viento y ramas.
El olor del otoño, suavemente,
reina dulce y antiguo en su cabaña.

También, gozoso, vive en estos bosques
el buen picamaderos que trabaja
en los troncos vacíos: señorea
con su rumor las frondas apagadas.

¿Con su martillo clava ya su féretro?
¿El ataúd del sueño o de las aguas?
¿El último refugio de la vida?
¿La última alegría de la savia?

Luego, vence el silencio. Finalmente,
los árboles son tumbas que se afanan
en ser sólo ceniza de la sombra,
vestigio alucinado de su tala.

En estos bosques siento, cuando paso,
la vejez de este mundo, junto al agua,
detenida en su noche de renuncias,
detenida en su muerte inacabada.

ERA UN DÍA DE SOL

Era un día de sol. La playa, blanca.
Las aguas del Caribe, gris acero.
Tu nombre azul grabé y se doraba
en la arena desnuda como un cuerpo.

Mis ojos en la luz no naufragaban,
salvados por las nubes y aquel viento
que oreaba sus costas, islas claras
erguidas a más luz y más silencio.

Con el nombre, tu rostro se bañaba
en plenitud solar y, desde dentro,
me traslucía amor y se doraba...
Como estatua de sal brillaba el sueño.

Lentamente, las olas te borraban,
desgrababan tu nombre, oscureciendo
entresoñados iris, sienes altas,
el surco de tus labios, tu recuerdo...

(Biloxi, Mississippi)

VALCOUR AIMÉ

I

El olvido, Valcour, ay, con su musgo
encubre ya tu nombre que brillaba
con esplendor real en los jardines
que hiciste florecer en la Luisiana.

Plantaron cafetales tus esclavos,
los árboles exóticos y malvas,
oloroso tabaco, los viñedos
cuyos vibrantes zumos te alegraban.

El olvido, Valcour, irrealmente
se cierne en la espesura de cizaña,
en el gran herbazal, el nuevo dueño,
que teje y entreteje tu mortaja.

II

¿En dónde el papagayo, los faisanes,
los ciervos y las aves de tu caza?
¿En dónde están tus cisnes y tus peces?
¿En dónde el mármol blanco de tus gradas?

¿Los lagos que creaste, puentecillos,
las pagodas y grutas en que el agua
son música y frescor -hoy increíbles-
para ti, en lo hondo, se guardaban?

¿Quién sepultó la ciencia de tus años?
¿El noble meditar que te ganaba
en las tardes de lluvia, cuando el día
empezaba a dormirse entre tus cañas?

III

Los puentes derribados y los arcos
apenas se adivinan entre zarza:
los musgos y malezas los dominan
y una anónima sombra los abraza.

La tuya va vagando y entrebusca
con quedas manos ávidas las lianas
que tejen cruel olvido sobre el nombre
grabado por tu muerte en una lápida.

IDA TURNER

A tus ojos se asoman tus abuelas
y vuelven a mirar lo que no existe
y cuanto queda aún de aquel pasado
que sufres y has sufrido con tus hijos.

Los días suntuosos, olvidados,
disuelven su esplendor en estas ruinas
que sin dolor contemplas, Ida Turner.
Los días que vivieron tus abuelas.
Una campana aún -¿enmudecida?-
convoca a los esclavos de tu raza,
en eterna llamada que no cesa,
debajo del silencio de este siglo.

El amo cruel y el duro mayordomo
agitan el badajo todavía...
Y suena para ti, aunque callado
parezca a mis oídos ignorantes.

Y miras la arboleda... Sobreviven
los centenarios robles y su sombra.
Tus abuelas los ven y allí se sientan
a soñar otra vez que ya son libres.

¿O te sueñan a ti, sin conocerte?
Las flores de tu traje resplandecen:
se exaltan con la luz que brilla en torno
y brotan en tu cuerpo como un campo.

¿Eres libre o te humillas, Ida Turner?
¿Te duele aún el látigo, sin llanto?
¿O su huella de sangre sigue impresa
en tu piel y en el fondo de tus huesos?

Tus abuelas contemplan la Luisiana
que amaron, desamaron y nostalgian,
a través de tus ojos, Ida Turner,
que aman y desaman lo que miran.

ESTE SUR, EN EL CENTRO DE LOS DÍAS

Este Sur, en el centro de los días,
es un pozo clamando por un cielo,
por un norte de luz y de justicia.

Este Sur, un desierto para el canto:
el grito del sinsonte se perdía,
el último gemido del esclavo.

Mas hay voces que emergen y perforan
los pozos de la noche, el gran desierto:
van abriendo el camino de la aurora.

El vuelo de las aves se levanta:
sobre penas oscuras, sobre sangre,
el vuelo de los hombres en las plazas.

KU KLUX KLAN

Las cruces arden, altas, cada noche.
Celebra el Ku Klux Klan sus ceremonias.
Cada noche, las cruces arden, altas.

Antorchas, caperuzas, blancos sayos.
Las túnicas relucen, verdes, rojas.
Encubren, medievales, rostros lívidos.

El Gran Dragón avanza en su caballo.
El Klan le sigue fiel y el Sur arrasa.
¡La Nueva Inquisición! ¡El Aquelarre!

Avanzan los sayones... Con sus teas
bosques encienden, queman los graneros,
los campos de algodón, la pobre iglesia...

La gran hoguera crece con el viento.
Las cruces del otero se deshacen.
Sembradas de ceniza las praderas.

Y los niños se esconden en el sueño
que viene a despertarlos con horrores
ya vividos ayer por otros niños.

NO CANTES TUS SALMOS

Tain't no use singin' psalms
to a dead horse

No cantes tus salmos
al caballo muerto.

Con sordos oídos
cabalga desiertos
sin luz, sin retorno,
vacíos, sin viento.

No cantes. Escucha
su largo silencio.

SANGRE CON SANGRE

When de mare dies you don't
give her colt to de cow to raise

Cuando tu yegua se muera,
no des su hijo a la vaca.
A cada uno, su sangre.
A cada alma, su alma.

El chopo nace del chopo:
rama da vida a la rama.
El trigo nace del trigo.
El agua crece con agua.

Savia con savia.
Sangre con sangre.
Alma con alma.

UN CRISTO NEGRO

A Carroll Mace

Un Cristo negro
como mi pena.
Un Cristo negro
que me comprenda.

Un Cristo negro,
una cruz negra.
Un Cristo negro
en las iglesias.

Un Cristo negro,
espinas negras.
Un Cristo negro
de Madre negra.

Un Cristo negro
como mi pena.
Un Cristo negro
que me defienda.

SIEMBRA TU ARROZ EN EL AGUA

Siembra tu arroz en el agua.
Planta algodón en el llano.
Coge tu musgo del roble.
Canta en la plaza los salmos.

Tunde tu hierro en la fragua.
Poda las ramas del árbol.
Come tu pan... El que sobre
dalo, cantando, a los pájaros.

BAILE

¡El son! ¡El son! ¡El son!

¿La zebra galopando?
¡El son! ¿Oyes el son?
¿Inmensos elefantes,
llamados por un dios?

¡El son! ¡El son! ¡El son!

¿Invitan a la danza?
¿El son del agua? ¡El son!
Tam-tam que no se calla...
¡Que bailes, negro! ¡El son!

¡El son! ¡El son! ¡El son!

Y bailas de alegría,
y bailas de dolor,
y bailas cuando odias,
y bailas por amor.

¡El son! ¡El son! ¡El son!

Y bailas cuando rezas:
tu baile es devoción.
Tu baile es pasatiempo,
conjuro bajo el sol.

¡El son! ¡El son! ¡El son!

La arena de la pena
se pisa en el danzón.
Y bailes o no bailes,
te baila el corazón.

¡El son! ¡El son! ¡El son!

ODA AL JAZZ

A Henry Kmen

Se han roto los planetas y sus cráteres
en vórtices abiertos van tragándonos.
Heroicos, los oídos se resisten
a estallar en cristales o cartílagos,
en vesubios y cláxones, burbujas.
Se proclaman, al fin, los vencedores.

Huracanes derivan, se amplifican.
Agudas disonancias como rayos
hieren y queman frentes, la memoria
de Bach, de Mozart, Dios, en hecatombe.
Calcinan la dulzura y la esperanza.
Dislócanse los truenos, al unísono.
Obstinados, derrúmbanse en las sienes.
El aliento se corta. Irrespirable,
la atmósfera del grito nos ahoga.

Risueño, el clarinete se despierta...
¡Una aurora feliz! El sol ya brilla.
Y un chorro de sonidos colorea,
en juguetón allegro, delicado,
o irrumpe juvenil o casi cínico.

Improvisado vuelo tiende el solo,
elevándose claro y sostenido.
Se remonta, planea, queda estático.
La torre del sonido se desploma...

Sardónica, una voz -¿de quién? ¿del viento?-
avanza a preguntar... Mas ¿qué pregunta?
Retrocede, ingeniosa, y va escondiéndose
la misteriosa sombra que no veo.
Se despide, sutil, arrepentida.

Y, de pronto, el aire es punteado
por siniestro anhelar inexorable.
Repercute el tambor -¿tam-tam de muerte?
Disuélvese el croar de la estridencia
en silencio interior, en noble calma.

Secos árboles muertos me golpean
el corazón. El duro sílex grita,
agujereando, cruel, maderas blancas,
láminas, terciopelos, sedas negras.
Soplados tubos, raros, singulares,
exhalan sus gemidos -¿tuyos? ¿míos?
¿del perro, del caballo, de la alondra?
El ulular se extingue. Yo respiro.

Húmedas telas cuélganse del aire,
o quemado papel que se salvara
de incendios o volcanes apagados,
de fraguas, rojo hierro que bruñíase
en bronce y resonaba casi dulce.

En sordina, se callan las gargantas
y mudas elocuencias se descubren.
Se vuelve a levantar de sus escombros
y sus piedras, ya rítmicas, se ordenan.
El oído, expectante, casi es ojo.

Cual si fueran de cuero las trompetas,
guturales y hondas, roncamente,
casi calladas suenan, bordoneando.
Ausente, la belleza todavía
en sus dominios reina sin corona.

Amortiguadas voces entretejen
serenidad o paz inesperadas.
El corazón se envuelve en mansedumbre
y empieza a recogerse con dulzura
en sus últimos centros, en su nido.
Mas no dura la calma. Vehemente,
irrumpe la inquietud de la corneta.
La incertidumbre clávase en mi sangre
sin desvelar respuestas que he buscado,
afinidades, luces interiores.

Un ardor va invadiendo rapidísimo
las venas largas, álgidas se vuelven.
Sones veloces corren laberintos,
vertiginosos giran y espirales
absorben donde todo va a hundirse,
fatalmente tragado por el pánico.

El peso de la carne, del instinto
olvídase de pronto. Casi mística
emoción o tristeza solicita
internas vibraciones que resurgen
inesperadas, sí, de la conciencia,
nostálgicos espasmos del espíritu.

Neptunos, peces nadan por el ámbito
con élitros metálicos o escamas,
y los fondos remueven de las brisas,

de submarinos lagos derivando
hacia un confín sin nombre que resuena,
al centro de la tierra, de la música.
Las desgracias de Orfeo, la liturgia
de ritmos ancestrales resucitan
o evocados divagan como el humo.

Y hay medeas sangrientas y nerones,
poder elemental y bacanales,
nupcias de luz y ceremonias fúnebres.
Bolívares gloriosos, mil acróbatas,
payasos, arlequines y demonios
a una danza olvidada se convidan.
Ascienden y descienden, se desploman
en el barro, las piedras o metales,
en la dormida arena de una playa.

La creación del mundo reconquista
el saxofón glisando y los tambores
colonizan las selvas resonantes.
Oscuros dioses, bailando, se aparecen...
Monótonas presencias monocordes,
ex-voces de ex-hombres, ex-sonidos,
declaran que aún son y no fantasmas...
Ya triunfan los rubatos y las síncopas.
Vibrátiles, los labios crean aire.

Algún pájaro canta. ¿No lo oyes?
¿Saudades de recuerdos la trompeta
va despertando aún? ¿Qué blue es éste?
¿De los graneros viene? ¿Del establo?
¿De aquella plantación donde cantaban
encadenados negros martillando?
¿La voz de la pobreza canta o llora?

¿Da solaz a una raza? ¿Persuasiva,
conmueve con sus notas verde-grises?

Enloquecidas máquinas, ahora,
arrancan, acometen y trepidan.
Se escapa un tren azul a la frontera
de un país extraviado para siempre.
Con libertad, allí, los negros danzan
al compás de un tam-tam que suena a vida.

Entrecruzan los pies audaces ritmos
y las voces se afilan, burbujean,
se acompasan anónimas y alegres.
Libremente, fluctuando, se acaudillan
en un todo final y lo sostienen
como una copa de oro a la esperanza,
a un gran cielo vacío que ya escucha
después de tantos siglos a los negros.
Las penas se evaporan como nubes.

Desvarían los tímpanos, las órbitas,
mil bárbaros impulsos los agitan.
Percusivos, brillantes, enajenan
los viejos continentes y los nuevos.
De nuestros años lengua sin mentira,
también de viejas épocas oscuras.

Desuniones, batallas, coros, salmos,
alianzas y torneos disonantes,
rebeliones y pausas enigmáticas...

Y ahora se enmascaran, gesticulan
los ruidos ya detrás de la apariencia...
Se arrastra una alegría casi lánguida...

El Ángel de la Muerte se aproxima,
amoroso, lentísimo, en las cuerdas...
Cual un crustáceo avanza y va moviendo
sus pinzas obstinadas, clandestinas...
El interludio cesa conjurando
la espeluznante sombra de la noche.

Resurrección mesiánica se anuncia
en la trompeta loca o el diluvio.
Salvajes furias saltan y enronquecen
su alarido de fuego y su ceniza
empolva ya otra vez el son titánico.
Desmelenadas van de boca en boca,
de pecho en pecho, rápidas, en fuga.
Eterizan, al fin, tanto arrebato
en un suspiro apenas delgadísimo.

Acerados sonidos, mil eléctricas
locuras van buscando una salida,
libertando terrores, libertando
tristezas, libertando los gusanos
que anidan en las frentes solitarias
y en el hueco del pecho, tercamente.
Emancipados ruedan, frescos, jóvenes,
y dan saltos mortales y cabriolas.
En chispas resplandecen, zigzaguean
y en curvas ondulantes ya se borran.

Mas callejeros ruidos luego triunfan
de todas las nostalgias, de los sueños:
la gloria ciudadana, la estridencia,
el peso de las urbes ha vencido.
El veloz transcurrir por tierra y aire,
los ecos del cañón y de las balas

perforan el oído, crucifican
las almas en horror apocalíptico.
Los sones que son ruidos estentóreos,
se enlazan o destrenzan como pueden,
sonora masa viva de relámpagos.
Desgarran, acribillan y, terribles,
dislocan el granito disonante.
Sus rítmicos motores profetizan
infiernos, cataclismos no cumplidos.
Galopan los espectros de las guerras,
pavoroso tropel que nos angustia.

La abnegación del blue tan melancólica
se ha enrollado a mi cuello, pobre víctima,
ha filtrado su ser en mi tristeza,
nocturna, suavemente, agradecida,
fraternal y propicia como un vino.
Acaricia por dentro y casi duele.

Sacramente un ritual una voz nueva,
misteriosa y ardiente lo propaga:
es la fuerza profunda de la vida
revelada en el jazz como una súplica.
Poco a poco el ardor, demonio íntimo,
la posee y la rinde sin vencerla.

El vudú, desde lejos, solapado,
aterroriza el alma y se prosterna
ante el altar de un dios desconocido,
presencia casi augusta, casi mágica.
Su son, de lejos, frío, como un luto,
implacable y siniestro se aproxima.
Se resiste el oído a lo que dice.
Rebasa el corazón todas sus lágrimas.

La lucha al fin termina y proclamado
queda el triunfo -el silencio- de la muerte.

Un signo suplicante, todavía:
el pavor de enfrentarse con la Nada,
con su "jamás", la última certeza.

Los cuerpos se disuelven, ya se han ido...
La voz del solo ruge, aniquilada
su fe, sin resistencia que la salve.
Sin mas allá, la Vida se resume
en un final sin vuelta, sin estrellas.

El gran silencio cae como roca
en el agua, mas no abre ningún círculo:
en sí mismo se cierra en yerto bloque,
negro mármol que sella la salida.

LOS ENGAÑOS DE TREMONT
(1971)

LOS ENGAÑOS DEL VIVIR

I

Donne nos dijo: "Los hombres no son islas."
¿Continentes, quizá, o son países?
¿Afluyen al gran río que se llama
el Hombre -Humanidad-, manando siempre?

Su vivir es el tuyo y es el mío,
se afana en echar puentes y fronteras
borrar de la memoria: el mismo cielo
a todos nos asila fatalmente.

Una misma constancia es nuestra vida,
una idéntica muerte nos acaba
y una idéntica tierra nos sepulta.

No divagan las islas: el abrazo
del mar les da familia. Como un arpa
azul, concorde, vibra el archipiélago.

II

Blancas luces, un oro, las miradas
surcando los paisajes tan mudables
como el mar y las nubes, reteniendo
las formas onduladas, indefensas.

Con áspera nostalgia los oídos
recuerdan los susurros de las hojas,
el desgarrado grito casi humano
de las gaviotas grises, matinales.

Las frentes avanzando, altas siempre,
con los cabellos tocan nieves, crestas,
la luz brutal que hiere sin clemencia.

Desnudo, enmascarado, transfigura
el vivir sus tormentas o sus calmas,
el luminoso aplomo que lo guía.

III

Indómita, la vida exalta ruedas
y tiende para ellas un paisaje
de rieles paralelos que se alargan
al final de este mundo, fatalmente.

Misteriosos, los trenes van huyendo
de casas que se agolpan o que suben
en línea recta, clara, sin hundirse,
fosforeciendo, grávidas, nocturnas.

Cometa en llamas, éxtasis vivido,
alarga su presencia a su futuro,
tras quemar el pasado en cada lámpara.

Su brillo avanza raudo, fiel, sin freno,
sin ver la perspectiva ni la meta:
oscura profecía de sí mismo.

IV

Las tierras heredadas o perdidas
sepultan nuestras voces, las sonrisas
heladas por la nieve o la tristeza,
nuestros vanos trabajos de medusas.

Y más vivir ansían, sin embargo,
nuestros huesos profundos, sin memoria:
en voz queda cantamos, sobrevivos,
desde pozos vacíos o secretos.

Si nos traga la tierra, circulamos
sin expresión de angustia, con delicia,
por el nuevo país, aunque amenace.

Debajo de la herrumbre sosegada
hallamos el amparo de una noche
que el sueño nos convierte en nueva aurora.

LAS HIEDRAS DEL TIEMPO
(1972)

EN LA COLINA

No te acosa la luz. Tú la dominas
con el gesto imperioso del hondero
que dispara miradas como piedras
a las fugaces nubes del anhelo.

Y no sólo la luz se rinde pura
a tu ademán de héroe en sosiego:
también el Arno azul es tu conquista
y la bella ciudad que va lamiendo.

Tu adolescencia brilla en la colina
como un sol del ayer y siempre nuevo.
Tu pureza, David, así conmueve
como un dios de hermosura y de silencio.

Adorado en el día por las aves,
te adoramos nosotros junto al cielo.
El paisaje, a tus pies, se te arrodilla
y se arrodilla el alma con sus sueños.

No te acosa la luz. Mas, cuando huye,
a la sombra deslizas ya tu pecho:
lentamente incorporas tu destino
a la noche, a los valles y a lo negro.

Ya no eres estatua y, cuerpo vivo,
paseas y divagas por el reino
donde otras luces fingen ser estrellas.
Estás y ya no estás. Se calla el viento.

(Piazzale de Michelangelo. Firenze)

BREVE BOSQUE

Breve bosque en la mesa. Breves hojas
imitan grandes árboles, follajes
habitados por aves que no existen.
Hay íntimas umbrías apacibles,
recóndito frescor que nadie goza,
delicados caminos que se esconden
sin llegar a los límites del bosque.
Es un país de verdes, diminutas
fronteras y azulada tierra leve:
una pequeña isla, sin rumores,
donde extravío el paso de mis ojos.
Un mar, en torno, acecha, sin moverse.
Yo me tiendo a la sombra del ensueño...
El alma se me pierde, isla adentro.

DULCEMENTE DORMIDA

Ansioso, el ojo traspasa los azules.
La boca, ávida, sorbe un aire duro.
El cuerpo se desploma. La vieja tierra
te dice quedo, de pronto, que tu sueño
es quedarte en la hierba más sencilla,
dulcemente dormida, dulcemente,
con un pájaro en la mano o una rosa.

HAY HIEDRAS DE ESPERANZA

Si no es la oscura música de los negros violines,
ni son las aguas negras de los espejos míos,
ni el olvido de Dios debajo de los árboles.
Si es que no son gargantas que adornan dulces hierbas,
ni la voz imprecisa de los siglos pasados
que avanza, caminante, por las venas del joven.
Si no es la fiebre helada de los astros en fuga.
Si no es la primavera que agita verdes ramos,
ni la miel que dormita en la flor, en los ojos,
ni son esas espaldas cruzadas por los besos,
llagadas por el odio y ungidas por el llanto.
Si no es la libertad ni el yacer prisionero.
Si no es el océano y no son las cadenas
que atan miradas ciegas al destino del hombre.
Si no es la hermosura que estamos descubriendo
en cada instante pleno, real y alucinado.

Si es que los ríos andan y se tienden los brazos.
Si es que los corazones se transvasan la sangre,
y los pies se calientan en la llama del frío,
y el silencio se cansa de ser sólo silencio.
Y porque las palabras ya no quieren secarse,
pues saben que hay misterios persuasivos y claros.

Si es que las verjas pierden su aldaba y su secreto
cuando las tibias manos les ruegan que se abran.
Si es que los seres buscan a otros seres sin nombre
y el aire de ternura que consume las frentes.
Si es que los cuerpos siguen a las almas cimeras.
Si es que el día reposa en la noche sin luna
y en la tierra se enlazan los caminos al cielo.

Si es que el dolor engendra el amor, la alegría:
hay rosas que no mueren porque el amor las hizo
y hay nidos ya sin pájaros que viven para siempre.

En los muros del tiempo hay hiedras de esperanza.

EL CORAZÓN Y LA SOMBRA
(1977)

ACTOS SENCILLOS

Al pasado del mundo van ligados
estos actos sencillos: con tus manos
desgranas vegetales melodiosos,
o la hogaza de pan rebanas lenta,
y enciendes los carbones sin quemarte.

Idénticas labores tan humanas
otras mujeres hacen con dulzura,
y doran en el fuego crepitantes
tubérculos y hierbas que alimentan,
los propicios aceites soleados.

Historia femenina inacabable,
que viene del ayer y va al mañana.
Intacto y laborioso, no termina
el círculo que queda y se transmite.
Los más viejos dolores se mitigan.

Ola quieta, la mesa permanece:
sincera en su quietud, es el testigo
de cenas familiares, sin secreto.
Las manos de mi abuela con las mías
extienden el mantel de tornavida.

Otras manos, por mí, aunque sin nombre,
despliegan la blancura de un paisaje
de lino iluminado por la lámpara:
levantan dulcemente vasos rojos,
como brezos maduros, en la noche.

Al pasado del mundo van unidas:
aprendiste faenas hace siglos
que vuelves a olvidar sin tú saberlo:
te parece que inventas cada día
estos actos sencillos de tu estirpe.

DOBLE SÍMBOLO

Has nacido mujer... Y te preguntas
si es humillación el aceptarte
con todo lo que fueron tus abuelas,
con todo lo que fuiste y fue tu madre,
con lo que tú eres hoy, un ser que busca
los posibles sentidos de la vida,
del amor, de la muerte y la tristeza,
la profunda raíz de la esperanza.

Si es orgullo la cifra de tu canto
o tan sólo piedad tus elegías.
Si es humilde ese signo que te inventas
al sumergirte viva en el silencio,
porque sabes que todos menosprecian
la voz de la mujer o se sonríen
si su palabra apunta hacia lo alto
o penetrar procura las tinieblas.

El dedal o la pluma -doble símbolo-
no sirven de defensa ni tampoco
desafían ni alcanzan la victoria.
Amorosos, humildes instrumentos,
consuelan tu vivir o con su llanto
lavan la piedra gris de muchos sueños.
Escribir y coser, ¿no son lo mismo?
Hilo y tinta devánanse viviendo.

Maduras poco a poco... Te comprende
la vieja tierra, madre aún visible.
Tus frutos interiores se recogen
en mínimas acciones y en tus versos
que la lluvia disuelve cada día.
Angustiados o dóciles, confunden
grandeza y humildad, dolor y muerte.
Trabajan para el árbol de mañana.

EL HILO CON QUE BORDAS

El hilo con que bordas se prolonga
a lejanas labores de otros días,
rescatando cenefas que perdieron
sus brillos: vivifica desvaídos
recamos, orlas pálidas y tristes.

Entrelaza tu aguja sin saberlo
tardes dulces y noches soñolientas
del hoy incierto, grave, que pregunta,
con miseria de ayer, gran territorio
sin árbol, sin arrimo, desolado.

En el mismo tejido se revela
el continuo vivir que no entrecorta
ni el júbilo ni el llanto: fresca lana
recose lo olvidado a tu presente,
fresca seda despierta los recuerdos.

Y el hilo más allá va de ti misma
y enlaza tus puntadas a otras telas
cosidas por tu madre tantos años.
¿Aquel aire esfumado se perdía?
¿Tu suspiro, su pena, se salvaban?

En el fondo del tiempo reverdecen
ojos, manos, figuras, terciopelos
-larga vida-, follajes ya no oscuros...
Borda el hilo sensible lo que olvidas,
al pasar por tus dedos tu memoria.

SÓTANO

Jugábamos de niños en un sótano
en que había cajones y maderas,
cestas rotas y paja, muebles viejos,
utensilios sin uso, ropas tristes.

Hacíamos cabañas y castillos
-era fácil soñar lo que queríamos
y fácil bautizar con cualquier nombre-,
los fosos y los puentes, barbacanas.

Los malos y los buenos -¿quiénes eran?-
luchando por la torre sobre ruinas.
Los buenos y los malos... ¿En qué bando
estaba yo? ¿O estaba prisionera?

Se obstina la memoria en ser precisa,
sacando de sus sombra lo que ha sido
hermosa realidad y clara vida...
Mas el sótano aquel estaba oscuro...

Acumula su enigma: nos despiertan
los niños y las niñas que ayer fuimos,
aunque oigamos las risas engañosas
de nuestras bocas puras. ¿Buenos? ¿Malos?

El sótano ha cerrado para siempre
su puerta, pues la llave de los juegos
en un doblez del tiempo se ha perdido.
En la torre, la sombra es su bandera.

BLACK-OUT

Se fugaron, de pronto, luces, llamas,
a un extraño confín aún sin nombre.
Las ventanas y puertas al vacío
se abrieron a lo negro, temerosas.

Se volvieron las casas más profundas.
Y la noche, también, fue más cerrada.
El cielo, pavoroso, nos veía
entre nieblas, sin luna, desolado.

A tientas nos movíamos, cual ciegos
que aspiran a encontrar lo que han perdido
entre muebles y muros, sin oriente,
ignorando el camino de las sombras.

Con un temblor muy hondo nos palpábamos
para saber si aún estaban vivos
el pobre corazón, la mano yerta,
en tímido ademán, penoso y lento.

Las voces se apagaban, pues temían
equivocar los nombres, y más broncas
volvíanse las sílabas. Los gritos
sepultaban su angustia en cada pecho.

La oscuridad unía nuestras almas:
más allá de sí mismas, encontraban
un extraño lugar de calma tensa,
de vibración común, terrible y dulce.

(Noche en la guerra)

LOS MUERTOS VIVOS

Se nos mueren los seres, aunque vivos.
Los vacían por dentro y cascarones
parecen a los ojos, sin la pulpa
del alma, sin mensaje. ¿Quién los mata?

Banales gestos, voces repetidas,
mecánico altavoz, ya sin conciencia
de lo que son o fueron, pobres títeres
que mueve la costumbre de la vida.

Y todas las palabras son la misma:
exacta boca múltiple pronuncia
los triviales vocablos vanidosos.

Suicidándose van ¡ay! lentamente
y nadie ve que mueren, conversando
con hálito vacío, cada día.

MIENTRAS HAYA PREGUNTAS

Mientras haya preguntas -no respuestas-
el hombre existe, álzase a más vida,
conciencia que cuestiona la profunda,
improfanada niebla del abismo.

Ser hombre o ser mujer -o simple niña-
es preguntar en ansia por la sombra,
por cuanto cubre o calla, misteriosa,
incitando a la duda sin razones.

Ser hombre es preguntar y preguntarse
y, al inquirir, crear lo nunca exacto:
saber y más saber, mas no sabiendo.
Dolor y más dolor para estar vivo.

Dejar de preguntar es estar muerto.
Los que todo lo saben ya no viven:
son sepulcros vacíos, apagados.
El dogma los ampara, inexistente.

Las aguas de la sombra nunca matan,
pues nada el nadador a todo brazo
para salvar la vida que le angustia
y sentirla sufrir desde los tuétanos.

SILENCIO COMO SOMBRA

No es el dulce silencio de la noche,
de algunos mediodías transparentes
que acaricia la luz con su tibieza.
No es la íntima dicha que callamos.
No es la paz que se sueña en el tumulto.

No es aquel que buscamos desde el ruido,
isla de aire sin viento, éter puro.
Ni el agua que la brisa no conmueve.
No es el vasto silencio de las ruinas.
Ni es el póstumo olvido de los muertos.

El silencio que invoco no sosiega:
las sombras lo frecuentan y lo invaden,
densifican su ser y lo encadenan
a otras sombras durables que aprisionan.
No es refugio la cólera sin culpa.

No socorren las aves, al mirarlas
pasar tan altas, libres, por el cielo.
Ni refugia el cansancio ni la huida.
Ni si la sangre canta, misteriosa,
al llegar el verano mansamente.

El silencio que invoco nos tortura,
prisión que nadie rompe ni levanta,
cadena cuyos goznes perdurables
ninguna mano suelta ni cercena.
Es tenebroso reino de injusticia.

Vivos nombres sepulta, obras vivas,
este negro silencio que se impone
como losa de tumba sobre aquellos
que han osado gritar y rebelarse,
al execrar la ciénaga sin fondo.

Borrados de la historia con silencio,
con silencio de sombra, cruz de muerte:
del libro de los vivos suprimidos.
¿De qué sirven los actos, si los celan?
¿De qué sirve la voz, si la amordazan?

El silencio que invoco con su nombre
cancela lo que hicimos, lo que hacemos.
Los pobres pensamientos o palabras
son pasto de lo oscuro y del olvido,
o vagan, extrañados, en desierto.

¿A quién os quejaréis, si este silencio
corroe y va agrietando la existencia?
¿A quién os quejaréis, si sólo sombra
sois de nombres borrados en secreto?
¿Y quién podrá creer en vuestras vidas?

Con las señas perdidas, ¿qué retrato
podrá representaros como vivos?
¿Devolverán imágenes espejos
sin azogue, cubiertos por la sombra?
¿A quién identifica el documento?

El silencio ha borrado los papeles,
la identidad, el nombre y esas obras
que, huérfanas, se pierden por el mundo.
La sombra, densa, teje más olvido
al borrar, con silencio, toda fecha.

DIOTIMA Y SUS EDADES
(1981)

LA EDAD Y LA MEMORIA

Primitivas vivencias reconoces,
del inconsciente fondo las rescatas.
¿Concéntricas devienen? ¿Se emancipan?
¿Son tus círculos firmes, fidelísimos?

Me salvas las imágenes antiguas.
¿Recuerdas los errores, los afirmas?
¿Justificas las vidas paralelas,
su afinidad dimite al encontrarse?

¿Tu luz no da mentiras ni abstracciones?
¿Creación espontánea y los hallazgos
ulteriores recibes en tus dentros
para asociarlos, luego, voluntaria?

Tus criterios confundo y conjeturas
me parecen aquellas percepciones
de infancia y juventud, de las siguientes
edades que he vivido, fantasías.

A veces, creadora, no decantas
ni pasas por tamiz las alegrías
ni tampoco las penas ni los sueños.
Inventas las mañanas y las noches.

Corrobora el ayer lo que sentía
y al presente lo adaptas, duradero:
coinciden con un hoy que no se acaba.
¡Humana eternidad que tú me forjas!

Hay un saber latente, casi vivo,
que siempre rememoras o revives:
es la ciencia interior que se va haciendo
al paso de la vida y de la muerte.

Exacta y comprensiva, otra memoria
-intelectual y puro entendimiento-
aprehende palabras, geometrías,
espirituales actos simultáneos.

La memoria sensible es su aliada.
Sensaciones abrazan pensamientos,
las ideas se anillan corporales,
pues algo significan para el alma.

Y esta doble memoria salvadora
correspondencias urde y entreteje
pasados actualísimos, constantes,
en una sola trama refundidos.

Tú, Diotima, escribes al dictado
lo que ellas evocan: indivisa,
tu biografía surge tal espejo
en que tus ojos vuelven a mirarse.

Tus edades se enlazan, circulares:
son nuevas otra vez, o repetidas,
quizá desfiguradas, más intensas,
más pálidas aún que un sueño viejo.

Las falacias del tiempo desmoronas
y un continuo vivir se reconstruye:
meditación sin ocio, sin enigmas,
penetra la existencia en sus raíces.

La mirada hacia atrás su patrimonio
rescata de las sombras temporales:
sensibles, resurrectas posesiones
configuran, Diotima, lo que has sido.

GESTACIÓN

Acaso fui fosforescencia blanca
o germen de ceniza tras el fuego,
origen del insomnio y la tristeza.

El hambre me gestó, la sed primera
del amor, de la sangre, del deseo,
abrazadas semillas de mis padres.

(¿Pasiva fue la entrega? ¿Fue sumisa?
¿Quién buscaba progenie de ternura
o proseguir las penas de los vivos?)

¿Un heredado sueño me soñaba
al arder el instante del orgasmo?
Las savias se cruzaban en mi centro.

Y, después, la tiniebla del reposo
se extendió protectora y ya cuidaba
el nacido embrión de mi existencia.

Y viví -¿sin ser yo? ¿acaso era?-
las nueve lunas dulces de mi sueño
en la sombra feliz y protegida.

Los zumos de la tierra transcurrieron
de venas de mi madre por las mías,
apenas insinuadas, transparentes.

Los rumores del mundo me llegaban
a través de tabiques abrigados.
Sinfonía inaudible fue mi cuna.

¿Qué lucidez remota su vestigio
dio comienzo larvado a la palabra
esencial que es nobleza de los siglos?

¿Lejana luz -primaria poesía-
como un murmullo o queja germinando
en el hondo vivir que iluminaba?

Esperaba mi sueño el primer llanto,
al surtir de la sombra con el grito
visceral de mi madre y ya ser niña.

O no ansiaba salir de aquella esfera,
el escondido cuévano materno
en donde era sin ser y no sufría.

SOMBRA MÍA

Desoías las horas, en tu silla sentada,
hilvanando, cosiendo o trazando bordados.
Se agotaban los hilos al pasar por tus dedos.
Las labores crecían en la vela nocturna.
El reloj no cesaba de girar a tu sombra.

Yo miraba tus manos... Su lección aprendía:
enhebraba la aguja con un ardor novicio,
el nudo era perfecto al final del estambre.
Y alfileres te daba con un cuidado sumo,
soslayando la punta, ocultando la herida.

También era difícil fijar esos botones
en el lugar preciso, junto al ojal abierto.
Saber unir las piezas era faena ingrata
y no menos seguir la fina y curva línea.
Los labios sonreían al alcanzar la meta.

Al principio, fue un juego: imitar divertía.
Mas después fue insinuando su verdad trascendente:
el nivel doloroso de los arduos oficios,
la fatiga y el sueño enlazados vivían.
Mi conciencia de niña, silencioso testigo.

Con mirada de hoy voy viendo las puntadas
de ayer, entretejidas a telas que se han ido,
flotando alucinadas, sensibles, sobrevivas:
se alinean en pliegues persistentes y diáfanos
que descubren mis ojos renacidos y limpios.

Desoías las horas... Yo las oigo aquí mismo.
Con tu aguja en la mano, las recoses al alma,
a todo lo que ha sido mi vida desde entonces.
Y no cesa el reloj de girar a tu sombra.
Sombra mía que es tuya, maternal y doliente.

DEBAJO DE AQUEL SAUCE

Debajo de aquel sauce
-allí los ojcs tuyos leían o bordaban-
estaba yo escuchando tus gemidos.

Venían de la casa
con ventanas cerradas o entreabiertas.
No sabía
que te estabas muriendo, soplo a soplo.

Subterfugios trataron de engañarme.
Finalmente,
me dijo la verdad tu alcoba ya vacía.

Unos libros, papeles, dejabas por herencia.
Pero el fuego volvió aquellos bienes
que pudieron ser míos, gris ceniza.
El viento se llevó tu testamento.

Debajo de aquel sauce,
siendo niña,
aprendí el sentido de la muerte:
es hueco de una ausencia que no acaba.

EL GRAN VIAJE

Y mis padres sintieron la llamada
de la nueva República.
Y yo sentí, filial, que mis raíces
buscaban vieja tierra y nuevos aires.

Y cruzamos océanos... De lejos
nos decían adiós las cordilleras,
los valles y las costas alargadas,
aquel último puerto del salitre...

Al navegar veíamos saludos
de junglas tropicales -que agitaban
sus arbóreas banderas espesísimas-,
del istmo panameño con sus saurios.

Una mañana densa recalamos
en isla del Caribe donde el plátano
cedía sombra y fruta al extranjero.
Sonreía el nativo al ofrecerla.

La ancha mar extendía su horizonte
a los ojos ansiosos de llegada,
mas ávidos también, aventureros,
de navegar sin rumbo y libremente.

Los días se enlazaban sin contarse,
mirando desde popa aquella estela
que más nos alejaba de una tierra
y a otra nos unía fatalmente.

Maravilla profunda, cada noche.

La Cruz del Sur flotaba sobre el agua.
Alumbraban, después, estrellas nuevas
el vasto contemplar de nuestro asombro.

Las submarinas cuevas atraían...
¿Galeones, cautivos para siempre,
anclaban en sus criptas de corales?
¿Las oscuras corrientes libertaban?

Las historias del mar transparecían
sus ficciones sin tiempo -Julio Verne,
Salgari, Luigi Motta, Joseph Conrad-
y en la borda soñábamos sus héroes.

(Viejo légamo gris va remontándose
a la memoria viva. Viejas páginas
en el mar del recuerdo sobreflotan
y salvan navegantes extraviados.)

Tras cruzar el océano, la tierra...
¡Tierra de España! ¡Cádiz luminosa!
¡Y el otro mar -el Mar Mediterráneo-,
nombrado tantas veces desde niña!

Desconocidas lágrimas de júbilo
brotaron de nosotros hacia dentro:
un abrazo de llanto nos unía
a la patria del alma y de la sangre.

Y LA GUERRA LLEGÓ

Y la guerra llegó... Los fratricidios
colgaron de los muros sus crespones.
Las ciudades y campos, anegados
por la sangre y el llanto, desvivieron.
Los bisoños soldados, casi niños,
qué frontera pisaban no sabían.
¿Dos Españas? ¿En cuál estaban ellos?
¿Habían de matarse ciegamente?
¿El padre contra el hijo o viceversa?
¿En dónde quedarían sepultados?
¿En tierra de Caínes o de Abeles?
¿En el predio de nadie, con ortigas?

Y lanzaban granadas, se escondían
cual alimañas casi, en trincheras
o casas derruidas... Desde el cielo
llovía la metralla y esparcidos
yacían bajo el polvo sin un nombre.
¿Quién era el enemigo? Cada rostro
se parecía a otro, su mellizo.
Acaso el mismo pueblo vio sus juegos
al salir de la escuela, siendo párvulo.

Tal vez los bautizara el mismo párroco
y fueran monaguillos en la misa.
Quizá los engendrara madre idéntica.

Y mi hermano cayó -mi rama única-
en aquel mes de Julio, cercenados
sus veinte años puros, transparentes,
por aquel viento negro que barría

las ciudades y aldeas con su furia.
Una bala -¿de dónde?-, sin presagios,
sus sienes flageló... Su calavera
perforada yo vi en nueva tumba,
tras dos lustros de muerte y de silencio.
Mis conmovidos ojos retuvieron
aquella imagen suya para siempre,
grabando sin olvido su memoria.

Al salir de la tierra exhumabas
el vaho de sus sábanas: Diciembre
con su frío y escarcha recibía
tus huesos, desde dentro, ya amarillos,
joven mártir del odio irrefrenable,
de la aciaga injusticia y del oprobio.
Con tu final desnudo me enseñaste
los últimos harapos de los hombres,
la última verdad de la inocencia
en ceniza y en musgo convertida.
Mas no había blancura -¡tan soñada!-
en aquel desentierro de tus restos...

(La experiencia narré en versos jóvenes
que alguien acusó de tremendistas.
La realidad, a veces, nos engaña
con sus atroces cuadros o fatales
epílogos: simulan malos sueños,
hipérboles o símbolos, metáforas
de poetas románticos que vuelven
a hablarnos de los muertos y sus fosas.
Garcilasismos plácidos reinaban
en marmóreos sonetos artesanos.
El dominio del llanto se negaba
en deleitosas rimas clasicoides.)

Todos fuimos soldados o sus víctimas,
empuñando fusiles, herramientas,
el arado, la pluma, los pinceles...
Acribillaba el hambre sin sorpresa
y casi sin dolor se agazapaba,
hirsuta, desbocada, con el miedo,
con el valor de todos, cada día.
El corazón hallaba su refugio
en remota esperanza sobreviva.
Uníamos las manos en la noche
de angustioso pavor: nos transmitíamos
la ilusión de vivir una Paz Justa.

SEGUNDA SOLEDAD

Has llegado al nivel de la tristeza,
al nivel de las aguas estancadas
que no saben fluir ni evaporarse.

No puedes desnadar ni remontarte
a la cercana orilla ni al camino
que conduce a la luz y a la alegría.

Eres joven aún... Gravita el tiempo
del desamor y pesa sobre el alma
la carga de la vida envejecida.

Los años de la guerra con sus muertes
te dieron soledad por todo premio
o madurez y angustia desolada.

Quisieras libertarte de ese duelo
que te ha enlutado el pecho y la sonrisa.
Están solas tus manos y tu sombra.

El agua densa hunde tu mirada
en el paisaje yerto que domina
el llanto o la nostalgia de otros días.

¿Dialogas con el viento? No te oye.
Y el pájaro que vuela no detiene
sus alas para ver que vas a ahogarte.

El tremendal del mundo te rodea
con sus espesas aguas... Sobrevive
tu soledad, salvada de tus muertos.

MAS ALLÁ DE LA BELLEZA

"¿Imaginas que si una cosa no es bella,
ha de ser fea forzosamente?"
(Diotima a Sócrates)

Platón, *El banquete*

Quisieras defender esas palabras...
Verdades o sofismas para griegos,
para estatuas desnudas mutiladas,
desenterrados vasos o cerámica.
Claridades o sombras que divagan,
irresponsables ojos seducidos
por algo que no ven y aún existe.

¿Será la Poesía que se oculta,
tan misteriosa siempre e invasora,
evasiva también, tan elocuente,
tan joven, tan antigua, mármol claro,
reloj hecho pedazos descifrables,
fragmentos de lo eterno y de la nada?
¿La primera verdad, sencilla y última?

¿Qué puedes deducir de la apariencia?
¿De esta silla de paja en que te sientas?
¿Las paredes de cal que te circundan
son también un paisaje nevadísimo
que se inunda de sol al mediodía,
que apenas puedes ver porque te quema?
¿Qué insinúa la mesa en que escribes?

Y la pobreza reina en torno tuyo.
Y cada objeto es bello: lo acarician
tus manos o tus ojos suavemente.
Translucen compañía, servidumbre,
envejeciendo juntos en la casa:
algo que vale más que la belleza.
Complicidad sin mancha nos absuelve.

EL CUERPO, DESTERRADO

El cuerpo, desterrado,
defiende sus orígenes,
alzando sus instintos,
sus hambres y su sed,
sus venas, contra pájaros
de sombra conjurada.
Hay látigos y llamas
que golpean su sangre,
la hierba de su frente,
su ternura más íntima.
Hay afanes, presagios,
que asedian con sus lanzas,
que clavan sus espinas.
¿Es un árbol herido
o sólo amenazado?
Levanta sus deseos
cual un escudo vivo,
en la luz del verano,
en clara primavera
o al final del otoño:
con ellos se defiende.
Huracanes sin norte
combaten su inocencia
-paloma casi ciega-
en la nieve, en el trópico
que ha de pisar llorando.
El cuerpo, en su destierro,
esquiva la amenaza
de las nuevas estrellas
que gobiernan su sino.

SIN NADA

Sin forma atesorada ni límites precisos.
Sin vahos, sin oleajes que avancen con dulzura,
persuadiendo los cuerpos, los rostros y las manos.
Sin redondez celeste, sin luces verosímiles.
Sin las ígneas conquistas, sin orgullo ni fama.
Sin la avidez ni el brío que afanan a los seres
cuando modelan bronce o escriben poesía.
Sin raptos, sin la fiebre que en la noche se enciende.
Sin el vago entresueño, también sin albedrío.
Sin lentitud, sin prisa, sin antiguos caprichos,
sin evasiones súbitas.
Sin arqueadas ansias ni sonoros deseos.
Sin humanantes glorias de eternidad o muerte.
Sin esa primavera que exalta los infusos
anhelos de la vida, del amor, en silencio.
Sin defensa feliz, también sin amargura.
Sin barro entre los dedos, sin llorar la belleza
ni la blancura anónima que muere cada día.
Sin nada que consuele, real, imaginario.
Sin tacto o juventud (ya ida para siempre).
Sin el candor primero del niño que dibuja
o canta sobre el césped imitando a los pájaros.
Sin la velada insomne que crea fantasías
al inventar recuerdos.
Sin el celo amoroso que es dicha transparente.
Sin la inconcreta música agobiada de flautas.
Sin material posible, sin esencias o símbolos...
Sin nada en la memoria,
sin nada entre las manos,
sumando y no sumando lo vivo con lo muerto,
en desterrados años que, lentos, ay, trashuman.

LOS RETORNADOS

Cien retornos soñamos... Uno solo
es hoy el verdadero, con raíces
que el viento no desclava. Olvidamos
nuestro cabello gris, acaso blanco,
las lentas cicatrices que nos cubren.
¿Los muertos, en olvido? No. Reviven
en la unitaria luz que nos envuelve.

La mirada fraterna reconcilia
los dolores de ayer con fresca dicha
del vivir indiviso, recobrado.
Los ojos buscan manos ya no esquivas
y los pies van pisando amada tierra,
el umbral de la casa recordada...
(Se murieron las sombras, luz de España.)

Nos invade la luz, plenaria y honda,
de una misma esperanza conseguida
tras largos años -¡penas irredentas!-
de calladas nostalgias y silencios.
Los rincones del alma se iluminan
y las tristes memorias se disuelven.
(Se murieron las sombras, luz de España.)

¡Atrás, atrás, países del destierro!
¡Adiós, por fin, al páramo extranjero!
Los retornos de todos se congregan
debajo del gran árbol de la Historia.
Nos baña el corazón la luz más clara
y pone claridad en nuestras sienes:
el nuevo caminar nos va alumbrando.

Y miramos al cielo transparente,
a los campos labrados por los siglos...
¡La misma tierra es, el mismo cielo!
Reconocen los ojos y atestiguan
las almas lo que ven desde sus dentros.
No vacilan los pies... La misma España
reconocen los pasos retornados.

¡España, estás aquí, la misma siempre!
¿Tu amor nos esperaba, madre nuestra?
Tras largo sufrimiento fraternizan
tus hijos retornados con aquellos
no salidos de ti, a ti clavados...
¿Eres feliz ahora? ¿Tus Caínes
y Abeles reconcilian vida y muerte?

Los eriales del odio son ya huerto
de un nuevo florecer de la esperanza.
Amasamos el pan de la concordia
con lágrimas de ayer y trigo limpio:
manos blancas, sin sangre, se entrecruzan
en el aire de hoy y se saludan
con el nuevo calor del reencuentro.

PALABRERÍA VANA

"Like old men of less truth than tongue"

Shakespeare: *Sonnet XVIII*

Palabrería vana el vano verso
que aspira a ser lenguaje virtuosista:
al hondo corazón nada le dice,
esa verdad que espera como lluvia,
ese noble misterio que transportan
las raíces profundas del idioma,
la clara inteligencia del que siente.

Cerremos diccionarios y esas listas
de los raros vocablos presuntuosos,
la altisonante lengua que conllevan
sinónimos sencillos, transparentes,
y la pura belleza que eternizan.
Los versos charlatanes nos distraen
de la nueva canción que va por dentro.

Hermetismos engañan, envejecen
el puro manantial en que bebemos
la misma agua todos, que conmueve
al alma encanecida, al pecho joven,
al más alto intelecto sin ajarse.
Buscad, buscad verdades, sus filones
de asombro verdadero, gozo y pena.

Nada nuevo decís con los "novismos".
Apagad esas voces pues no brillan
como queréis: vacías, tintinean
en el oído sordo que conjura
los mitos con liturgias renovadas.
Trabajáis las palabras como orfebres
que oro y plata han perdido en el tintero

La lengua sea corta, verdad larga
se adentre por el verso hasta el espíritu
que quiere revelar lo irrevelable
-palpitación profunda del misterio-
con las pocas palabras verdaderas
que traspasan el alma y la conciencia,
el ser del hombre vivo que las lee.

ÚLTIMA SOLEDAD

Tu senectud
a su final transcurre como un río
que acaba su caudal o se adelgaza
hasta ser hilo de agua, transparencia
que quisiera durar y no perderse
en la última arena de la playa.
Y como el río aspira a devolverse
al primer manantial que le dio vida.
¿Remontar hacia atrás los viejos años,
los días del amor y de las penas?
¿Sobrepasar los témpanos de hielo,
las desterradas horas de la ausencia?
¿Flotar como una hoja, derivando,
sin gobernar su rumbo a retrovida?
¿Como simple corteza que ha caído
de la última rama desgajada?

No te vale nadar contracorriente.
No te vale soñar ni revivirte,
ni te sirve la luz pues estás ciega.
En soledad tu muerte, silenciosa,
aguarda en un meandro de agua triste
junto a una densa roca que la oculta.
No te vale esquivar el oleaje
que te arrastra certero a tu reposo,
a tu no-ser -¿o ser-por-siempre-muerta?
Transcurres, senectud. Plácido sea
el lento incorporarse de tus aguas.
Clarividencia última te anuncia
lo que será de ti, senectud mía:

tu delgado caudal al fin lo absorbe
tu muerte necesaria, plena y honda,
en la última dársena del tiempo.

JUEGO

Con el "tú" has jugado y el "nosotros",
con el "yo" del presente, del pasado,
con los tiempos y acciones: se adelantan,
retroceden, esperan o se duermen
debajo del silencio. Reconforta
el múltiple vivir y sus trasfondos:
el poema conjuga sus verdades
con otra realidad que de la sombra
liberta lo confuso y ya disuelve
los sofismas del sueño y de la duda.

LOS RÍOS CAUDALES. APOLOGÍA DEL 27 (1982)

CLARIVER DEL ALMA

A Ernestina de Champourcín

Juanramonianos ecos sobrenadan
en tu *Ahora* primero, enjoyado
de imágenes cromáticas y música,
de una vaga esperanza ya sin forma.

En la voz de tu viento nos dibujas
rosas puras, creadas en el alma.
el amor encarcelas en sonetos,
ceñidos, rigurosos, mas sensibles.

Nos alargas tu verso en el *Cántico*
inútil por sus dudas, soledades
anímicas, del cuerpo -*"grises víboras"*-
y con Dios el amor identificas.

En tu *Presencia oscura* se revela
tu posesión del absoluto Dueño,
vencedor de la sombra y de la muerte.
Delgadísimos versos Gracia buscan.

Y tus *Cartas cerradas* dan la clave
de tu poetizar: a Dios escribes
-el Gran Revelador de ese misterio
que es la Poesía, vida íntima.

Primer exilio nace y entretejes
con aliento unitario tu existencia
y el sueño por lo eterno de tu espíritu.

Dimensión temporal que nos conmueve.

Concentras lo que sientes en esbeltas
formas y delicadas acuarelas,
en hondos aguafuertes expresivos,
transparentes viñetas renacidas.

Tu destierro seguimos, sin rencores.
Es un camino íntimo que anhela
salida que le lleve a un paisaje
sereno: elegía que es ya música.

Tu hondura sensitiva nos eleva
desde el prosaico lodo de este mundo
al clariver altísimo del alma,
al sostenido amor que nos trasciende.

LA CALLE DE LA PAZ

A Juan Gil-Albert

Estás en lo que escribes y has escrito,
en lo que escribirás si te da el tiempo
mañanas nuevas, mar para los ojos.
Tu crónica fascina. ¿Tus veranos
parecen irreales o enigmáticos?
Son vivencias que todos reconocen
como tuyas y nuestras, militantes
de un pasado común, aunque margines
lo existido, sin lágrimas llorado,
tu madurez subiendo como un zumo
de vid traspareciente.

(En los bélicos años yo te veo
-¡ay calle de la Paz!-,
bajo el brazo llevando algunas veces
Hora de España viva y de los muertos,
con viñetas de Gaya al miliciano
herido o insepulto entre ruinas.)

Tu "Culto familiar" nos transfería
amor inalterable: los umbrales
eternos de la casa protegían,
las voces y los gestos de las manos,
dulces rostros vagando por la sala...
Morada maternal de los recuerdos...

Silente frenesí nos amparaba
al trascender contigo por el Turia,
camino de las playas con gaviotas,
de aquella Libertad insomne y libre.

Ah, tu "Himno a las nubes" fulguraba
en los días del hambre, invitándonos
a traspasar los cepos y las rejas,
a trasgredir las leyes del oprobio.
Incomparable gracia nos cedían:
apacentaba el sueño iras tristes.
Las nubes eran sombras melancólicas.

Contemplabas los astros desde el musgo:
los sabías helados en lo inmenso,
sin comprender el drama de los hombres.
Era bueno saberlo y evadirse.
Esa leche materna de la tierra
amparaba y yacía, esperándonos.

"Iracundia" y "torva rebeldía"
no tentaba la faz de la hermosura.
Mas no era indiferencia tu silencio,
ni el nuestro era consigna resignada:
aguardábamos días que han venido.

(La calle de la Paz que amenazaron
las Furias y las Sierpes de la guerra,
exhala su azahar de blanco brillo
para ti, para todos, jubilosa.
La Paz de aquella calle es verdadera.)

MANHATTAN Y OTRAS LATITUDES
(1983)

PAISAJE NEOYORKINO

La gran ciudad ordena sus galaxias
en torres de cemento, ajedreces
de luz y oscuridad que se remontan
a cielos grises, negros, enlosados.
Sumas de sumas álzanse y ascienden.

Estatuario paisaje moles yergue,
perforadas columnas de granito.
Son nuevas cordilleras: sus tentáculos,
desnudos, agresivos, rectamente,
golpean o destrenzan libres nubes.

El ojo desordena la armonía,
soñando cataclismos y volcanes:
un final o principio de otros orbes,
de otras eras azules increadas
aún, de nuevos hombres fraternales.

Porque en esta ciudad se fraguan guerras,
se eligen marionetas con un sable,
conspiran sin dolor sus millonarios
y el mundo se reparten como un postre
del que no alcanzan migas a los tristes.

CEMENTERIO

Sin lápidas ni fosas, hierro viejo,
enmohecidas bielas, gangrenados
motores, esqueletos que hoy asustan
a niños y animales, se ennegrecen,
distorsionan sus sombras en la tierra
que ha regresado al polvo gris y sucio.
Ni un solo jaramago, ni una brizna
que ponga su verdor sobre carroñas
-confusas, fatigadas, sin gusanos-
y desinfladas ruedas abolidas.

Oscuros, revertidos, silenciosos,
sin nombre ya -borraron tantas lluvias
las pomposas insignias de la prisa,
los Cadillacs, los Chryslers elegantes,
los Fords tan democráticos, Volkswagens...-,
¿se buscan o se abrazan? Se amontonan
en la muerte común que los confunde.
¿Anida algún insecto en pobre borra
que sobrevive aún, agazapada,
año tras año, sola, sin recuerdos?

Los lucientes charoles blancos, rojos,
final detritus son que se dilata
cada mañana y noche, en las afueras
de la enorme ciudad que los condena
a muerte infame y ruin y, cruel, expone
sus restos al rocío aún piadoso,
al ojo del que pasa indiferente,
a los jóvenes coches que hoy ignoran

el final que retrata el cementerio
de tanto antepasado ya sin nombre.

Ni siquiera acostados ni tranquilos,
ni en oración silente, sin historia,
en pobre montonera abandonada,
sin queja que los salve del olvido.
Un reflejo solar a veces pone
clementes brillos súbitos, alegres,
en los huesos de cromo desgastado,
en rotos parabrisas entreabiertos.
Y las pálidas luces casi cantan
de nuevo como ayer, al ir de viaje.

Yo miro el cementerio y, más, quisiera
gritar, alucinada, preguntando:
¿No hay nadie que sepulte los cadáveres?
¿Un alma de piedad que se conduela
de este pobre rebaño enmohecido?
¿Fuertes brazos no hay para que caven
la gran rosa común del automóvil,
el esclavo del siglo, insepulto?
¿Un monumento alzar, gigante rueda,
al dios del siglo veinte, aquí abatido?

¿Un jardinero no hay que siembre flores,
arbustos, arbolillos, verde hierba
sobre estas pobres ruinas que nos duelen?
¿Un pradillo, quizá, para los niños
que temen acercarse a la escombrera?
¿Limpia arena sembrar para que jueguen
y castillos construyan de esperanza,
a un futuro de paz un puente alcen?
¿Desterrados poetas, ante ellas,
cantarán su elegía tan inútil?

VIVIR ES UNA HERIDA

A Ana María Matute

El hambre hiere y hiere la belleza.
El unicornio hiere, prisionero.
Y hiérenos el alma aquel soldado
que azotaban ayer en sien y pecho.

Y duélenos el niño que maltratan,
que no sabe leer ni abriga un techo.
Nos duele el aire gris en que se pierde
la última luz, final, del pensamiento.

La lágrima que cae sin ser vista
del corazón, del ojo, nos va hiriendo,
larga espina lentísima, la sangre,
la piedad que nos vive desde dentro.

Y nos duele vivir y amar nos duele.
Y nos duele saber que al ir muriendo
hemos vivido más, al desvivirnos.
Nos duele ser humanos, ser de viento.

Vivir es una herida que se ahonda
hasta ser manantial de todo aliento.
¿Será la paz morir? ¿Anonadarnos?
¿Nuevas heridas, muertos, sufriremos?

¿Nos dolerán las sombras, densas, pétreas?
¿Herirá la quietud los pobres huesos?

¿O la Nada absoluta, con su olvido,
cegará para siempre el sentimiento?

Y estas piedras, también, calladas, quietas,
nos duelen en su paz y en su silencio.
Y estas losas nos hieren porque, mudas,
encubren el secreto de sus muertos.

(The Cloisters, New York)

WALT WHITMAN SE PASEA FOR MANHATTAN

Walt Whitman se aparece con su barba...
La multitud le lleva por las calles,
le arrastra al ómnibus, le sube al *ferry*.
Hojas de hierba crecen en los ojos,
en todos los bolsillos y solapas.
Hay flores en ojales y refulgen.
Dialogan, susurrantes, blancos pétalos:
margaritas de amor o tal vez nardos.

Walt Whitman se pasea por Manhattan,
por Harlem navegando como un barco.
Marineros le siguen, balanceándose.
Las estrellas rebrillan en espaldas.
Estelares cortejos, detrás suyo.
Rascacielos se inclinan para verlos.
Pasea el viejo Whitman su bandera:
luenga barba que invaden mariposas.

RETORNO A MAGERIT
(1983)

SUMERGES EN LA CALLE TU MIRADA

Sumerges en la calle tu mirada...
Detienes con amor o con arrobo
tus ojos en lo viejo que recuerdas.
Con avidez adviertes cuanto es nuevo.
Quisieras preguntar a los que pasan,
en un tácito diálogo sin rostro...
¿Estáis aún aquí, amadas puertas,
esperando con fe a los que vuelven?

Despiertan de su sueño los portales,
entreabren sus rejas para verte.
El olor de la vida ya te envuelve:
cotidianas labores comunican
sus rumores profundos, encendidos.
Olvidados aromas redescubres
y alborean sin tregua las memorias:
lo que ves, lo que oyes se hace íntimo.

Aquel árbol prosigue en la plazuela,
mas nuevos niños juegan a su sombra.
Un solo corazón se precipita
en abrazo invisible que persiste.
Testigos fieles, nobles, las ventanas
irradian simpatía que trasmudan
en sonrientes cristales luminosos.
Renovadas unciones te conmueven.

A paso lento avanzas, te demoras
en el viejo rincón que sobrevive.
Te acercas lentamente a viejas calles

sin salida a la luz, ensimismadas.
El frondoso castaño no te exige
que palpes con tu mano su corteza,
pero tú le das gracias con los ojos:
reconoces sus ramas que acogían.

Y te dejas llevar por las aceras,
ola nueva en el mar innumerable
de hombres y mujeres que transitan
alegres, angustiados, presurosos.
Inocente, les sigues: tu quisieras
saber a dónde van, a donde han ido,
quiénes son, a quién aman y qué piensan...
El ensueño, fugaz, se desvanece.

Y vuelves a vagar por otras calles,
buscando su lección de sobrevida.
Los nombres han cambiado muchas veces,
sin cambiar los recuerdos que viviste.
Y joven otra vez, el bello instante
se vuelve realidad y transparencia.
El continuado tiempo no fragmenta
el profundo vivir que nos anima.

Y retornas, al fin, a la paciencia
de contemplar de lejos lo que has visto
fluir en la ciudad, recién pisada
después de largos años de extravío.
Los muertos y los vivos se confunden
en tus ojos de ayer, de ahora mismo.
Distancias y presencias se unifican
en el vivo retorno de lo muerto.

GRAFITOS

Esta danza mural no es nunca nueva:
las palabras antiguas se entreleen
en otros corazones y otros nombres,
en las claras consignas que los ojos
asaltan, las conciencias pudorosas,
la candidez... La cólera despiertan
de asustadizos viejos paseantes
sin leer el periódico que compran.

Sonríen transeúntes, sin embargo.
Los jóvenes añaden coletillas,
renuevan las metáforas, subrayan
elogios o condenas... Piedras limpias,
carbones y pinceles acritudes
perfilan, desenfadan. Centellean
las iras del presente, los mensajes
incumplidos, los votos que perdieron
esperanzas sin causa, melopeas,
anacrónicos víctores sin eco...

La ginebra y el vino no se olvidan
en la íntima mezcla de palabras
que aprueban o reprueban: sólo exaltan,
aniquilar quisieran las efigies
de los dioses que reinan con limosnas
de fieles insepultos o bastardos.
Hay frases que golpean... Acaricia
una flor que se yergue milagrosa
en la sucia pared de una taberna.

Anónimos juglares que olvidaron
las sacrosantas rimas, vituperan.
Los yambos apedrean con las sílabas
que extraen, irredentas, de su alforja.
(Novísimos poetas 'culturales'
contratacan con libros que no entienden
más que viejos filólogos o góngoras,
gastados diccionarios por el uso.)
Versolaris oscuros, en las vallas,
no se dan por vencidos ni abandonan
la trinchera fugaz de las paredes:
arrojan sus granadas de pintura,
tinta negra del sueño que no cumplen.

Envejeciendo siguen los murales,
mas renacen sus ritmos cada día,
la floración vivaz, en variaciones,
que disuena, exhorta o arrebata.
Explosiones, a veces, honorables,
encubren lo pintado en lo profundo.
Mas la crónica nueva reaparece,
eficaz, en su caos, verosímil,
al nacer otro día y otro joven
que se sabe poeta e hijo pródigo.
Exige simpatía, sal del pobre,
ambigua acotación, un estribillo
que pueda repetirse en las aceras,
en arrabal y 'metros' subterráneos.

El garbo se disuelve en el escarnio.
Procacidad y muerte bailan juntas.
El antiguo sarcasmo se renueva
en evangelio *"pop"* y *"blue"* doliente:
ah, la "hermana morfina" pesadillas
transforma en dos palabras amorosas.

INFRAVIDAS

Infraviven los niños entre latas,
maderas y cartones: los pedruscos
dan peso a los tejados y no vuelan.

Infraviven las madres, infrahabitan
escombros y "chabolas", humedades,
en el Pozo del Huevo y La Alegría.

Agua no hay, mas sí los negros lodos,
esa informe chatarra del suburbio,
oxidados orines que circulan.

Infrahombres barbudos y dolientes
habitáculos sueñan, uralitas
que cubran a sus hijos en la lluvia.

También alcantarillas, inodoros...
Paraíso será la calle limpia,
habitable casuca con cimientos...

Valdevivar, el barrio del Milano,
Palomeras, Mahou, el mismo sueño
sueñan y siguen, pobres, desviviendo.

FORMA DE ESPERANZA
(1985)

DOCUMENTOS DE IDENTIDAD

¡De identidad tus libros, documentos!

Quién soy yo, ay, declaran como cédulas
firmadas por el juez, por el alcalde.
Por ti responden ellos a preguntas
que alguien formulara inquisitivo.
Responden por tus actos y tus sueños.

En una plaza esperan silenciosos.
En un rincón tranquilo y en los trenes.
En la mesa callada que te sirve,
donde comes tu pan y también lees.
Hablan por ti sus páginas inéditas.

Y no son recompensa ni limosna
que por olvido dejas para alguien,
para un ser solitario que rebusca
amarillos papeles, indelebles
escritos, confesiones muy antiguas.

¿Mejor hubiera sido ya quemarlos
para luego aventarles la ceniza
y no dejar memoria de tu nombre,
de lo que fuiste tú en verso y vida?
¿Entregarlos al viento y dispersarlos?

Nada ha ocurrido así... Sus inscripciones,
grabadas por la tinta en unas líneas,
no durarán tal vez o serán polvo
de voraces carcomas y del Tiempo.
Tu identidad trasueñan o trasfunden.

Los signos de tu alma están inscritos
en cada verso tuyo... Cada página
tu inconfundible firma ya rubrica...
Relativos futuros hoy aguardan
esa voz que no oyen todavía.

¡Identifica el libro a quien lo escribe!

EL DESTINO DEL AGUA

El agua inagotable se desliza
por acueductos sumos que transfieren
el caudal de colinas y distancias.
Las fauces de leones van vertiéndola
en la redonda concha de la fuente.
Aquí beben ancianos peregrinos
que vinieron descalzos de otras tierras.
Los jóvenes se besan junto a un chorro
que cae dulcemente y los bautiza.
Es terrestre su curso mas refluye
a las plazas civiles donde estatuas
desfilan, hacen ronda o sonríen:
el agua las salpica y las bendice.
Su destino es fluir, llenar los cántaros,
humedecer las piedras y las manos:
sin máscara transcurre, no-liberta
en los cauces trazados por el hombre.
Sumisa siempre va y nos consuela
de sequedades vivas y sopores,
de la túrpida sed que nos abrasa.
El destino del agua vivifica
los ojos, la garganta y el espíritu.

EL VAGABUNDO

Insatisfecho siempre, deambula,
trabaja, bebe vino o agua clara,
pasea por el parque o en un banco
dormita, lee un diario amarillento.
Le sigues con los ojos y comprendes
su delgadez volátil conseguida
con libertad ardiente y con miseria.
Sin ataduras anda...
Valiente soledad es su baluarte
contra fríos y hambres, sin nostalgias
de ayeres consumados y remotos.
Se edifica su suerte caminando,
durmiendo en un pajar, en un altillo.
¡Ah, ser un hombre libre tiene precio!
El desdén ciudadano y una lágrima
en ojos compasivos y virtuosos...

Yo le miro pasar e imagino
que un lugar inefable va buscando.
No sabe dónde está... Por eso vaga
sin cálculos. No tiembla ni desea
eso que llaman todos dicha última,
ni tampoco camina rastreando
eternidad ninguna.

RITOS, CIFRAS Y EVASIONES
(1985)

EL FUEGO

"Y el cuarto ángel derramó su copa
sobre el sol: y le fue dado quemar
a los hombres con su fuego..."
Apocalipsis, 16

"El fuego condenará y juzgará todas las cosas"
Heráclito de Éfeso

El fuego, juzgador, ha descendido
hecho trueno, relámpago,
roja lluvia también, incandescencia,
ígneo polen y savia cegadora.
Sin escaleras, nubes, brisas, céfiros.
En torrente letal, en ira sola,
tremendo frenesí de las alturas.
Oleadas de sangre, chorros cálidos,
remotas pleamares del azufre,
purpúreo redoblar de llamaradas,
lloviendo sobre el mundo.

El fuego fluidor, pureza roja
que de su centro mana,
del círculo más alto, sin espejo.

La verde hierba ha muerto y la inocencia
raída fue -¡dolor!- de los jardines.
Los árboles ardieron cual antorchas
y, ya ceniza hoy, sus esqueletos
blanquean tenuemente.
Las grandiosas montañas,
las colinas esbeltas llameando,
la sed, su dura piedra berroqueña

hundieron en el mar:
el oleaje ardió,
el fondo submarino,
el lecho de los peces, de las aguas,
y el líquido elemento, fuego puro,
consumió el gran alvéolo.

Las estrellas y el mismo sol cayeron
de su cenit: los ríos,
los arroyos, las fuentes cristalinas,
bajo el fuego estelar su muerte hallaron.
Los hombres y mujeres son pavesas
y ceniza después: un negro humo.

¡Qué pelada extensión!
¡Qué desolado páramo
la crepitante esfera, globo ígneo!

Nunca, nunca los párpados, los frutos,
revelarán al hombre su dulzura,
ni el magnolio relumbre,
ni la arcilla sus vasos,
ni columnas los mármoles.

Ningún oficio ni arte
signará la materia.
Ninguna voz o cántico
resonará en el orbe.
Ni el semen de la vida
tendrá perduración.

Tampoco las raíces
se nutrirán de muertos:
el palpitar inerme, la belleza,
las osamentas tristes,
arden, ¡ay! postrimeros.
Las justicieras cóleras
del fuego se derraman,
sin cesar en sus iras
de cósmica venganza.

La tierra calcinada, funeral,
-mundo yerto, baldío-
en sus secas entrañas sin memoria,
ha olvidado por siempre
la primera briznilla
y la última hoja.

LA SED

De un solar resplandor apasionado,
de la sacra corona de los aires
profundos y calientes del estío,
de obstinadas arenas encendidas,
de las quemantes aguas de los trópicos,
de un mar ecuatorial o de un crepúsculo,
de los ardientes álamos de otoño,
de las siestas unánimes y cálidas,
de iluminados bloques de granito
y mudos cielos que arden de cobaltos,
de olorosos metales, de sus chispas,
de extramuros y casas derribadas,
de estatuas vivas, ángeles esbeltos
por la luna quemados en un bosque,
de las frondas tostadas y amarillas,
de las colmenas rubias, del perfume
clarísimo y sonoro de los mundos
y de esa melancólica luz alta
que dulcemente vibra en la pradera,
y del súbito instinto de la sangre
que su gloria reclama o ya su muerte,
y del prodigio aún no revelado
por un dios indomable y fugitivo,
de las ruinas o llamas,
sumisas han nacido mas no frágiles
estas cifras sedientas
que erigidas en celo, se amanecen
como raptos de flores abrasadas,
del ansia que aventaja a la alegría.

Un ardor de pasión y de milagro
les alumbra, latente, su misterio
que anhela, sí, tangible, la frescura
de un beso o de una lágrima silente.

FRÁGIL NIEVE

Frágil nieve crecida entre los dedos
ramajes fríos tiende por la sangre.
Invernal vestidura, garza blanca
plumada desnudez aquí desvela.

Enamorados días van huyendo
a otras tierras propicias de hermosura:
las manos se recogen en sus palmas
para abrigarse bien de mansedumbre.

Mas, verdosas y azules, desvalidas,
debajo del helor huracanado,
se anulan los impulsos terrenales
sepultándose vivas junto al pecho.

Infelices, parecen ya difuntas
y el tacto es insensible a la caricia
de otra mano sin dueño, desdichada,
y a la dulce marea de las voces.

Sólo el fuego ondulante las requiere
con sonora llamada y restituye
la perdida unidad entre las venas
y el ágil movimiento que perdieron.

Sobrehumano raudal heladamente
petrifica el ardor de rojas aguas:
oceánicas olas como témpanos
azotan la dureza de las uñas.

El albedrío es ya una gris ceniza,
tranquila, suave y yerta en su reposo:
el rumbo del azar, su sortilegio,
son ansias invisibles, sepultadas.

Invadidas de lagos y de estepas,
los pinos ven nacer en la epidermis,
y entresueñan las rosas favorables
que han de anunciar la luz de primavera.

NO LLEGA A SER CENIZA LO QUE ARDE
(1985)

LA CONDICIÓN HUMANA

No te rías ni dances
en las horas de júbilo
y no colmes tu copa
con el vino dorado,
sin recordar que pronto
vendrá la desventura.

Cuando el dolor desgarre
las fibras de tu alma,
no desesperes nunca.
Pasará la tormenta
y acabará el naufragio,
salvada por un ancla.

LA TÚNICA DEL ALMA

Donad las pertenencias, libertados
de cuanto es plata vieja, de monedas
que han llenado las arcas heredadas.
Deshabitad desvanes de tesoros.

Y tierras que no aráis con vuestra yunta
que sea del labriego y de sus hijos.
Florezcan los olivos que plantasteis
con vuestra propia mano, den su fruto.

Mirad al horizonte y, luego, dentro:
sin contar las acciones que ennoblecen,
desdeñad vanidades de la fama.

Hilad, tejed, con suaves dedos limpios,
la túnica feliz que no se compra
ni en comercios ni en zocos, y no es dádiva.

FRAGANCIA

Para Julia Uceda

Su singular fragancia cada nido
al sol ofrece, puro, desde el alba.
Hay dulces pajas, suaves plumas grises,
mullido musgo verde.

Ha volado el gorrión que lo habitaba.
¿En la cornisa está o en rama de árbol
que resplandece ahora tras la lluvia?
¿En qué rosal se posa?

El recuerdo nos guarda la fragancia
de vidas que se han ido para siempre...
El nuevo sol consuela: nuestras lágrimas
se vuelven luz propicia.

EL VIENTO DE LAS GERMINACIONES

Perdonad.

Yo soy el viento que sopla desde lejos.
Y silba con su pífano de Marzo.

Yo soy el verdadero... Con mis siglos
he rodado los mundos sin cansarme.

Yo soplo en cada boca una palabra
de juventud: "Amor" -se deletrea.

Arrastro hojas rubias o rojizas:
al corazón las llevo del amante.

He olvidado los libros sacrosantos
y me parezco al vino y a la risa.

Mi loca autonomía me hace libre.
Y libre es el hombre que me sigue.

No necesito nada, no deseo
ni busco maravillas que no encuentro.

Ni una casa deshabitada por propósitos,
por fantasías, versos o esperanzas.

Ni amigos ni enemigos, ni lugares
en que no quiera estar. Yo soy el viento.

Atorbellino campos, arboledas,
multitudes, ciudades y el vacío.

Circular, si me place, lento vuelo
en torno a las estrellas: casi danzo.

¿He olvidado mi nombre o lo he perdido?
¿Soy ábrego o el austro? ¿Soy siroco?

Los puntos cardinales no me importan:
de las Germinaciones soy el Viento.

Perdonad
que cruce tantos bosques y sembrados,
que llame a tantas puertas y ventanas...

MAÑANA DE INVIERNO

Tímida luz entreabre los velos de la noche.
Es vacilante pájaro que su nido abandona.
El silencio se evade. Los lechos se vacían.
Las verjas sus cerrojos para todos descorren.
Un vago sol penetra por la ventana blanca.
¿Quisiera rebotar, dorado, en la madera?
Los sueños invernales reposan todavía
en la frente que yace: al fin, son pensamiento.
Azules radiaciones deslízanse, despliegan
esas delicias frías de la mañana pura.
Tú bendices la mano que ha llamado a tu puerta:
ese rayo de sol que al entrar te saluda.

TU MIRADA

Tu mirada me toca como un guante
de terciopelo gris o casi verde.
Traspasa, sin saberlo, cuanto es mío
o está dentro de mí o va fluyendo.

La sostienen tus ojos: no la rompe
ni el vendaval ni el cierzo de noviembre.
Por la mente circula, o transita
en la niebla otoñal y en hojas secas.

Tu mirada se rompe sin romperse.
tus ojos que atraviesan el boscaje,
los senderos lunares y esas almas
que trasvagan o sueñan el verano.

LOS PERPLEJOS HALLAZGOS
(1986)

LA LUCHA DE AMOR

Torbellinos de formas con su vértigo
exaltan el deseo de los cuerpos,
la violencia de un acto tan humano,
animal, a la vez, tan ilusorio.
Los ramajes, los troncos y hasta el agua
al frenesí se suman: remolinos
de formas y colores que se unen
en lucha y en amor... Y todo viola
individuales formas luminosas
y más que bacanal es una danza
que invita incontenible al arrebato.
Las hierbas se apasionan y las nubes,
no menos tumultuosas, centellean.
Y hasta se une un can a la alegría,
al solaz de vivir sin devorarse,
al gozo natural del gran deseo,
sin bebida ni flor afrodisíaca.
Escena del pasado es el idilio:
la agresión temporal es la que triunfa
aunque es fantasía y sólo un sueño.

LLANURA PROVENZAL

Con su tronco inclinado irrumpe el árbol
en la llanura ocre y amarilla.
Su verde-azul follaje no da sombra
a la sencilla casa y su techumbre.
Otras van alejándose... Disuelven
su forma y su color en la distancia.
Verdores acompañan a la vida.
El horizonte, lejos, nos separa
de un cielo rojo, ávido de azules.
La distancia se ahonda con el pino
que tuerce su follaje y es fraterno.
Inmersos nos sentimos en el llano...
La tierra provenzal nos va dorando
el corazón, los ojos y el aliento.

ALTAMOR
(1986)

LA FLOR SABE

La flor sabe cuánto dura
el tiempo que le han dado.
Presiente desde el bulbo
y crece lentamente.
Con suavidad se abre,
tiernísimo, su pétalo,
su corazón mas íntimo.
Y ve la luz radiante:
se baña en su hermosura.

Y sabe cuándo acaba
su florecer y cae,
sin quejarse, marchita.
Su calendario cumple.
Sin dolerse, sus rojos,
sus rosas o sus malvas,
alegran los jardines,
el arriate en que brillan
pasajeros, dichosos.

El corazón humano
-su pura flor recóndita-
ignora cuánto dura
la vida concedida
a su latir isócrono.
Da cuerda a sus relojes,
esperando que el día
todavía despierte
su adormecido cuerpo.

CIUDAD

Cuatro calles

Cuatro calles.
Cuatro sueños por el aire.
Cuatro sombras.
El recuerdo
no las nombra.
Cuatro calles.
Cuatro sueños
ya sin nadie.

Junto al fogón

Si miras el humo,
olvidas la llama.
Pasivos rescoldos
no saben guardarla.
Sartén, eres luna
que brilla apagada.
Te miro quemarte,
sin luz, en las ascuas.

Pozo

Si te asomas a un pozo,
verás agua tenebrosa.
Si te asomas a tu alma,
verás agua que se ahonda.

Arrabal

Con sus locos pies, la lluvia
camina sin caminar.
Y se va por las aceras
del arrabal.

Ciudad

Las calles y edificios
ahogan lo que soy
cuando respiro.

Solar

El jaramago
y el leño
calientan
a los mendigos.
Debajo
de las estrellas,
el fuego
sobre el rocío.

Rueda

Rueda cuadrada,
para ir hacia atrás,
rueda cuadrada.

Suburbio

Ventanas sin marco,
sin vidrios.
Ancianos temblando...
Los niños, ¿dormidos?

La fraterna dulzura

La fraterna dulzura
de una mano se extiende
a los dentros del pecho.

La veleta

La veleta ha girado...
Desconoces el viento,
el amor que la abraza.

Una carta ha llegado

Una carta ha llegado.
Rojos, verdes, azules,
son sus flores los sellos.

En el espejo muerto

En el espejo muerto,
la sombra,
sin color y sin tiempo.

GRADIVA Y UN EXTRAÑO HÉROE
(1987)

EVOCACIÓN

¿Con qué sandalia de espuma vas llegando?
¿Con qué manto de ceniza tú te envuelves?
¿Con qué dedo nos palpas? ¿Un saludo dibujas
en los tristes andenes del llanto?
En tus redes envuelto y en el humo
de tus órbitas hondas,
tras de ti caminando, sin latido, sin pausa,
¡un hombre, un hombre solo!

Oímos el ala que nos roza
de tus ángeles blancos, quizá negros.
Oímos el lamento de los niños,
oímos el delirio de mujeres con fiebre,
destrenzadas, heridas, sofocándose.
¿Es tu fiesta de sangre tu victoria?

Solitaria y potente ya te acercas...
Suavemente nos miras... ¿A quién eliges?
¿Nos rendirá tu mano,
delgada como niebla?

La sangre cardinal que tú no escuchas,
transcurre todavía.

Cantando estuvimos con las sienes en llamas.
Cantando,
cantando cantos de pasión, ancestrales,
en los días más claros.
¿Quién alivia esa mueca de amapola muriendo?

Cantando por la tierra, esperando tu paso,
alrededor de niños y de flores que crecen.
Pero rauda te ibas con tu máscara
de soledad terrestre.
En vano, en vano, se encendía tu cólera.
¡Pero has de oír, has de oír
nuestro exhorto que clama!

En ti, Muerte, se engendran
sales níveas, las lentas campanadas,
lentas, lentas,
mientras, blancas, relucen las coronas.

GRADIVA

No pregunté quién eras en mi sueño,
después de haberte visto cierto día
entrando en una sombra verdioscura.
Venías de una roca que fue playa
de sol, sin mar, trasaire disolviéndose.
La oquedad de tu rostro palidece.
Tus dorados cabellos como túnica
encubren tus espaldas y tus hombros
que de carne no son ni materiales.
El arco de tus brazos es ya cueva
abierta a ese misterio de la noche,
de albas que vendrán cuando no viva
el ansioso deseo
de descifrar quién eres o quién fuiste.
Avanzas ocultándote
a los ojos internos y exteriores.
Procuro imaginar tu trasvivencia,
tu vagoroso andar,
traslúcido, sombrío.

Tú no quieres mostrarte aunque sigues
encendiendo las llamas
que tiemblan o se extinguen
hasta hacerse carbón que transparece.
No te adivinan hoy quienes te buscan.
¿Configurar podrían tu belleza,
presentimiento sólo?
Alucinados van por los museos,
intransitadas calles sin salida,
ascendentes laderas, precipicios...,
persiguiendo tu huella, aire pálido

en rotación o fuga inalcanzable.
Tu hermosura, Gradiva,
se envuelve en su mañana
que no presiente nadie por ignota.
Tu hoy sabemos ¿todos?:
intuiciones revelan tu apariencia
de estatua, de mujer, resplandor puro,
coral o mármol virgen.
Increado mañana inaprehensible
tu porvenir encubre,
imagen de granito
y mas allá del viento:
tus fuegos nunca vistos ni soñados,
tu desnudez velada por el aire.

POETA EN HARLEM

Te asesinaba el cielo -tú decías-:
afiladas aristas, edificios,
el rectilíneo asfalto de las calles,
los autos-cocodrilos en desfile
que no cesaba nunca.
Tu garganta segaban, solapadas,
las hoces del cemento, las vidrieras
ya negras por el humo tumefacto.
Y las huecas ventanas se asomaban
para ver tus heridas, quemaduras
de sombras y de inviernos, "dolor blanco",
Entrabas en iglesias, sus pequeños
cementerios con hierba visitabas:
leías viejas lápidas... Sus nombres
sorprendían tus ojos: holandeses,
británicos, absurdos...
Seguías paseando por Manhattan,
ahogando tus canciones granadinas
en muchedumbres densas:
tu soledad a cuestas te seguía.

Mas Harlem te esperaba con sus negros,
con su jazz de trombones y de furias,
melancólicos blues sumergiéndose,
las niñeces acústicas, raíces
que unían, ancestrales, poderosas.

Como un amor llegaba el clarinete
a tus rincones íntimos:
tú llorabas tu muerte, tu destierro...
Despedir parecías las mentiras,

anglosajonas fobias y amarguras.
Fascinaba tus ojos "el hueco de la danza"
y el tam-tam africano te llamaba
a su mágica selva sin perfiles...
Te angustiabas en Harlem, salamandra
esquiva y atraída por la luna.
Descubrías la sangre con tu instinto
hondísimo, sapiente:
la hallabas en el fondo de pisadas,
en las manos sin guantes, desteñidas.
Esquinas agrietadas las herían,
los ruinosos umbrales de las puertas.
Sin brújula, tus pasos navegantes
recorrían aceras hechas lodo...
Ahogados caimanes sorprendían
que estuvieran allí entre caballos
muertos y entre crímenes.
¿Saldrías vivo tú, desesperado
de ver tanta miseria enmudecida,
testigo de la muerte traficante?

UN DIOS QUE NOS DOMINA
(1992)

VOLAVERUNT

Caminas...
Va naciendo tu poema
con voces interiores que reclaman
ser oídas al lado de las otras
que el jardín y la calle te sugieren:
ordenarse quisieran en un verso,
su propia imagen ver tras el azogue
de la palabra viva que reluce
o recatada esconde sus angustias.
¿Importa su verdad o su apariencia,
su belleza fugaz, su mansedumbre?
Hilvana la memoria los versículos,
imágenes que brotan o conceptos
al mirar tú los árboles, los rostros,
las sensaciones múltiples...

La advocación volátil de los versos
se esfuma cuando pisas, fatigada,
el umbral de la casa que tú habitas.
Volaron como pájaros
a nidos lejanísimos de olvido.

AL AZAR

Para Ana María Navales

Al azar, la palabra te domina,
se hace dueña de ti, rey absoluto
que gobierna la frase, todo el verso,
el poema total que los refugia.
Es cotidiana, súbita y extraña,
maravilloso hallazgo, verbo puro,
elocuente milagro de unas sílabas,
íntima luz del alma, centro vivo.
Una chispa interior, ese relámpago
que deslumbra los ojos y la frente,
la mano que la escribe en obediencia:
ese don que formula su mensaje,
vocativa llamada sin origen
que instantánea se adentra para siempre.

VERSO LIBRE

Atas -¿o desatas?-, verso libre,
el sensible fluir de lo que piensa
o sueña quien escribe
el íntimo dictado sólo suyo
mas que pudiera ser quizá de tantos.

¿Cuál libertad persigues si gobierna
esa ley interior que tú soslayas,
el mandamiento axial de lo que expresas?
Va por dentro de ti, sin tú saberlo,
razonado argumento que modula
sintagmas meditados y proclives
a lucidez exacta.
Ametrías te obligan a otras normas
que rigen tu dicción, no liberada
-aunque lo creas tú- de los sofismas,
contradicción audaz del intralogos
-tiránico eupalinos- que encadena
palabra con palabra, justa frase,
arquitectura noble del discurso
que llamas poesía.
Asincrónicas, vagan cual medusas
en vacíos océanos,
si tu ritmo no sabe redimirlas
de ese plancton falible.

Libertada parece la sintaxis,
unida en su raíz a ese poema
que naufraga o se salva en su misterio.
Puntuaciones eludes y enfosqueces
la sabia transparencia que alucina.

No quieres balbucir pero lo haces:
aglutinadas sílabas que buscan
el fraterno calor de reunirse
en sincopados vértigos unívocos.

Tú niegas, verso libre, simetrías
y cánones antiguos:
creas otros, sabiendo y no sabiendo
que en el alma se cuaja
-más allá de la forma y la medida-
el verbo iluminado,
la soterrada música.

LAS PALABRAS TRASDICEN

A José Hierro

Las palabras trasdicen lo que calla
la voz en un momento.

La garganta enfosquece toda sílaba
que brota en la raíz del ser entero:
el corazón es tierra de fonemas,
es el barro purísimo que nutre
los vocablos audibles o callados.

PATRIMONIO DE CIEGOS
(1992)

MEDUSAS

Hay medusas que pueden ocultarse
al traslucir en agua siempre límpidas.
No sabemos que existen en un reino
de submarinos seres luminosos.

Envenenan -tal vez- a nadadores
que buscan las madréporas hondísimas.
¿Otras valvas asilan a los náufragos
que ansiaban un refugio sin hallarlo?

Tentáculos enredan cabelleras
en algas y corales... Ahogados
subyacen insepultos en sus criptas
sin lápidas ni cruces y sin nombre.

Asesinas medusas oceánicas,
sumergidas, navegan transparentes:
van en busca de jóvenes ulises
que entregaron al mar sus cuerpos bellos.

LOS PASOS EN LA NIEVE

Navegan las pisadas
-mar de nieve-,
rectilíneas, sinuosas,
ahondándose.

Desnudos arbolillos
dan su sombra
a los surcos abiertos
y que avanzan.

Se entrecruzan las sendas
de los pasos:
los niños las dibujan
con sus juegos.

La blancura extasía...
las pisadas
improvisan escenas
invernales.

Abstracciones parecen
de pinceles
que pintaron el lienzo
de su sueño.

EL PAISAJE NO EXISTE

El paisaje no existe: tú lo inventas
en la hondura sin fondo de ese marco,
sin lienzo, sin papel ni tabla viva.

En verdinegra sombra todo cabe:
alamedas y prados, manantiales,
los ciervos que allí beben y respiran.

El cazador furtivo puede herirlos
para adornar después sus muros libres
con ramajes de nobles cornamentas.

El vacío rectángulo su espacio
de libertad ofrece a quien se abstrae
y en él las nubes pinta fugitivas.

No están allí... Están en su memoria,
en ella prefigura sin cansarse
nuevos prados y ciervos y arboledas...

En el marco, vacío, puede el bosque
crecer y recrecer en primavera,
ser fogata, después, en el otoño.

Cuando llegue el invierno con su nieve,
dibujará sus pasos al hundirse
en la blancura última del día.

PERSÉFONE

Has llegado, Perséfone, de nuevo.
Te veo en las celindas que retoñan,
en esas florecillas de los prados.

Saluda la retama tu venida
con chispazos de oro reluciente,
anunciando tus ritos jubilares.

Se reconcilia el día con la noche
en un alba más clara y más temprana
por verte amanecer en la arboleda.

Su sinfonía el río ya concierta
con pájaros venidos de muy lejos:
armonizan los bosques sus preludios.

Y reinas sobre el alma que esperaba
florecer dulcemente como un árbol:
retronacen sus años al pasado.

Y canta el corazón en nuevas horas:
le inspiras, tutelar, la dicha inédita
de vivir todavía para verte.

EL DON DE LA SIMIENTE
(1993)

EN OTRA ORILLA

A Rosalía de Castro

En otra orilla estás en donde sueñas
con el Sar y sus aguas de ceniza,
con montes grises y árboles desnudos,
con las dolientes brumas de las rías,
los tristes charcos negros de la lluvia
y el largo, largo viento que gemía.

En otra orilla estás, ya sin campanas,
pero sueñas aún con esas íntimas
aguas de hondas fuentes que lloraban
por desvalidas aves fugitivas.
Y la verde frescura de los campos
en la noche se acerca hasta tu orilla.

En la otra ribera te acompañan
los sueños que soñaste en la vida,
cumplidos ya, colmada primavera
de tu alma dulce, pura, sensitiva.
Y el más largo silencio de los muertos
te da su paz y larga compañía.

NÁUFRAGA DE LA LUZ

A Delmira Agustini

Los wagnerianos cisnes tu pasión ahogaba
en sombrías alcobas, ¿infernales abismos
de irracional locura?
Alma y cuerpo encendidos en una llama misma
tu vida consumían con un fulgor de muerte.
Para el amor viviste y en un ¿doble? suicidio
naufragó tu deseo de suprahumana dicha.
Después de haber llorado hondamente tus ojos,
la noche fue un pañuelo que absorbía -negrísimo-
aquel llanto profundo que no todos comprenden.
Cual náufraga te veo de la luz que buscabas
y que jamás hallaste
para alumbrar tu carne, tus días primigenios
e iluminar tu espíritu.
Adelantada fuiste de libertades máximas
sólo ahora fecundas:
sensuales y violentos, sobrenadan tus versos
en el hoy que vivimos sin extrañado asombro.
En sangre se ahogaron -final de los abrazos-
Eros vivo con Tánatos: tu palabra novísima,
impudor trascendente, natural y legítimo.
Amor blanco y sombrío. Rojo amor en naufragio.
Tu destino fundía la Vida con la Muerte.

ANTES QUE LAS PALABRAS
(1996)

ANTES QUE LAS PALABRAS

Para Francisco Mena Cantero

Antes que las palabras,
estas cosas
que miramos o palpamos dulcemente:
el libro que leíamos a sorbos,
este lápiz, la flor que nos sonríe,
el rubio pan que, lentos, desmigamos.

Antes que las palabras,
estos seres
que la mano nos dan
o van pasando
con un aire cansado
y la mirada triste
del que ha vivido inerme.

Antes que las palabras,
estos árboles
que se asoman, amigos, para vernos
absortos o serenos, pensativos.

Antes que las palabras,
esa estrella
fugaz que atravesó la noche oscura
de los profundos cielos absolutos,
instantánea esperanza de otra vida.

EL TIEMPO, SIN ORILLAS

El Tiempo, sin orillas, va fluyendo
indefinido, lento, presuroso,
sin angustiarse nunca.

Y, pez con alas, vuela algunas veces.
O toca su violín, sus carillones
de sensitiva música.

Taciturnos relojes, inventados
por insomnios azules o nostalgias,
dan cuerda a sus agujas.

Los amantes, rendidos, abrazándose,
se salvan en un beso... No contemplan
las aguas en su fuga.

HUELLA ÚLTIMA

A Leonardo Rosa Hita

Amor, amor que siempre te consumes
en tus llamas de luz o de tristeza:
un ascua viva eres y te quemas
en ese arder solar, disuelta nube.

La sangre juvenil te alimentaba.
En abrazos de dicha transcurrías
sin soslayar el tiempo en que se iban
los días a su muerte decretada.

El otoño dorado suavemente
-en el bosque las hojas eran música-
iluminó los ojos y las sienes.

Y los cierzos, después, las grises lluvias
apagaron rescoldos... Ya la nieve
encubrió la ceniza, huella última.

ASCENSIÓN

Para Carmela

Al subir la colina, nos callábamos.
Atento el corazón a la mirada
que ansiaba ver el mar.

El cementerio -cima-, con sus losas
tantas veces pisadas, ya sin nombres
visibles, desinscritos.

Los azules y el aire consagraban
-no remotos, cercanos, amigables-
la ascensión, vía-crucis.

La paz de Graves, allí, nos trascendía:
los muertos y los vivos comulgábamos
en un único instante irrepetible.

DE TIEMPO EN TIEMPO

Para Luzmaría Jiménez Faro

De tiempo en tiempo
-como una estatua brusca que se yergue
enfrente del camino o frente a la ventana
abierta sobre el mar-,
el miedo de morir
en nuestras almas brota y nos ahoga.
Los recuerdos
-actos, rostros, júbilos y penas-
se anudan y quisieran
estrangular la dicha de estar vivos.
Arriba, en las montañas,
duermen nubes tranquilas, ignorando
que pronto serán lluvia y negro barro.
Si miramos las viñas,
sus racimos parecen gravitantes
corazones dorados que se alegran
de ser zumo y albricias.
(Por dentro, la ventura
como un pez navegaba
en la sangre tan joven, centelleando).
Mas, de pronto, las losas,
en su inerme suplicio,
nos duelen corporales
y pesan como cuarzos en el alma
o, tal vez, remordimientos.
Las rutas, a lo lejos, polvorientas,
los arroyos, las mieses que se secan
como lienzos al sol.

En los campos de trigo flotan pueblos
que habitaron abuelas
con el mismo apellido que llevamos.

He aquí la sombra de ciudades
fingiendo rápidos eclipses
sobre los muros de la eternidad.

CIUDADANOS DEL REINO
(1996)

EL INDIFERENTE

El desamor es sello de tu vida,
configura tu ser y es epidermis
y pátina también que ha recubierto
acciones olvidadas,
"aquello" que sentías
cuando eres sólo un niño.

Te invade la desidia del instinto
que se apaga infecundo.
Te obnubila el desánimo
posibles ademanes elocuentes
o súbita pasión que desafías,
atracciones, impulsos,
inusitadas súplicas,
ansiedades o dichas.
Impasible, te invade la desgana,
descariño de todo lo que existe.
Tu desdén o desvío,
helado menosprecio,
te apartan de las gentes
y ellas se distancian
de ti y te soslayan, ay, recíprocas.

Inrequerido siempre, deambulas
por los bellos jardines que no miras:
tus sentidos -cerrados- son neutrales
y no saben vibrar. ¿Cómo sabrían?
Tu innata displicencia los inhibe.
Indiferente,
la glacial amistad nunca se cumple.
Tus frías actitudes ya denuncian

fastidio, dejaciones que te alejan
de quienes ya pudieran acercarse
a estrecharte la mano
o insinuar un saludo.
¿Eres roca impasible
o el ciego pedernal que no ilumina?

Sin devoción ninguna sobrevives:
indolente y pasivo, tu despego
de todo, tu sordera
sentimental, quizá tus timideces,
acompañan tus días.
Y con ellos traspasas los umbrales
de soledades últimas.

EL SIGILOSO

Y, sigiloso, miras los dinteles
de esas puertas abiertas, infinitas,
o cerradas también como las arcas.
Esas puertas que abren otras puertas
hacia dentro del tiempo fugitivo:
corredores las unen, las dilatan
a un más allá que nunca miraremos
y que tal vez soñamos alcanzable.
Esas puertas que unen y desunen,
con hábito de amor o fiel angustia.

EL HILO DEL VIVIR

El hilo del vivir es uno solo,
central, insoslayable y unifica
a todos los humanos, personajes
de esta cinta que siempre se proyecta
en el cine del mundo,
pasando sin cesar ante los ojos:
sombras vivas, reales, transitorias.
(Caverna de Platón ejemplarizan
los dinámicos rostros y los gestos
que dibujan acciones repetidas,
diferentes, sincrónicas, las mismas,
en esa gran pantalla que es espejo
de todo lo vivido, hoy, mañana.)

Como quien roza el aire suavemente,
ingrávidos avanzan, sigilosos,
pisando, sin embargo, roca viva,
ennegrecido asfalto, lodo triste,
en la ciudad manchada por el humo.
Celuloide infinito devanándose,
multiplica alternando las imágenes
de vivas criaturas transeúntes
-ciudadanos del Reino--
que van hacia el morir desde que nacen.
Y vuelve a su transcurso: variaciones
de caras semejantes
y parecidos actos.

El filme transparenta el movimiento
de progenies innúmeras,
finalmente ocultándose en lo oscuro,
negro cierre del drama al acabarse:
en él todos vivimos y morimos
sin saber nunca, nunca a dónde vamos,
sea Cielo o Infierno, sola Nada.
La última palabra es la firma
del alma, decretada por la Muerte.

SENECTA
(1999)

¿TANTA PAZ?

La placidez del aire no conturba
ninguna voz de pájaro
ni el vuelo de una hoja levemente
cayendo de su rama,
ni la sombra fugaz de alguna nube
venida de muy lejos.
Y el alma se pregunta:
¿Tanta paz es posible en este mundo
en donde reina el caos, la tristeza
insumisa de estar vivos, inermes?
¿Tanta paz nos bendice en la mañana
que se atreve a existir para salvarnos
en medio de la sangre y de la muerte?

CONTRACORRIENTE

Para Jose María y Maribel Conget

Contracorriente van los versos tuyos
que no aspiran siquiera a ser leídos
más allá de tu muerte por un ciego.

Se enraízan en ti, al ayer miran,
a seres que se fueron en silencio
sin llegar a esperarte en un recodo.

Elegíacos son aunque no sepan
todavía llorar y canten libres
la invariable hermosura de este mundo.

Contracorriente, sí, van sus palabras
que no gritan siquiera el desencanto
ni el doliente fracaso de los sueños.

(Domina el improperio, las excusas
de voces que son falsas hoy-en-día,
lo que de moda está en los carteles,

en coloridos libros prologados
por bien-pagadas-plumas, por el fraude
de adjetivos brillantes y vacíos.)

Contracorriente van estos poemas
que no remontan nunca –aguas vivas-
secretos manantiales de esperanza.

SUPREMA DESNUDEZ

Para Ana María Fernández Mallo

Suprema desnudez
de la palabra
que aspira a ser la última.

¿Recuerda el nudo hueso
en que tu cuerpo
acabará su vida?

Palabra y osamenta
unificadas,
sin vestigio de sombra.

Sin velo de metáfora
y sin disfraces
de ropas carcomidas.

Palabra transparente
que ya no enuncia
ni el nombre que te dieron.

PALIMPSESTO

Para Gloria Moreno Castillo

Nube, pájaro,
pétalo de anémona,
semilla que trashuma sin destino,
desnudos pies vagando
por arduos arenales que calcinan
hasta los pobres cactos
y su sombra.

La mirada recorre lentamente
los vívidos paisajes de otro tiempo,
más pálidos quizá pero visibles
todavía.
Su memoria no sella
las lágrimas inscritas o soñadas
en días lejanísimos
y jóvenes aún en tu conciencia.

Intacto palimpsesto que no borran
aconteceres últimos,
hodiernos y triunfantes,
pavorosos.

EL DEBER DE VIVIR

Olvida,
olvida tú el cansancio:
el lastre despreciable
que has de abandonar
día por día y sola.
Olvídalo -¡no existe!-
cada mañana y noche
junto a esa silla quieta
del reposo.
El deber de vivir
su tiranía impone:
no puedes rebelarte.

NOCHE EN EL MAR

La negrura del mar es absoluta
en esta noche viva de septiembre.
Puntos de luz ya surgen derramándose.
Su brillo sobresalta la mirada
en su costumbre oscura.
¿Las estrellas fugaces que han huido
de su celeste cárcel
para asomarse al mar y su misterio?
Descubres, inocente, que las barcas
navegan con fanal, guía nocturno
que salva de escolleras invisibles
y a los peces atrae y los deslumbra.

(¿Qué luces para el alma encontrarías?
¿Qué marinas luciérnagas pudieran
señalar -entrevistas- rumbos últimos?)

FINAL GERMINACIÓN
(2001)

NO, NO ENVEJECE EL AMOR

No, no envejece el amor
y, sobrevivo,
él se esconde en los repliegues
de las manos y mejillas,
en el corazón callado,
en los vidriados ojos
y en los abrazos yertos.
Hay rescoldo todavía
en la memoria
del tacto, hay resonancias
en apagados oídos...

Tampoco envejece el alma
y una luz por dentro brilla
y no se apagará nunca.

No, no envejece el amor
aunque se acabe la vida.

SINTONIMIAS DEL ADIÓS
(2002)

SOÑABA EL FRESCOR DEL ÁRBOL

Soñaba el frescor del árbol
y el árbol no daba sombra:
la había quemado el rayo.

NO PISES ESA FLOR

No pises esa flor...
Echará, sí, raíces
con llovizna o rocío
para asombro del pájaro.

LAS FLORES SECAS

Las flores secas
su pálido amarillo
están salvando.

SUERTE DEL JAZMÍN

El viento
se llevó el jazmín
a la montaña más alta.

RONDA DEL ARCO IRIS
(2004)

ARRORRÓ DE LA MAÑANA

Arrorró de la mañana
para que despierte el niño
y el mirlo que lo acunaba,
sin saberlo, con sus silbos.

CARACOLA

Caracola, caracola,
suena el mar dentro de ti.
El rumor del oleaje
nunca cesa de latir:
en la noche y en el alba
tú lo puedes siempre oír.

¡Caracola, caracola,
oigo el mar dentro de mí!

LA JIRAFA

La Jirafa es escalera
de los monos saltarines
que trepan a las palmeras
y dulces cocos les piden.

La Jirafa es escalera
sin baranda en la subida,
sin peldaños de madera,
mirador de las ardillas.

Y escalera de los niños
que cazar nubes quieren,
mariposas, pajarillos,
ver si los árboles crecen.

La Jirafa es escalera
-patilarga y alto cuello-
para todos los que sueñan
estar más cerca del cielo.

Colección Poesía

José Luis Vidal Carreras
Alamo (1996-1999)

Eusebi Ferrandiz Sebastia
Obra poètica

Robert Gómez Pérez
El pabellón del alquimista

Sagrario Pinto Martín
Las miradas

Milagros Román Maciá
Como un suave murmullo : fantasía poética para la contemplación del Misteri d'Elx

Ramón Bascuñana
Retrato de poeta con familia al fondo

Juan R. Torregrosa
Sombras del olvido

Emili Rodríguez-Bernabeu
Antología poética bilingüe

Poetes del sud
Gràcia Jiménez y Josep-Lluís Rico, coord.

Robert Gómez Pérez
Memorias de papel

Fernando Alonso i Frias
Cenefas de incomprensión

Sergio Oiarzabal
Flammis acribus addictis

Gracia Iglesias Lodares
Aunque cubras mi cuerpo de cerezas

Ismael Belda
Rosa del hielo

Concha Zardoya nació en Valparaiso (Chile) en 1914, hija de padres españoles. A los 17 años se mudó con su familia a España, residiendo en Madrid, donde se licenciaría en Filosofía y Letras. En 1946 publicó su primer libro de poemas, *Pájaros del Nuevo Mundo*, al que siguió un año después *Dominio del Llanto*, *accésit* del Premio Adonais. De 1948 a 1977 Zardoya vivió en el exilio en Estados Unidos. Allí se dedicó a la enseñanza, la escritura y a la investigación en diversas universidades norteamericanas. Tras su regreso definitivo a España se instaló en Madrid y continuó con su labor poética hasta su fallecimiento en 2004.

El propósito de esta antología es acercar la obra de Zardoya al público lector de poesía, proporcionando para ello una cuidada selección de textos escogidos de entre sus numerosos poemarios.

9788477845256

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE